

Esta obra es una reproducción digital de un ejemplar conservado en la...
Biblioteca de la Residencia de Estudiantes. Madrid

Podrá ser utilizada con fines de consulta, estudio o investigación, siempre que se respete la autoría y la integridad de la obra, en los términos previstos por la legislación vigente. No se permite en ningún caso el uso comercial de la obra, ni en todo ni en parte. Cualquier otra utilización deberá ser autorizada expresamente por *La Fundación...Residencia de Estudiantes. Madrid*

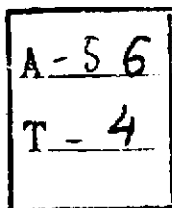
PROSISTAS MODERNOS



37/10



BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
TOMO IV



PROSISTAS MODERNOS

SELECCION HECHA POR
ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Dibujos de F. Marco.



R. 15.926

MADRID, MCMXXII

INSTITUTO — ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS





JOSE SOMOZA

1781-1852

LA OROPÉNDOLA¹ EN LA FUENTE DE LA DEHESA
DE LA MORA



La dehesa de la Mora, situada cerca de la Pesque-
ruela, tiene, como ésta, una pradera sombreada de un
bosque de robles, con varios manantiales y arroyuelos
que se deslizan por aquella colina

*con un manso ruido,
que del oro y del ceiro pone olvido,*

como dijo fray Luis de León.

En tiempo que la dehesa de la Mora pertenecía
a un amigo mío, y en un día en que yo me hallaba
en casa de éste, dos niñas, de doce años la mayor,
hijas suyas, me mostraron dos plumitas, una de her-
moso verde y otra del amarillo más brillante.

1 Ave quizá la más hermosa de nuestro suelo. Tiene el
pico encarnado, el cuerpo manchado de amarillo, verde y
negro, negras también las alas y la cola, y amarillas las
extremidades de sus plumas. Se mantiene de insectos y
bayas. (Nota del autor.)

—Y ¿quién ha dado a ustedes estas plumas?
—pregunté.

—El chico del guarda de la dehesa de la Mora
—respondieron—. Como su padre es tan buen caza-
ha cogido la pájara, pero sin herirla, que no
—tirá, y el chico nos la ha traído; pero dice que no
canta, y que estas aves no saben otra cosa que sil-
botear, y como tiene unas plumas tan bonitas, diji-
mos nosotras que habíamos de hacer con ellas un
yolante, porque cuando jugásemos con las raquetas
era muy vistoso. Entonces el chico la arrancó
estas plumas antes de que la metiésemos en la jaula.

—Las familias de los cazadores, siempre feroces
—dije para mí—, a fuerza de mancharse con sangre,
se hacen insensibles. La agonía y el dolor de la ino-
cencia les es indiferente. Meten en el morral al ave
aliquebrada, y a la liebre la cuelgan de la pierna rota.
Conocí un joven cazador de hurón que solía traer
veinte conejos vivos, y se entretenía en soltarlos
dentro de su cuarto y ver cómo aquel bicho sangui-
nario los acometía y les roía los sesos.

—¿La habrá dolido a la pájara el arrancarla es-
tas plumas? —preguntaron las niñas viéndome si-
lencioso.

—Mucho —les respondí—; tanto como si a nos-
otros nos arrancasen el pelo del cráneo, como si nos
arrancasen las uñas de los dedos, como si nos arran-
casen la piel que nos cubre los miembros.

—¡Qué horror! —exclamaron ambas.

Y marcharon y volvieron con la jaula en la mano y las lágrimas en las mejillas.

—¡Cúrenosla usted! ¡Que sane! ¡Que no se muera! ¡Que no tenga dolores la pobrecita!

Miré a la pobre oropéndola, que estaba anhelosa, con las alas en arco, y abría y cerraba el pico como para dar gemidos. La cogí, la registré, encontré la gotita de sangre de las dos heridas.

—Que traigan agua —dije— en una taza grande; que beba, que se bañe: el agua es la primera necesidad en el dolor.

Mientras la una corrió a buscar agua, la otra me arrebató el ave, y con sus labios la enjugaba la sangre y la ofrecía saliva por el pico; pero dando sollozos que la ahogaban.

Cuando hubimos vuelto a meterla en la jaula, y hubimos logrado verla bañar, sacudirse y sosegarse un poco, me ocurrió distraer a las niñas con un cuento.

—Esta oropéndola —dije— se ha de volver a llevar esta tarde a la dehesa de la Mora, donde hay aquella fuente.

—Sí, señor —interrumpieron—; de la Mora encantada, que la noche de San Juan sale a peinarse a la luna.

—Esa fábula —les dije— no es tan entretenida ni con mucho como la que voy a referir a ustedes.

No era la Mora encantada, sino encantadora y maga, y sólo dicen que se aparecía a los que se miraban en la fuente. Así es que los pastores y aldea-

nos se guardaban de acercarse; sólo una pobre muchacha, la más boba del contorno, obligada por la sed y hostigada del calor, tuvo un día la temeridad de penetrar en aquellas deliciosas sombras y arrojarle de pecho a beber en aquellas frescas aguas. Miró en el terso espejo de la fuente, y vió, ¡qué portentoso!, una angélica hermosura de sonrisa irresistible, y cuyos negros cabellos ondeaban en torno de un semblante y de un cuello de alabastro. “¡Ay! ¡Quién fuera tan hermosa!”, exclamó la muchacha. “Tú tienes esa dicha y esa suerte”, respondió la encantadora presentándose. “Soy la maga del placer, y quiero que el mundo te admire y te goce.”

En aquel mismo instante se encuentra la muchacha en un jardín de embalsamado ambiente, rodeada de caballeros que la acatan, la siguen y enamoran. Una deliciosa música la conduce hasta el salón de un suntuoso palacio donde le espera un delicado festín. y en él consumen el día. La noche se pasa en danzas, juegos y escénicos espectáculos.

Tal era la vida de la joven feliz, y las horas, los días y los años se deslizaban sobre ella sin sentirlos. Pero su robustez y su salud comenzaron a debilitarse. Su pulso era frecuente, y sus sienes estaban como comprimidas. Siempre un tedio insoportable la acometía, la ahogaba y no la dejaba gozar. Suspiros involuntarios y lágrimas indiscretas salían de sus labios de clavel y de sus lenguas pestañas. “¡Ay, quién se viera pobre y con salud!”, exclamó abu-



"Tú tienes esa dicha y esa suerte",
respondió la encantadora presentándose.

rrida un día. Al momento la maga se lo concedió. Volvió a hallarse en el corro de sus compañeras, espadando lino y cantando al compás de la espadilla en tono alegre las tonadas del país; comiendo las sopas de ajo de pan de centeno y bailando al pandero los domingos.

En uno de estos días bajó de su aldea a coger zarzamoras y se halló cerca de la fuente encantada. Quiso mirarse en sus aguas, pero se horrorizó al verse. Su cara estaba cubierta de pecas pardas; su frente y su garganta, tostadas y despellejadas por el sol y el aire, y su cabeza, toda cubierta de tamo y fascos de estopa. “¡Ay! —gritó la desdichada—. ¡Yo lo renuncié todo, pero no el ser hermosa!”

Al instante la maga se la apareció y la dijo indignada: “Puesto que no te bastan la salud y la paz de la vida ganada con la espadilla, ve a ser la más hermosa, como la más estúpida de las aves que cruzan los aires. Tu hermosura será tu desgracia; los hombres te cazarán para su diversión, lo mismo que cuando eras cortesana.” Y dándole con su vara la convirtió en oropéndola.

Feliz hubiera vivido en el bosque sombrío a la orilla de la fuente, picando zarzamoras y frambuesas, y silboteando, en fin, como las de su especie. Pero ¿para qué habla ella ansiado la hermosura, sino para ostentarla, para ser admirada, envidiada y aplaudida? Se balanceó en las copas más altas de los álamos; fué vista, espiada, cogida en una red, llevada a

la ciudad y vendida a unos niños muy antojadizos y muy mal criados.

Estos se divertían en hacer mal, no sólo a los animales repugnantes a la vista, como acostumbra desgraciadamente todo muchacho, toda mujer o todo nombre vulgar, para quien el murciélago inocente tiene pena de ser crucificado, y el lagarto inofensivo es reo del suplicio de horca, sino que estos señoritos se complacían en atormentar hasta a los animales a quienes tenían cariño. A un doguillo muy pequeño, a quien habían quebrado la nariz para que no creciese, le pusieron un día un cohete atado en el lomo para que, dándole fuego, fuese a estrellarse contra la pared. Tardes enteras pasaban en el corral de su casa administrando al gallo lavativas. A un asno que toleraba que montasen todos (eran tres los chicos) sobre su lomo en pelo, y caminaba con ellos adonde y como querían, le metieron debajo de la cola un puñado de moscas de caballo; esto ya aquel estoico animal no lo sufrió sin levantarse en coces, y dejó sin un diente al mayorazgo. A tales manos vino la oropéndola.

Fué extraordinario el cariño que la tomaron los tres. No había de comer ni de beber cuando quería, sino cuando querían ellos; no de lo que a ella le gustaba más, sino de lo que a ellos mismos les gustaba, y como eran tres, había de comer tres veces: uno le daba crema y café, otro prefería las pastas y vinos y otro estaba por la pesca y los helados. La

desgarraban el pico para engargantárselo, y no le daban tiempo para hacer la digestión. La interrumpían el sueño entre la noche para enseñarla a sus amiguitos, y aun fué la admiración de la tertulia muchas veces en que graves personajes y viejas del otro hemisferio la prefirieron a sus guacamayos.

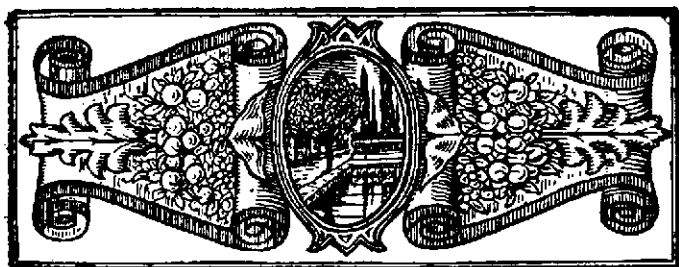
Pero como ni hablaba, ni cantaba, ni tenía ninguna habilidad, cesó el entusiasmo y vino de repente la catástrofe. Habían visto los chicos (por desgracia) un loro disecado, y me cogieron a la desgraciada, la abrieron de arriba abajo, la arrancaron las entrañas y, atravesada de alambres, sirvió de adorno en una rinconera, con aplauso del padre, que creyó ver en cada uno de sus hijos otro conde de Buffon.

Tal fué la suerte de aquella hermosura; y así concluyó mi cuento, al cual habían estado las dos niñas sumamente atentas, sin dejar de mirar a menudo a su oropéndola.

—¡Pobrecilla! —exclamaron una y otra—. ¡Mejor ha de ser soltarla en la dehesa de la Mora, donde nadie la vea ni la inquiete!

Así lo hicimos, encargándola mucho las dos niñas, con lágrimas en los ojos, "*¡que no volviese a ser boba! ¡Que no volviese a remontar el vuelo! ¡Que no volviese a mirarse en la fuente!*"

(Obras de don José Somoza. Artículos en prosa. Nueva edición corregida y aumentada. Madrid, 1842.—Obras en prosa y verso de don José Somoza con notas, apéndices y un estudio preliminar, por don José R. Lomba y Pedraja. Madrid, 1904.)



CECILIA BÖHL DE FABER

FERNÁN CABALLERO

1796-1877

LOS DOS AMIGOS

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía árida y estéril. No corrían por ella ríos ni arroyos, secas yacían las flores y tiernas plantas de la primavera; sólo verdegueaban allí algunos espinos, lentiscos y áloes, cuya dureza resiste el rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcán. El cielo puro y el día claro parecían sonreírse al dar tormentos a la tierra. Sólo los ganados del país, con su dura piel, y el animoso e impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podían tolerar aquella encendida atmósfera, ¡ellos durmiendo y él cantando!

Veíanse sobre esta llanura, el 20 de agosto de 1782, las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de san-

gre. A lo lejos desfilaba en buen orden un destacamento inglés. A otro lado, el Comandante de un escuadrón español ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir a los ingleses, que, inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que había sido campo de batalla, un joven, sentado en una piedra al pie de un acebuche, apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro joven, en cuya fisonomía se manifestaba la más violenta desesperación, arrodillado a sus pies, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corría del pecho por una ancha herida.

—¡Ah, Félix, Félix! —exclamaba con la mayor angustia—. ¡Vas a morir, y por mi causa! Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado. ¿Por qué, generoso amigo, me librate de una gloriosa muerte, para entregarme a una vida de desesperación y de dolor?

—No te desesperes, Ramiro —le decía su amigo con apagada voz—. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entre tanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida también?

—¡Socorros —decía Ramiro sin escucharle—, pronto socorros podrían sólo salvarte! Pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de ti; pero, Félix, ¡moriremos juntos!

En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentía, y descubrió a su fiel criado, que, habiéndolos perdido en el combate, los buscaba lleno de inquietud.

Félix del Arahál y Ramiro de Lérida pertenecían a dos familias unidas mucho tiempo hacía por la amistad más sincera. Educados juntos, servían en un mismo regimiento, adonde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido pajes del rey.

Félix, de alguna más edad que Ramiro, con un carácter más firme, con un temperamento más tranquilo y con razón más madura, tenía sobre su amigo un ascendiente que, en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadía a este sentimiento, en el uno, la consideración y reconocimiento que inspira la protección que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la protección que se concede. Después de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar a Ramiro, exponiéndose a morir por salvar la vida de éste, arriesgada con imprudencia, el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo ya no tuvo límites. Le miraba como a su ángel tutelar, y extremoso como era, habría destruído sus fuerzas y su salud asistiendo a su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la auteridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la Princesa, precedido de una música militar, irreflexiva y animada como una bacante. Lindas mujeres se asomaban a los balcones para ver a los oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

—Mira allí, y verás ¡por vida mía! una hermosa mujer —dijo Ramiro a Félix, que marchaba a su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aún, y vió en el balcón de una de las mejores casas de la ciudad a una joven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrían su balcón, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

—Eres buen hurón para descubrir muchachas lindas —respondió Félix sonriéndose.

Pasaron; pero Ramiro volvía de cuando en cuando la cabeza a ver de nuevo a aquella que había llamado tanto su atención, mientras que ella seguía también con sus miradas a los dos oficiales: el uno, alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro, más pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

—Al menos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche —decía Ramiro a un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

—Debió parecerle así —contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla—, porque a fe mía que te divertiste en él muy bien.

—Basta ya de chanzas, señores —repuso Ramiro—. Desgraciadamente, el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y he aquí lo que ocasiona estas variedades y habladurías.

—Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga —dijo Félix a su amigo al separarse de los demás—, pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo,
fuíme enamorando;
empecé riendo,
¡y acabé llorando!

—¡Reflexiones! ¡Raciocinios! —respondió Ramiro—. Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Además, pregunta a los viejos cuánto duraron sus veinticinco años. ¡Gocemos, Félix, gocemos de la vida!

—
Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro cuando, al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcón, miraba y apenas veía el sol, que, elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Vehemente como era, su amor había llegado

al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponían. Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podía pasar disfrazado; pobres billetes, que más que palabras contenían lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasión; pasión en todo joven, en todo lozana y en todo andaluza; sedienta de lo futuro y sin pasado para vivir de recuerdos. Maldecía Ramiro tantos obstáculos y se entregaba a una verdadera desesperación.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla que la buena vieja María, nodriza y confidente de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro a bajar, y siguió a lo lejos a la buena mujer, no atreviéndose a mirar a nadie por miedo de ser visto.

Después de muchos rodeos, María llegó a una callejuela solitaria, pues de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro, las del jardín del Corregidor. Paróse entonces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete, que él abrió precipitadamente, y que contenía estas pocas palabras: "Estoy libre esta noche y podré verte."

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro careciendo de su ardiente alma y no estando apasionado como él! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal traza-

das probaban la agitación con que se había escrito. Con el mismo enajenamiento besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó después una bolsa bien llena y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su madre y su amiga benéfica. Mas la fisonomía de María cambió de repente de expresión, enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró a Ramiro de pies a cabeza con arrogancia e indignación.

—Señor, ¿quién ha creído usted que soy yo? —le dijo—. Lo que acabo de hacer por amor de mi niña puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interés, sería una infamia.

Y desapareció, entrándose por el postigo del jardín. Félix, al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado a la desesperación más violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba a la mano... ¡rompía los muebles!

—¿Qué tienes, Ramiro? —le preguntó.

Pero él sólo repetía:

—¡Maldito sea el estado militar! ¡Maldita esta dorada esclavitud! ¡Maldito el Coronel, tirano absoluto! ¡Maldita la hora en que con estas charreteras recibí una cadena que no me es posible romper!

—Pero, hijo mío —le dijo Félix—, nada comprendo de tus arrebatos. ¿Has tenido algún disgusto con el Coronel?

—¡ Ah! —respondió Ramiro—. ¡ No se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida! ¡ Nada tengo oculto para ti! ¡ Toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix, después que lo leyó

—¿ Y bien? —dijo.

—¡ Y bien! —replicó Ramiro—. ¿ No soy yo el más desgraciado de los hombres?

—Estos renglones —contestó Félix— me hacían suponer lo contrario.

—¿ No sabes, pues —exclamó Ramiro—, que estoy nombrado de guardia para la avanzada?

Félix se echó a reír.

—¿ Y es ésa la causa de tu desesperación? —le dijo—. Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por ti; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos a su amigo, diciéndole:

—Félix... Félix mío... naciste para mi felicidad; eres mi Providencia; un ser benéfico que siembra de flores mi vida. ¿ Cómo podré yo jamás pagar tu ternura y tu amistad generosa?

—Pero, ¿ he hecho yo alguna cosa —contestaba Félix— que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta que estrechar a su amigo contra su corazón, tan lleno de amor y de amistad como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su majestuosa monotonía.

¡Qué dichoso se encuentra Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su ser parecía haberse triplicado. Saboreaba en el profundo santuario de su corazón cuantas emociones produce una verdadera pasión correspondida. Embriagado de felicidad, bendecía su suerte. En su éxtasis, no reparó en el Teniente de Cazadores, que salía a su encuentro. Al verle quiso, haciendo el distraído, echar por otro lado. Mas el Teniente se apresuró a unírsele, diciendo:

—¡Cuánto me alegro de verte, Lérica! Te creía de servicio en la avanzada.

—Bien, ¿y qué? —contestó Ramiro.

—¡Es una friolera! —respondió el de Cazadores—. Los ingleses han hecho una salida, y el Comandante del puesto ha sido muerto.

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas, muchos elegantes jóvenes, a pie y a caballo, se apresuraban a llegar al paseo. Dirigiase la alegre multitud a la izquierda, en tanto que a la derecha se observaba un contraste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecón, predicaba a un gran número de gente del pueblo, que, en pie y con la cabeza descubierta, formaba en derredor suyo un círculo a ma-

nera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol dibujaba en su *álbum* el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, a quien basta una mirada para hacer conocimiento:

—¡Por vida mía, que se parece como un ojo de la cara a su compañero! Usted es un gran pintor, señor, y si usted es inglés, como pienso, muy ajeno estará, al mirar a ese pacífico y santo varón, de que haya echado quizá debajo de la tierra a algunos de los abuelos de usted.

El inglés miró al español con admiración, y éste le volvió a decir:

—Sí, señor. ¡Valiente espada era la suya el año de 1782! En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... Pero es historia larga.

Suplicóle el inglés se la contara, y el buen hombre, que no deseaba otra cosa, le hizo la relación que se ha leído.

—Viendo —añadió por último el español— con tanta claridad el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado la muerte de su amigo, don Ramiro de Lérida sólo vió dos alternativas: morir o hacer penitencia. ¡Gracias a Dios, era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interés al misio-

nero. Tenía, por decirlo así, el microscopio que podía penetrar aquella cubierta humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor o una mirada que denotase un recuerdo. ¡ Todo había desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo esta total variación: una elevada virtud había desprendido de este mundo su corazón y conducídole a aquella altura en que, según el elocuente poeta Lamartine,

“¡ Hasta el recuerdo huyó sin dejar huella!”





SERAFIN ESTEVANEZ CALDERON

(EL SOLITARIO)

1796-1867

LOS TESOROS DE LA ALHAMBRA

La carrera del Darro es la que, arrancando de la Plaza Nueva, va a dar en la rambla del Chapizo, subida del Sacro Monte de Granada.

Por el siniestro lado se levantan edificios de magnífica traza, cortados por las fauces de las calles que bajan de lo más alto del Albaicín, y a la derecha mano, por su álveo profundo, copioso en invierno, nunca exhausto en el estío y siempre sonante y claro, viene el Darro ensortijándose por los anillos que le ofrecen los puentes pintorescos que lo coronan. De ellos, el principal es el de Santa Ana, en cuyo ámbito, y de la misma mampostería del puente, hay asientos o sitaliales siempre llenos de curiosos, que en las noches calurosas de junio y julio se empapan allí del ambiente perfumado y voluptuoso que en pos de sí lleva la corriente.

Eran las vacaciones, y mi amigo y compañero don

Carlos, cerradas ya nuestras tertulias, nos citábamos en tal sitio a cierta hora para ir juntos, y después de girar y vagar otros momentos al rayo de la luna, retirarnos a nuestra posada, a repasar los estudios que tanto nos afanaban y que después tan poco nos valieron.

Una noche (ya muy cercana a su partida para pasar el verano con sus padres) dieron las doce sin haber acudido al sitio acostumbrado. Ya principiaba yo a tomar cuidado por su tardanza, cuando lo vi llegar más alegre y estruendosamente que nunca, y apoderándose de mi mano con el afecto más cordial, se me excusó de su descuido, y, como siempre, enderezamos hacia nuestra posada.

Aquella noche fuéme imposible hacerle entablar discurso alguno de interés, y mucho menos de nuestras tareas académicas.

—Estudiemos por placer y no por obligación —me decía—. ¿Piensas que se apreciarán nuestros desvelos, aunque descollemos en la Universidad y logremos todos los lauros de Minerva? Si tal sucediera, ¿cómo quedarían los necios?; y ya está decidido que ellos han de campear siempre por el mundo.

Así diciendo, proseguía:

—De hoy en adelante discurremos por pláticas más sabias y no de tanto enfado, y ya que no podemos atraer el sueño ahora, olvidemos las pandectas y los códigos.

Diciendo esto, comenzó a presentarme sus proyec-

tos, que no fueran mayores ni más espléndidos si hubiera a mano un millón de pesos, y por sus adquisiciones futuras y por las haciendas que me había de regalar, y por los viajes que inseparablemente habíamos de emprender, lo dejé por loco o como hombre que se entretenía en fantasear las horas del sueño y del descanso.

Al día siguiente, bien de mañana, estaba ya en su bufete, sumando y figurando cantidades de un valor inmenso, y sin embargo de tener a mano el dinero que su familia le envió para el viaje, me rogó que le prestase tres monedas que fuesen de una a otra mayores en otro tanto.

Respondíle que las monedas pocas que poseía no guardaban tal proporción, pero que para gastarlas nada importaba aquella para mí circunstancia muy extraña.

Se levantó sin replicarme ni un eco, y fué por la casa en demanda de monedas tan peregrinas, y a poco volvió diciendo:

—Es mucho que nadie ha podido cumplirme el gusto sino la persona que menos hubiera querido; pero la fuerza ha sido contentarse con su buena obra. La vieja Carja me ha dado tres monedas con el requisito que yo pedía: son tres doblas; la primera, de dos pesos; la segunda, de cuatro, y la tercera, de ocho, y esta última preciso es que la tenga guardada muchos fustros ha, puesto que es de oro macuquino o cortado.

Y esto hablando me enseñó la dobla, que por el reverso tenía los nombres de Fernando y de Isabel.

—La vieja Carja —prosiguió mi camarada—, por muy dulzaina que se muestre para conmigo, siempre me es de mal agüero desde que el otro día, diciéndome la buenaventura cierta gitanilla que conoces, me vaticinó que mis gustos se me habían de aguar por manos viejas; pero en el asunto que ahora trato no sé qué mal pueda inducirme.

Nos separamos sobre el anochecer y quedamos, como siempre, citados en el puente de Santa Ana. Llegada la hora, y aún no había dado el cuarto para las doce, cuando con paso vacilante y con el aire más melancólico se me acercó, y tomándome por la mano, fría como el granizo, tiró de mí para la posada, yendo yo tan confuso como espantado.

Sus suspiros me lastimaban sobremanera, y al tocar los umbrales de la puerta me dijo:

—¡Qué maravillas vas a saber de mí!

Retirados a nuestro aposento, y yo más curioso que nunca, y temiendo el espíritu arriscado y de aventuras de mi amigo, me senté sobre el borde de la cama y esperé a que comenzase, como comenzó así su razonamiento:

—Ayer, al asomar la noche, recogía el fresco por el puente último que lleva al Avellano, y donde viene también a dar la senda que conduce a las espaldas de la Alhambra. Solitario el sitio, y la hora a propósito, me dejaba ir en alas de mis devaneos, cuando

una voz, cercana a mí en extremo, me sacó de mis ensueños, diciéndome: “¿Eres valiente? ¿Quieres hacer fortuna?...” Volví los ojos y me encontré a dos pasos con un soldado de más que alta estatura, con morrión de cresta, con gola y vestes azules, con el rostro no desagradable, pero pálido y ceniciento, y con la voz, si bien honda y tristísima, nada desaparecible. Llevaba terciada la espada del hombro, y en la mano apoyaba la pica oscura, pero de hierro muy luciente.

Considerándolo un breve espacio, y porque no dudase de mi valor, le dije que estaba resuelto a todo, y ordenándome que le siguiese, fuí en pos de él, ya casi perdido todo recelo por haberme largado la pica en que se apoyaba para que yo la condujese. El astil era tan pesado, que casi la llevaba arrastrando, y sin falta me prestaba la cualidad de invisible, puesto que encontrándome con varios conocidos y amigos que volvían de su paseo, ninguno hizo reparo en mi persona. Ya cercano al bosque, me dijo el soldado:

—Cuando lleguemos a las ruinas de los torreones (y cuenta con no equivocarte), haz lo contrario de lo que yo te mande.

Prometilo así, y emparejamos con el baluarte de la puerta de hierro, por donde se dice que Boabdil salió huyendo de la furia de los caballeros Abencerrajes por la muerte de sus parientes.

Allí me dijo el misterioso guía que tocase con la lanza, lo que me guardé mucho de ejecutar; pero

cuando llegamos a la torre aislada de las almenas y me ordenó que no llamase, entonces la levanté y di con ella un gentil bote contra la muralla, la cual maravillosamente se abrió de par en par, no dudando yo de seguir al soldado por aquellas obscuridades.

En la estancia donde nos paramos no encontré más adornos que enormes tinajas enclavadas en la tierra, y sentándose y haciéndome sentar el soldado sobre las tapas de hierro que las cubría, me relató el encanto y prodigio más estupendo que puede forjar la imaginación más maravillosa.

Me dijo que desde la conquista de Granada estaba preso en aquella torre, custodiando los crecidos tesoros que los moros habían rescatado y escondido de los cristianos, cuyo empleo enojoso lo cumplía enfadosamente. Que le estaba permitido el salir de tres en tres años para procurar su libertad, y que en distintos trances se había dejado ver de algunos, para que le facilitasen su rescate, pero que nunca logró el cabo y el fin deseado, pues de ellos, a unos les faltó el valor, otros desmayaron en la mitad del camino y muchos no llenaron los requisitos y condiciones que se les habían impuesto, perdiendo así el premio de su trabajo; y al decir eso levantó la tapa y sacó de la tinaja más cercana, como por muestra, el puño lleno de la arena más fina de oro, que era lo que reposaba en aquellos vasos.

—Yo entonces —prosiguió mi amigo— le aseguré

al soldado mi buen deseo y le ofrecí la fineza y esmero más extremado, y que pudiera disponer de mí a su buen albedrío, sin que los peligros pudieran arredrarme.

El soldado me respondió que no sería necesario arriesgar mi persona, y que para dar comienzo a la obra volviese a verle a la noche siguiente (por hoy), con tres monedas pedidas, pensadas y dobladas.

Pedíle la clave de este enigma, y me dijo que las tres monedas habían de ser rogadas y tomadas de un amigo que, ignorando el fin misterioso de su destino, pensase que eran para el uso mío, y que últimamente fueran el doble la una de la otra. Bien encomendadas a mi memoria todas estas circunstancias, me despedí del soldado, quien, para llamarlo cuando la ocasión llegase, me dió las señas de tres palmadas, con tres palabras que hará una hora que recité y ya las he olvidado con mayor espanto mío.

Separado de él anoche, tenía ante mis ojos la opulencia más rica, y en mi mano el hacerte feliz y poderoso, y ya reparaste la loca alegría que me dominaba.

No perdiendo tiempo, me procuré las monedas misteriosas, que, al ver mío, llenaban los puntos acondicionados, y esta misma noche volé al torreón arruinado, y dando las tres palmadas y pronunciando las tres palabras que ya olvidé, se abrió al punto la muralla, dejándose ver el soldado, con el rostro más triste y lastimado.

—Todo lo hemos perdido —me dijo—; sé que has hecho cuanto tu buen deseo te sugirió y cuanto estuvo en tu mano; pero si bien las monedas son dobladas, la mayor tiene el mal de pertenecer a los reyes conquistadores de este suelo, Fernando e Isabel, y para los usos que debieron servir no perdonar los genios que aquí mandan ni el nombre ni la efigie de entrambos héroes. Mira en prueba —me dijo— a qué se redujo cuanto estos vasos contenían. Y destapándolos sucesivamente no me mostró sino ceniza. Y estas urnas —prosiguió—, llenas de piedras preciosas, que por fineza mía y adevhala debida a tu buena voluntad te destinaba, todas se han vuelto de carbón—. Y era así como él decía, siendo las urnas como aquellos jarrones de porcelana que se conservan en los Adarves, y fueron hallados en el aposento de las ninfas llenos de amatistas, topacios y esmeraldas.

El soldado se despidió tristemente de mí, diciéndome que aún pudiera tener esperanza dentro de tres años, plazo necesario para que su visión pudiera repetirse, sin temer yo nada por la seguridad de los tesoros, pues estaban a salvo enteramente en tanto que estuviesen en su custodia.

Salí de la muralla, y volviendo los ojos no vi sino el lienzo liso y sin lesión alguna, yendo a buscarte con el desconsuelo que puedes imaginar, pudiendo decir sólo que nada en el mundo podrá aliviarme el pesar de haber perdido la mayor dicha y opulencia

que puede esperar el hombre, habiéndolas tenido a tiro de la mano.

Por mucho que me parecieran disparatadas las razones de mi amigo, todavía lo vi tan cordialmente afligido y con abatimiento tal, que tuve a mejor partido el consolarle con otros discursos no de más compás que los suyos, y procuré que durmiendo recogiese con el sosiego algún poco de más de seso. Las horas de la noche las pasó sin descanso alguno y como en delirio, que llegó al frenesí más subido cuando a la siguiente mañana nos dijeron que la vieja Carja había desaparecido, dejando muy mal olor de sus acciones, que quién las calificaba de hechicerías, quién las presentaba por de un espíritu malo. Con esta aventura, mi amigo no hacía sino repetir el vaticinio de la gitana, y nada podía, no ya distraerle, pero ni aun picarle la curiosidad ni desperarle el gusto. En fin, partió para su país (cantón inmediato de las Alpujarras), donde le vi ir con gozo mío, por parecerme que allí dejaría el peso de sus cavilaciones, confesando la irritación de su fantasía. Las cartas que me escribió casi me lo daban ya por restablecido, cuando un veredero que llegó una tarde a más andar me trajo de la parte de mi desgraciado amigo el encargo encarecido de que fuese a darle el último adiós, si es que quería verle antes de morir.

Por mucha diligencia que puse en mi viaje por aquellas montañas, no llegué al lecho del moribundo

sino a la segunda tarde, cuando ya mi pobre y desfirante compañero tocaba en la agonía. Al verme, me tendió la mano, y con lágrimas en los ojos me dijo:

—Querido amigo, no he podido ser superior a mi desgracia. El que tuvo ante la vista y destinadas para él tantas riquezas y tal poder y se le escaparon de la mano, no debe sobrevivir. No te olvides que la dicha tuya hubiera acompañado a la felicidad de tu amigo. ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Desde entonces no volvió a abrir los ojos, y a pocos momentos expiró, siempre repitiendo:

—¡Los tesoros de la Alhambra!... ¡Los tesoros de la Alhambra!...

CATUR Y ALICAK

O DOS MINISTROS COMO HAY MUCHOS

Podrá el triste ser retirado
de su tristeza, pero nunca el
malvado de su maldad.

Sentencia árabe.

Caleb cabalgaba gentilmente en un magnífico asno egipcio, dirigiéndose por el camino que, desde Esbilia, derecho guía a la ciudad de Córdoba, morada entonces del Califa.

A proporción que la distancia del camino se abreviaba, el asno mostrábase muy ligero y andarín, como si el olor de una gran población y famosísima

corte le anunciase el próximo encuentro de algunos individuos de su numerosa familia.

El asno, digo, picaba tan sereno y con un pasitrote tan reposado y suave, que el jinete, entregándose a su fantasía, iba diciendo en sus adentros de esta manera:

“En las escuelas de Cuf pocos igualaron, y ninguno descolló, sobre la reputación mía: sé con puntos y comas las Suras (1) del Alcorán, las decisiones de la Zuna (2) y los dichos de los Cadís. Mis versos se cantan por las hermosuras del harén, mis apuntes de historia el Visir los lee; nadie puede afrentarme por mis acciones, y para mayor fortuna, los buenos me quieren y los malos me odian. ¡Oh, buen Alá! ¡Cuán bien hice de aplicarme al estudio y no imitar al imbécil Catur! Y ¡cuánto mejor me fué el seguir los principios del justo que no la perversidad de Alicak! ¡Oh, buen Alá, qué dicha tan completa me espera!”

Por mucha recreación que Caleb tuviese con sus locos pensamientos, al entrar por una alameda que sombreaba la senda por donde caminaba, le sacó de su cavilación una voz que de este modo iba cantando:

Cada cual busca su igual:
tal para cual, tal para cual,
fortuna sentada adentro
al saber que un necio llega,

(1) Son capítulos o párrafos.

(2) Es el código civil.

sin duda vendrá a mi encuentro;
que el leño al leño se allega,
y todo busca su centro.
*Cada cual busca su igual,
tal para cual, tal para cual.*

Caleb no tanto se sorprendió por el sentido filosófico de la cantinela cuanto por el acento del que cantaba, que le sonó como a cosa muy de su conocimiento y familiaridad; así quiso aguijar a su compañero de viaje; pero ello no fué necesario, pues el asno, por un superior instinto, se resolvió a trotar muy gentil y poderosamente.

A poco trecho se reunieron caminante y caminante, y cuál no sería la agradable sorpresa de entrambos cuando se reconocieron por dos antiguos compañeros de escuela, Caleb y Catur.

Desde los bergantines cuadrúpedos que montaban se alargaron la mano con el mayor estrecho, y de pies cayeron en un diálogo, si instructivo, más edificante todavía, y que sentimos no poder trasladar en su totalidad por no poderlo recoger a las márgenes estrechas de este reducido cuadro. Pero al último, nuestro Caleb, que se picaba de sentencioso y moderador ajeno, enderezando la palabra al compañero, le dijo:

—Catur, ¡cuánto me place verte caminar para Córdoba! Prueba es ésta de que al fin te resolviste a dejar tu pereza y flojedad, y que adelantando con el ansia y sed laudable de ahora la desaplicación pasada, vas a poner la última mano a tus estudios,

ganando a un tiempo gloria y provecho. Catur, ¡cuánto me agrada la resolución tuya!

—¡Oh, Caleb! —replicó el otro—; yo pensé que el conocimiento que dan los años te desviaría de la mala senda por donde entraste, y senda que no te llevará sino a tu perdición. ¿Estudios, eh?; más valiera que tomaras solimán corrosivo, pues si te hicieras superior a tan agradable horchata, todo el mundo te miraría como ángel o diablo; pero con estudios te darán por loco y se burlarán en tus barbas, y si es céfiro lo que necesita el bajel de tu fortuna, no te asaltarán sino los más recios vendavales. ¡Oh Caleb, cuánto me aflige la resolución tuya!

—Eres un necio, Catur.

—Eso, Caleb, que tú me das por apodo, lo tomo yo de buen talante por alto título y dictado, y al fin veremos quién se engaña. Mira, Caleb, no he procedido de rebato para ser tonto, sino que para ello he caminado con un tino y con un rigor lógico que te pasmaría, pues no hay raciocinio más rígido que el mío. O los estudios son fáciles o son dificultosos: si lo primero, poca gloria se gana en aprender, y si lo segundo, ¿hemos nacido acaso para andar a cachetes con los libros en el mundo? Esto no tiene vuelta; además, que aunque toda comparación es odiosa, y que es género de argumentación que no te agrada, según recuerdo cuando tú estudiabas, y yo paseaba por la Dialéctica, ello es cierto que siempre los necios...

—Calla, bárbaro...

En este coloquio iban los dos antiguos estudiantes, cuando hubieron de soltar un tanto la disputa para atender y dar oídos a la aguda y penetrante voz de cierto caminante que picaba por alcanzarlos y que cantaba de esta manera:

Con espuela y paso a paso
llega el asno a la jornada;
pero víbora o culebra
dando saltos más alcanza.
*Ora se arrastra entre la hierba verde,
luego sube, y por do subió más muerde.*

En esto llegó a los dos primeros otro interlocutor de prolongadísima persona y mala catadura, color entre cerote y hollín, y ojos hundidos, aunque relucientes, con ciertas binzas de sangre, que venía montado en alta mula burdégana, tan aviesa y resabiada como su amo.

Los tres, al verse, prorrumpieron en un grito de admiración, conociendo el nuevo huésped en los dos viandantes a nuestros Caleb y Catur, y éstos en él al señor Alicak, célebre en sus primeros años por sus malicias y enredos.

Alicak saltó de su cabalgadura así como reparó en Catur, y aferrándose de la estribera siniestra, en actitud humilde y con eco melifluo, le dijo:

—¡Oh mi caro, mi antiguo y único amigo, y oh mi irremediable futuro e indefectible apoyo y favorecedor! Tú caminas para Córdoba: tu frente la veo de berroqueña, como antaño, y por último y feliz

horóscopo, tus luengas orejas no han menguado ni un negro de la uña... ¡Oh qué suerte tan dichosa te espera!; dame paz en el rostro y prométeme tu gracia y favor...

Caleb, que, conociendo la condición maligna de Alicak, no le caía en gracia aquella pantomima burlesca, pensó ejercitar su humor moralista y severo, y así, con tono dogmático, le habló de este modo:

—Alicak, ya juzgué que tus inclinaciones al mal se hubieran debilitado, cuando no destruído de todo punto; por eso me aflijo al mirarte con tan poca enmienda, siendo así que, donde vamos, tus artes te harán mucho mal y bien ninguno. La justicia, la sabiduría y la austeridad de costumbres allí presiden; y ¿qué será de ti si por ventura?...

—Perdón, perdón, y mil veces perdón —gritó Alicak—; perdón, repito, sol de la sabiduría, fuente de la doctrina, león contra el engaño, justo, sabio, valiente Caleb; dame los pies para los besar.

Y así diciendo, dejando a Catur, se acercó al doctor, haciendo las muecas y visajes más picarescos.

Catur renegaba porque le hubiesen interrumpido el oír sus propias alabanzas; Caleb predicaba contra la bestialidad del uno y la infamia del otro, y el señor Alicak en esto ponía bajo la corona de la calgadura del orador moralista un sendo aguijón, que comenzó a lastimar al asno, y éste a brincar, y el jinete a castigarle, y los otros a gritarle como fiera en coso; lo cierto es que a poca pieza del ca-

mino Caleb se derrumbó sobre un prado de ortigas, donde no lo hubiera pasado del todo mal si Catur, sobreviniendo allí, no le hubiera sacudido cuatro topetadas con su testa maciza, y si el señor Alicak, después de desnudarle para que mejor sintiera el halago de la alfombra donde reposaba, no le hubiese aliviado de los zequíes y doblas zahenes que llevaba.

Después de esta aventura (que por ser tan común en el mundo no tiene nada de nuevo puesta en historia), Catur y el señor Alicak entraron en Córdoba, y Caleb, como mejor supo y pudo, también llegó a la gran ciudad, prometiendo en sus adentros, cuando llegase al poder, que a Catur lo pondría en sitio tal que pudiese comer y roncar potentemente, sus dos favoritas distracciones, y que al señor Alicak lo pondría encerrado en palacio tan espacioso y rico, que sin pensar él que estaba en prisión, no pudiese hacer el mal a que lo inclinaba su condición intrigante y pícara.

Y ya en Córdoba, y antes de todo, comenzó a visitar las bibliotecas y curiosidades de la ciudad celeste.

Anduvo largos días Caleb en tales entretenimientos y recreaciones, cuando, dando punto en ellos, trató de pensar en su futura suerte. Algún tiempo estuvo meciéndose entre las más dulces esperanzas, ya fiado en los títulos que él contaba tener en sí propio (vanidad culpable), y ya contando en la benevolencia de ciertos favorecedores (confianza ne-

cia); pero viniendo semanas y andando meses nada conseguía, sólo recogiendo humo entre sus brazos cuando más cerca pensaba tener la fantasía de la fortuna.

En esto se le vino a recordar que desde Cuf traía cierta carta para el sabio Lokman (1), famoso en los reinos musulmicos por las obras que escribía, y más aún en Córdoba, por sus verídicos vaticinios; y se propuso, sin falta, el visitarlo a la siguiente mañana.

Puesto por obra su pensamiento, llegó a la morada del sabio, que era un pequeño vergel en cierto ángulo retirado de la ciudad, y allí llamando, fué recibido muy cordial y amorosamente por un anciano de faz venerable y de bellida y argentada barba.

Aún no habían los dos recién conocidos finalizado los primeros capítulos de la plática, cuando le anunciaron al sabio que allí estaban dos jóvenes que ansiaban por saber de su boca las dichas o desdichas de su estrella.

Lokman entonces hizo ocultar a Caleb entre unas mosquetas del jardín, y mandó que entrasen los dos curiosos, que para mayor maravilla del escondido, no eran otros que Catur y el señor Alicak.

El sabio, instruido de la demanda de entrambos, se acercó primero a Catur y luego al señor Alicak, leyéndoles y observándoles la faz a cada cual con

(1) Este Lokman no puede confundirse con el que tanta fama ganó en Oriente con sus apólogos o fábulas.

escrupulosidad nimia, y de pronto, postrándose ante los dos al uso oriental, exclamó:

—¡Oh, poderoso Alá, tus juicios son insondables! Pero fuerza es adorar tu obra.

Levantándose después, le dijo a Catur:

—¡Oh, hijo mío, esta tarde y otra y otra pasea por las alamedas del río entre los otros árabes; lleva alzada, muy alzada la frente y duerme con descanso; al cuarto día serás Emir y poseerás grandes riquezas: sólo te pido, en premio de tal noticia, que me dejes en paz.

Y luego, volviéndose al señor Alicak, añadió, mirándole con miedo a la frente:

—Tú, ser afortunado, retírate a tu casa y nada más.

Catur y Alicak, oyendo estas palabras, se retiraron alegres, echando antes el primero una mirada de antojo al vergel, y el segundo una mirada de codicia a los anillos de oro y piedras preciosas que tenía Lokman en la mano.

Caleb, que observó toda esta escena, salió para abrazar al sabio y pedirle que también a él le relata-se su porvenir, contando sin falencia sacar mejor partido que sus dos inferiores compañeros de estudio; Lokman le miró entre gozoso e incierto, y abrazándole estrechamente, le dijo:

—¡Oh hijo mío! Ninguna de las líneas de tu frente te anuncian fortuna, al menos para la edad en que vivimos. El letrado privilegiado no lo alcanzo



a ver en ella, por más cuidado que en ello pongo.

—Y ¿cuál es ese letrero, padre mío? —repuso afligido Caleb.

—Joven querido, son tal y tal —y pronunció dos palabras árabes desconocidas para nosotros.

—Y ¿qué quieren decir tales palabras?...

La historia no dice si se llegó o no a saber la clave de estas dos misteriosas palabras; pero sí se sabe, y consta por las crónicas de aquel tiempo, que Catur y el señor Alicak llegaron al estado prometido por Lokman, siendo al propio tiempo nombrados visires por el Califa.

Cuál fuese el feliz régimen y honradas acciones de estos dos ministros se concebirá fácilmente sabiéndose que desde aquel punto entró en los habitantes tal prurito por peregrinar, que los pueblos quedaron casi desiertos.

Algunos viajeros, después de luengos años, relataron en sus escritos que cierto anciano de faz venerable y bellida y argentada barba, y otra persona de menos edad, huyendo de los dos visires, vivieron solos y apartadamente en una isla desierta.

Muchos sospecharon que tales solitarios no pudieron ser sino Lokman y Caleb.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(Argentino, 1811-1888.)

EL RASTREADOR

Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal y distinguirlas entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo.

—Aquí va —dijo luego— una mulita mora, muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...

Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa

en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándole o denunciándole; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "Este es." El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que le señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de

ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta:

—Ya no valgo nada; ahí están los niños.

Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar regresó, vió el rastro, ya borrado e imperceptible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios; entra en una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. Precauciones inútiles. Acaso sólo sirvieron para perderle; porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas las desigualdades del suelo para no dejar huellas; cuerdas enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida

a las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás; Calíbar le seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo, exclamaba:

—¿Dónde te mi-as-dir?

Al fin, llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar.

Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice:

—Por aquí ha salido; no hay rastro; pero estas gotas de agua en los pastos lo indican.

Entra en una viña. Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo:

—Dentro está.

La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas.

—No ha salido —fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado.

En 1830, algunos presos políticos intentaban una evasión; todo estaba preparado; los auxiliares de afuera, prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo:

—¿Y Calíbar?

—¡Cierto! —contestaron los otros, anonadados, aterrados—, ¡Calíbar!

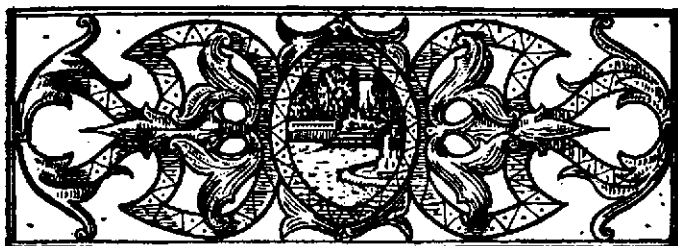
Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que

estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¿Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

(Facundo.)





ANTONIO DE TRUEBA

1820-1889

EL MÁS LISTO QUE CARDONA

I

Comedia sin teatro, para maldita la cosa vale. Antes de hacer la comedia, hagamos el teatro.

El teatro representa la plaza de un lugar de la provincia de Madrid. A derecha e izquierda, bocacalles. En el fondo, una casa grande con balcones. Y hacia el lado del público, la concha del apuntador, donde el autor se mete y apunta en unas cuartillas de papel cuanto dicen y hacen los actores para ir en seguida a parlárselo al público.

Acaba de amanecer y acaba la tía Bolera de plantarse en medio de la plaza con una cesta de higos delante.

Sale Bartolo sin sombrero y mirando a todas partes, como si se le hubiese perdido algo.

Mucho oído, que comienzan a hablar Bartolo y la tía Bolera.

—Buenos días, tía Bolera.

—Buenos te los dé Dios, Bartolo.

—Hoy los mozos que salgan bien de la quinta, de seguro la dejan a usted sin higos para regalar a las novias. Yo que usted no hubiera madrugado tanto teniendo la venta segura.

—Pues tú madrugas también.

—Es que anoche, andando por aquí de ronda, me llevó el sombrero el aire, y no puedo dar con él por más que le busco.

—Cabeza es lo que debes buscar, que esa te hace más falta que el sombrero.

—*Velay* usted lo que tiene el ser uno tonto.

—Vamos, ¿no me compras higos?

—¡Canasto, la pinta no es mala!

—Pruébalos, que son muy ricos.

—Vamos a ver —dice Bartolo manducándose higos—. Este... estaba un poco duro. Este... estaba demasiado blando. Este... amargaba un poco. Este... estaba demasiado dulce.

—¡Anda y prueba solimán de lo fino, que los higos están caros!

Y la tía Bolera amenazaba con una pesa a Bartolo.

—¡Pero, tía Bolera, si como soy tonto no sé lo que me pesco!

—Eso te vale, que si no te rompía la cabeza con una pesa. Vamos, ¿cuántos higos quieres?

—Aguarde usted, mujer, que antes de todo es ajustar. ¿A cómo son?

—A cuatro cuartos la libra.

—Vamos, que algo menos serán.

—No son un maravedí menos.

—¡Canasto, no ha de tener usted palabra de rey!

—Vaya, no muelas. ¿Cuántos quieres?

—Eche usted cuatro o seis libras si me los da usted fiados.

—¿Ahora salimos con eso?

—¡Pero, tía Bolera, si no tengo un cuarto!

—¡Anda, anda, lárgate de aquí o te descalabro!

—Tía Bolera, no me asuste usted, canasto, que me van a hacer daño los higos que he comido.

—¡Así reventaras!

—Pero, ¿tengo yo la culpa de ser tonto?

—¡Te he dicho que te largues!

Bartolo se retira a una esquina, y la tía Bolera añade en tono muy sentimental:

—¡Ay! ¡El Señor nos conserve cabales los cinco sentidos!

Cardona, que es un mozo cuya sonrisa burlona va por todas partes diciendo: “El que me la pegue a mí, no ha de ser rana”, sale por la parte opuesta a la esquina en que está Bartolo, y pregunta:

—¿Qué es eso, tía Bolera?

—¡Qué ha de ser! Que si me descuido se zampa todos los higos ese zoquete.

—¡Canute! No me hable usted de ese tonto, porque me tiene muy quemado... ¿Creerá usted, tía Bolera, que pretende casarse con la Jeroma?

—¿Con la chica del señor Alcalde? En el nombre del Padre y del Hijo. ¡Con la más rica del lugar!

—¡Cabalito!

—Pero ella no le hará caso.

—¡Pues no se le ha de hacer, canute, si está *challá* por él, y dice que aunque la hagan tajadas no se casa conmigo!

—Pues ándate con cuidado, no sea que te la pegue.

—¡Pegármela a mí! ¡A mí, canute! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!
¡Que es tonto el muchacho!

—Es verdad que ya sabes tú dónde el zapato te aprieta. Cardona te llaman, y te está pintiparado el nombre.

Bartolo, que no quita ojo de los higos de la tía Bolera, exclama:

—¡Canasto, y qué ganas de comer higos me han entrado!

—Vamos, ¿no me compras higos? —pregunta la tía Bolera a Cardona.

—¿A cómo son?

—A cuatro.

—Pues eche usted un par de libras para que rumie el ganado.

—¡Canasto! —exclama Bartolo—. ¡Que no tuvie-

ra yo cuatro cuartos para comprar una libra de higos!

—Apara el sombrero —dice a Cardona la tía Bolera—. Tú me estrenas, hijo.

—Con que son... cuatro y cuatro... doce —dice Cardona, contando por los dedos—. Ahí tiene usted los doce cuartos.

Cardona repara en Bartolo.

—¡Canute! —añade—. *¿Entuavía* está ese tonto ahí? Verá usted, tía Bolera, cómo le apedreo! ¡Anda, Bartolo! ¡Anda, borrico! ¡Anda, bestia! ¡Anda, tonto!

Así diciendo, Cardona tira higos a Bartolo, éste los va cogiendo y zampando con mucho gusto; y el uno tirando y el otro zampando sin más que decir: “Dime tonto y dame higos”, desaparecen por una de las bocacalles.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Qué listo es este Cardona! —exclama la tía Bolera desternillándose de risa—. Con razón pasa por el más listo del pueblo. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

II

Cardona vuelve inmediatamente, y dice enseñando el sombrero completamente desocupado:

—Se acabó la munición y me quedé desarmado.

El tío No-hay-Dios sale de casa del Alcalde, y Cardona le grita:

—¡ Eh! ¡ Alguacil! ¡ Tío No-hay-Dios!

—¡ Mira, Cardona, que no pongas motes a nadie! No gastes bromas con nosotros los señores de justicia, que te planto en el cepo como soy alguacil.

—Pues ya puedes plantar en él a todo el lugar —replica la tía Bolera—, porque no hay quien no te llame tío No-hay-Dios.

—Y ¿por qué te lo llaman? —pregunta Cardona.

—Porque cuando volví del servicio no quería ir a misa, so pretexto de si había Dios o dejaba de haberle. Me casé poco después, se me perdió la cosecha, se me murieron dos caballerías, y mi casa era una perdición. Un día fuí a Madrid a vender un borriquillo, que era lo último que en mi casa quedaba por vender, y al llegar allá, le dió un torozón a la bestia y se murió. Vendí en un duro la piel del borrico, y volví a tomar el camino del pueblo, pensando si aquello me sucedería por decir que no había Dios, cuando cádate tú que encuentro un pobre con tres chiquillos desnudos y muertos de hambre y me pide limosna, diciendo que Dios me daría ciento por uno. Yo tenía por *fáula* lo de Dios, pero tenía tres chiquillos como el pobre y me puse a pensar que estaban a pique de pedir limosna. Pues, señor, que se me ablanda el corazón, que doy el duro al pobre echándome la cuenta del perdido, y que sigo mi camino oyendo las bendiciones de los que se quedaban con el último duro de mi caudal. ¿Qué diréis que encontré al llegar a casa?

—¿Alguna cuerda para ahorcarte?

—No, eso hubiera sucedido si no hubiera Dios; pero como le hay, me encontré con una carta en que me decían que el coronel de mi regimiento, con quien estuve de asistente, había muerto y me había dejado mil duros. Salgo entonces por el pueblo gritando: “¡Hay Dios! ¡Hay Dios!” Mi casa comienza a prosperar, la justicia me nombra alguacil, viendo que me he hecho buen cristiano, y hoy sería el más dichoso del pueblo si me llamaran el tío Hay-Dios, en lugar de seguir llamándome el tío No-hay-Dios.

—Pero oye, que para eso te llamaba: tú, que eres algo de justicia, ¿no has oído algo de la causa que el juez del partido nos sigue al tonto y a mí, por los palos que llevaron los forasteros el día de la función?

—¡Pues no he de haber oído! Justamente vengo de entregar al señor Alcalde un oficio del Juez que han traído esta madrugada.

—¿Y sabes lo que dice?

—¡Vaya si lo sé! Como que su merced le ha leído alto delante de mí.

—¡Canute! Y ¿qué dice?

—Dice que a ti te han condenado por buenas composturas a pagar mil reales de las costas.

—¡Canute! ¡Por vida de...! ¿Y a Bartolo?

—Bartolo ha salido del todo libre.

—¡Pero si él fué quien pegó los palos, y yo no hice más que enzarzarle con los forasteros, y luego

hacer que metía paz para que no rezara conmigo la causa!

—¡Ya! Pero el Juez dice que como Bartolo es tonto, no tiene pena, y te ha cargado a ti las costas que el tonto debía pagar.

—¡Canute! ¡Recanute! ¡Que esto me suceda a mí!

—Ea, con que *diquiá* luego, que hoy con la quinta estamos muy ocupados los señores de justicia. Tú, Cardona, no tengas miedo, que, como sois treinta los mozos útiles, y nada más que cuatro los soldados que piden, malo ha de ser que a ti te toque la china. Mira, ya tocan a misa. Vete a oírla, que ¡hay Dios!

El alguacil desaparece.

—¡Canute! ¡Para misas estoy yo! —dice Cardona tirándose de los pelos.

—Hombre —le arguye la tía Bolera—, no te desesperes por mil reales más o menos.

III

Muchas gentes atraviesan la plaza en dirección a la iglesia. El Alcalde y su hija salen de casa, llevando la Jeroma pañuelo a la cabeza.

Hablan el Alcalde y su hija.

—¡Jesús, padre, qué empeño en ir a misa primera!

—¡Picarona! ¿Quieres que me quede sin misa, para que al alcalde le llamen tío No-hay-Dios, como al alguacil?

—Pues oiga usted misa mayor.

—No quiero, que me está esperando todo el Ayuntamiento para hacer el sorteo, y en seguida la declaración de soldados, para salir del paso cuanto antes.

—La declaración de soldados es de hoy en ocho.

—¡Qué sabes tú, habladora!

—Siempre ha sido así.

—Eso manda la ley; pero el Ayuntamiento ha acordado hacerla hoy y poner la fecha del domingo que viene, porque el domingo toda la justicia está convidada a una borrachera que da ese señor que ha venido de Madrid.

—¡Vaya un modo de cumplir la ley!

—¡Qué ley ni qué calabazas! En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Pues bien: váyase usted solo a misa primera, que yo me quedo para la mayor.

—¡Ya, ya te entiendo, pájara! Lo que tú quieres es ir sola a misa para gastar palique con el tonto. No te verás en ese espejo. Ya te he dicho que con quien te has de casar es con Cardona, que es el más listo del pueblo.

—Y a los hombres, ¿de qué les sirve ser listos?

—¡Calla, habladora, que te voy a sacar la lengua! Si no fuera yo listo, ¿no me la hubieras tú pegado ya?

—Si quisiera pegársela a usted...

—¡Pegármela tú a mí! ¡Facilillo es!

—Pues yo no me caso con Cardona, que me caso con Bartolo.

—Bartolo es tonto.

—Pues a mí me sirve aunque lo sea.

—¡Anda, el tercer toque! ¡Vamos a misa!

—¡Pues! ¡Y he de entrar en misa sin mantilla!

—¡Qué mantilla ni qué...! En los pueblos no se anda con cumplimientos. ¡Vamos, vamos, pícara! ¿Qué va a que por tu causa me ponen tío No-hay-Dios?

El Alcalde echa a correr, y al traspasar una esquina se le escapa su hija, que va a meterse por otra callejuela, diciendo:

—¡Sí, ahora me iba yo a quedar sin hablar con Bartolo, cuando no le he visto desde el domingo pasado!

En el soportal de la casa de Ayuntamiento comienza el sorteo para la quinta.

Bartolo se retira del soportal, llorando como un becerro porque ha sacado el número cuatro, y poco después hace lo mismo Cardona, pero saltando de alegría, porque ha sacado el número cinco, y tocando al pueblo sólo cuatro soldados, son útiles para coger el chocho los que han sacado los cuatro primeros números.

IV

El juicio de exenciones y declaración de soldados comienza.

Los tres primeros números son declarados útiles.

—¡Número cuatro! —grita el Secretario.

Y Bartolo se presenta.

—¿Tiene usted algo que alegar?

—Sí, señor: que soy tonto.

El Ayuntamiento delibera y declara inútil para el servicio a Bartolo por tonto de capirote.

—¡Número cinco! —vuelve a gritar el Secretario.

Y comparece Cardona tan desesperado, que se tiraría de los pelos si no se los hubiera arrancado ya de rabia.

—¿Tiene usted alguna exención que alegar?

—Sí, señor, que soy más tonto que una mata de habas —contesta Cardona con profunda convicción.

El Ayuntamiento y el respetable público se echan a reír como quien dice: “¡Qué pillo es ese muchacho!”

Cardona es declarado útil para poder manejar el chopo.

—¡Canute! ¡Recanute! —exclama Cardona arreándose puñetazos a sí mismo—. Que llamen al número seis, porque yo voy a matar al tonto y a ahorcarme en seguida en un árbol de mi huerto.

El respetable público vuelve a aplaudir.

—Tío No-hay-Dios —dice el Alcalde—, al cepo con ese quinto hasta que se haga la *entriega* en caja.

Cardona se defiende como un león; pero al fin el alguacil, ayudado por Bartolo y otros mozos, le sujetan.

—Cardona —le dice el alguacil por lo bajo al so-
plarle en el cepo—, ¡hay Dios!

—¡Ya lo sé! —contesta Cardona, ya más manso
que un cordero.

V

Esta comedia tiene su epílogo y todo.

El epílogo es pasados unos quince días.

Cardona, con los demás quintos, sale del pueblo
para ir a entrar en caja. Al pasar junto a su huerto,
dirige la vista a los frutales, pesaroso de no ahor-
carse en uno de ellos.

Jeroma y Bartolo salen de la iglesia, donde aca-
ban de casarse. ¡Ahora sí que el tonto se mete en
casa del Alcalde!

Entre la multitud de gentes que acompañan a los
novios va el tío No-hay-Dios.

—Bartolo —dice el alguacil—, esto te probará
que ¡hay Dios!

—Sí —contesta Bartolo—, y por eso tengo un re-
mordimiento.

—¿Cuál?

—Cardona va soldado por haber alegado yo que
soy tonto.

—¿Y sospechas que no lo eres?

—Lo sospecho.

—Yo también sospecho que eres más listo que Car-
dona.



JUAN VALERA

1824-1905

EL CABALLERO DEL AZOR.

I

Hará ya mucho más de mil años había en lo más esquivo y fragoso de los Pirineos una espléndida abadía de benedictinos. El abad Eulogio pasaba por un prodigio de virtud y de ciencia.

Las cosas del mundo andaban muy mal en aquella edad. Tremenda barbarie había invadido casi todas las regiones de Europa. Por dondequiera luchas feroces, robos y matanzas. Casi toda España estaba sujeta a la ley de Mahoma, salvo dos o tres Estadillos nacentes, donde entre breñas y riscos se guarecían los cristianos.

En medio de aquel diluvio de males pudiera compararse la abadía de que hablamos al arca santa en que se custodiaban el saber y las buenas costumbres y en que la humana cultura podía salvarse del universal estrago. Gran fe tenían los monjes en sus rezos

y en la misericordia de Dios, pero no desdeñaban la mundana prudencia. Y a fin de poder defenderse de las invasiones de bandidos, de barones poderosos y desalmados o de infieles musulimes, habían fortificado la abadía como casi inexpugnable castillo roquero, y mantenían a su servicio centenares de hombres de armas de los más vigorosos, probados y hábiles para la guerra.

La abadía era muy rica y famosa: rica por los fertilísimos valles que en sus contornos los monjes habían desmontado, cultivándolos con esmero y recogiendo en ellos abundantes cosechas; y famosa porque era como casa de educación, donde muchos mozos de toda Francia y de la España que permanecía cristiana acudían a instruirse en armas y en letras. Entre los monjes había sabios filósofos y teólogos y no pocos que habían militado con gloria en sus mocedades antes de retirarse del mundo. Estos enseñaban indistintamente las artes de la paz y de la guerra; cuanto a la sazón se sabía. Y luego, según la índole de cada educando, los pacíficos y humildes se hacían sacerdotes o monjes, y los belicosos y aficionados a la vida activa salían de allí para ser guerreros y aun grandes capitanes.

Cincuenta novicios había en la abadía de continuo. Y todos, salvo en las horas consagradas a ejercicios caballerescos, vestían el hábito de la orden.

En una tarde de abril, terminadas las vísperas, salieron los novicios del coro, donde habían estado

entonando salmos, y fueron, según costumbre, a pasar dos horas de recreo jugando en un gran patio.

Había un novicio de origen obscuro, lo cual se contraponía a la alta nobleza de que se jactaba con razón la mayoría de los otros. Este novicio era español.

Seis años hacía que había venido a refugiarse en el convento sin saber de dónde. El caritativo abad le dió asilo, y él, con su humildad profunda, con su aplicación constante, con la rara inteligencia que desplegó en el estudio y con la robustez y agilidad que mostró en todos los ejercicios corporales, se ganó la voluntad de aquel venerable siervo de Dios, que le amaba como a un hijo y que candorosamente le admiraba. De aquí la envidia que le tenían los otros novicios y especialmente los franceses. Trátábanle con desdén, le hacían mil burlas y hasta le dirigían improperios, que él sufría con resignación evangélica. Por esto le llamaban Plácido.

En aquella ocasión la envidia de los otros novicios había llegado a su colmo. Plácido acababa de alcanzar brillante triunfo. Había compuesto un devoto e inspirado himno latino a la Santísima Virgen María, tan lleno de bellezas y tan rico de amor místico, que, entusiasmados los monjes, le habían cantado en el coro, dando al joven poeta mil alabanzas y bendiciones.

Sus malos compañeros, deseosos de humillarle, y tal vez fiados en que Plácido era pacífico y sufrido,

se encararon con él, aunque se apartaba de ellos con mansedumbre y modestia, y llegaron dos de los más insolentes al último extremo de la injuria. Recordando la obscuridad de su origen, se la echaron en rostro y calificaron a su madre de la más infame manera.

El cordero se convirtió entonces de repente en bravo león. Por dicha, no tenía armas, pero le valieron los puños. Con certero y fuerte golpe derribó por tierra, maltrecho y con la boca ensangrentada, al primero que le había ofendido. Después siguió peleando él solo contra otros tres o cuatro, apoyado contra el muro y acosado por ellos.

Fué todo tan rápido, que nadie había acudido a interponerse y a restablecer la paz, cuando otro de los novicios, de nobilísima alcurnia francesa, intervino en la contienda, diciendo:

—Es cobardía que vayáis tantos contra él; apartaos; dejádmeme a mí solo; yo le castigaré como merece.

Fué tan imperiosa la voz, fué tan imponente el ademán de aquel muchacho, que se apartaron todos, formando ancho cerco en torno suyo.

Cayó entonces el francés sobre Plácido, el cual paró los golpes que le asestaba, sin recibir ninguno, y le ciñó con fuerza terrible en sus nervudos brazos.

Pasmosa fué la lucha. Firmes se mantenían ambos. Ninguno cejaba ni caía. Hubieran semejado dos estatuas de bronce, si no se hubiera sentido el re-

soplido de la fatigada respiración de los combatientes y si no se hubiera visto correr abundante sudor por sus encendidas mejillas.

¡Quién sabe cómo hubiera terminado aquel combate! Mal hubiera terminado, sin duda, si no llega precipitadamente el abad y logra al punto separarlos.

Después de censurar con breves y enérgicas palabras la acción de todos, ordenó a Plácido que le siguiese, y le llevó a su celda.

II

—En balde he esperado, hijo mío, hacer de ti un dechado de santidad y de paciencia, para que con el tiempo llegases a ser mi sucesor en el gobierno de esta abadía. Sé todo lo ocurrido y no me atrevo a culparte. La afrenta que te han hecho era difícil, era casi imposible de tolerar. Está visto, Dios no te quiere para la vida contemplativa. Imposible es, además, que permanezcas ya ni una hora en esta santa casa, donde has promovido un escándalo feroz, aunque disculpable. Por otra parte, el mozo con quien luchabas es poderosísimo por su nacimiento y riqueza y tú no puedes seguir viviendo donde él está. No me queda más recurso que el de obligarte a salir inmediatamente de la abadía. Pero no saldrás desvalido y sin prendas de mi afecto hacia ti. La

abadía es rica, el abad también lo es, y en nada mejor puede emplear su dinero. Toma esta bolsa llena de oro; Hugo, el capitán de los arqueros, tiene orden mía para entregarte enjaezado el mejor de los corceles que hay en nuestras caballerizas. Corre, revístete a escape de tus armas, monta a caballo y vete.

Vertiendo muchas lágrimas de gratitud y besándole respetuosamente las manos, Plácido se despidió del abad y éste le abrazó y le bendijo.

Dos horas después cabalgaba Plácido, solo y armado, por medio de un pinar espeso y por senda apenas trillada, que iba serpenteando junto a la orilla de un arroyo, entre cerros altísimos.

III

Llegó la noche medrosa y sombría. En aquella soledad asaltaron a Plácido mil ideas tristes. Los recuerdos de la niñez surgieron en su mente con claridad extraña.

Recordó que, seis años hacía, le habían arrojado de otro asilo con severidad y dureza harto diferentes. Desde muy niño, desde el albor de su vida, de que no tenía sino muy confusas memorias, se había criado en el castillo del terrible don Fruela, poderoso magnate de la montaña. El castillo estaba en una altura muy cerca de la costa. Desde allí, ora

salía don Fruela con buen golpe de gente a caballo para penetrar en tierra de moros y talar y saquear cuanto podía, ora embarcaba a sus satélites en algunas fustas y galeras de su propiedad, e iba a piratear o a dar caza a otros más crueles piratas que infestaban aquellos mares e invadían y asolaban a menudo las costas de España: eran los idólatras normandos de Noruega y de la última Tule.

Plácido, recogido por caridad en el castillo, e hijo de padres desconocidos, había sido criado con amor por doña Aldonza, la mujer de don Fruela. Hasta la edad de ocho años, vivió Plácido en fraterno familiaridad con Elvira, la hija de doña Aldonza, que era de edad poco menor que él. Juntos jugaban los niños, y juntos aprendieron a leer y la doctrina cristiana.

Plácido y Elvira sintieron que sus almas se habían unido con el lazo del cariño más inocente.

Algo hubo de recelar o de prever don Fruela, y ordenó a su mujer que alejase al expósito del trato y de la convivencia de su hija.

Sumisa doña Aldonza, cumplió las órdenes de su marido; pero no hasta el extremo de evitar por completo que el pajecillo y la niña se viesan y se hablasen.

La menor frecuencia en el trato produjo un efecto contrario al que don Fruela deseaba. En las mentes candorosas de él y de ella se trocó en adoración el afecto, y se iluminó y heroseó con las galas y el

esplendor de los sueños la imagen de la persona querida.

Así llegaron ambos a cumplir catorce años. En un día en que salieron de caza con don Fruela, el caballo de Elvira corrió desbocado y fué a perderse en la espesura de un bosque. Plácido la siguió para salvarla, y acertó a llegar cuando el caballo que ella montaba tropezó y cayó, derribándola por el suelo. Elvira, por fortuna, no se hizo el menor daño. Plácido se apeó con ligereza, acudió en su auxilio y la levantó en sus brazos.

Instintivamente, sin saber qué hacían, cediendo ambos a un impulso irreflexivo, tal vez movidos por los invisibles genios y espíritus de la selva, acercaron sus rostros y se dieron un beso. Plácido se creyó por breves instantes transportado al paraíso; pero la realidad más cruel hubo de mostrarle en seguida que estaba en la dura y áspera tierra. Una lluvia de infamantes latigazos cayó sobre sus espaldas. Don Fruela le había sorprendido, le castigaba y le afrentaba furioso. La jauría de sus podencos y lebreles y sus monteros se acercaban ya. Afrentado el mozo, aunque en edad tan tierna, no reflexionó en el peligro ni en lo desigual de la lucha, y venablo en mano se lanzó contra don Fruela para matarle. Elvira se interpuso, dispuesta a recibir las heridas y salvar a su padre. Plácido dejó caer al suelo el venablo. La humillación le hizo verter amargas lágrimas.

El feroz don Fruela, lejos de apiadarse, le azuzó los perros para que le devoraran, y ordenó a los monteros que disparasen contra él sus agudas flechas.

—¡Sálvate, Plácido, sálvate! —dijo entonces Elvira—. Si no huyes, mi cuerpo te servirá de escudo y me matarán antes de que te maten.

Plácido conoció entonces lo peligroso, lo imposible de la defensa. Temió más por la vida de ella que por la suya. Era ágil y ligero como un gamo; conocía los más intrincados sitios y las más extraviadas sendas del bosque, y pronto desapareció como por encanto, no sin exclamar antes con su voz de niño, que se contraponía a la firmeza del tono:

—Ser padre de ella te ha salvado de la muerte. Ahora huyo; pero tal vez un día vuelva a buscarte y a exigirte su mano como sola satisfacción de mi afrenta.

Refugiado Plácido en la abadía, no olvidó la afrenta jamás, pero guardó oculto su recuerdo en el lastimado centro del alma. El horror que le causaba volver de nuevo contra el padre de Elvira, la humildad y la resignación y otros sentimientos religiosos inclinaron su espíritu y le excitaron a desistir de vengarse. Y como afrentado y sin venganza no quería vivir en el mundo, se decidió a hacer la vida del claustro. Hasta el día en que el insulto hecho a su madre despertó en él de nuevo la ingénita fiereza, fué el más paciente y dulce de los cenobitas. Lan-

zado ya al mundo de nuevo, con veinte años de edad, con aliento y brío y con caballo y armas, ¿dónde había de ir Plácido sino al castillo de don Fruela a pedirle estrecha cuenta de todo?

IV

Sin detenerse sino para tomar el indispensable descanso, llegó Plácido a la morada donde había pasado la niñez. Confiado en Dios, en su derecho y en su valentía, sin arredrarse, se acercó a la puerta del castillo.

Todo estaba mudado. En torno, soledad y silencio. Aunque era medio día, Plácido no vió ni hombres de armas ni campesinos. El puente levadizo, tendido sobre el foso, dejaba franca la entrada. El escudo de piedra berroqueña, que había sobre la puerta principal, estaba cubierto de negro paño de luto.

Pronto, por un anciano criado, única persona que halló y que al desmontar le tuvo el estribo, se enteró de la inmensa desventura que abrumaba a aquella familia. Don Fruela, acusado de alta traición, estaba en Oviedo y debía ser condenado a muerte. Su acusador era don Raimundo, mayordomo de Palacio. Tres caballeros de la casa de don Raimundo estaban prontos a sostener la acusación en palenque abierto contra los defensores de don Fruela, el cual había



apelado al Juicio de Dios. Pero don Raimundo era tan poderoso y temido, y por su inaudita soberbia era don Fruela tan odiado, que nadie acudía a defenderle. Sólo faltaban tres días para expirar el plazo. No bien Plácido supo todo esto, el rencor antiguo se convirtió en lástima en su alma generosa, y resolvió ser el campeón de quien tan rudamente le había ofendido, probar su inocencia y librarle de la muerte. En el castillo no había nadie, sino el anciano servidor. Doña Aldonza y Elvira habían ido a Oviedo a echarse a los pies del Rey y pedirle el perdón, si bien con poquísima esperanza, por ser muy justiciero el Soberano. De todos modos, la honra de la familia quedaría manchada.

Sin demora se dispuso Plácido a salir para Oviedo, pero antes el anciano servidor le refirió y encareció lo mucho que doña Aldonza y Elvira habían pensado en él durante su ausencia, y le dijo que habían dejado para él un presente a fin de que le recibiese y se le llevase si por dicha aparecía por el castillo.

El anciano fué por el presente y se le entregó a Plácido. Era una fuerte rodela, en cuya plancha de acero figuraba en esmalte, sobre campo de gules, un azor, cubierta la cabeza por el capirote y asido por la pihuela a una blanca mano que parecía de mujer.

—Tú tienes en el hombro derecho —dijo el anciano—, grabado con indeleble marca, un azor semejante al del escudo. Por él serás un día reconocido

y se sabrá quiénes son tus padres. Entre tanto mi señora y su hija te declaran y apellidan Caballero del Azor, y te dan en testimonio de ello esa prenda. Concédate Dios, Caballero del Azor, la buena ventura en lides y amores que ellas y yo te deseamos.

V

A los tres días, pocas horas antes de expirar el plazo, después de reposar en Oviedo y de aprestarse para el combate, sonaron las trompetas y entró en el palenque el Caballero del Azor, con la visera calada y la lanza en la cuja.

En alta y sonora voz proclamó la inocencia de don Fruela, llamó calumniadores a los que le acusaban, y retó a los tres, o sucesivamente o juntos contra él solo. Los campeones de don Raimundo fueron sucesivamente apareciendo. Los combates fueron muy cortos.

El Caballero del Azor, con pasmosa destreza y bizarría, logró que en menos de media hora los tres mordiesen el polvo, muy mal herido uno de ellos.

El gentío que rodeaba el palenque rompió en estrepitosas aclamaciones y vítores. El Caballero del Azor fué llevado en triunfo a palacio e introducido en la regia cámara.

El Rey, informado de todo el suceso, ansiaba verle, y más lo ansiaba aún su noble y desventurada

hermana, la infanta doña Ximena, que estaba con el Rey en aquel momento.

—Caballero del Azor —dijo la Infanta antes de que el Rey hablase—, ¿por qué llevas un azor esmaltado en la rodela?

—Alta señora —contestó Plácido—, porque le tengo también estampado en el hombro derecho, como indeleble marca.

Doña Ximena puso entonces los ojos con cariñoso ahinco en el rostro hermosísimo de Plácido, e imaginó que veía al Conde de Saldaña, como estaba en su muy lozana juventud, veinte años hacía.

Ya no pudo contenerse doña Ximena; se acercó al joven, le estrechó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos, exclamando:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

El Rey depuso su severidad, y dirigiéndose al joven, le estrechó también en sus brazos y le dijo:

—Yo te reconozco; eres mi sobrino Bernardo; te hago merced de la Casa Fuerte y señorío del Carpio. Como Bernardo del Carpio serás en adelante conocido y famoso en todos los países y en todas las edades. Perdonado tu padre, saldrá de la prisión y será el legítimo esposo de mi hermana.

En efecto; el Rey cumplió su promesa. El Conde de Saldaña salió del castillo de Luna donde estaba encerrado. Se aseó y se atavió con esmero, de suerte que todavía tenía buen ver, a pesar de su prolongado martirio.

Durante cinco días consecutivos hubo magníficas fiestas en Oviedo. Las bodas de Bernardo del Carpio y de Elvira se celebraron al mismo tiempo que las del Conde de Saldaña y doña Ximena.

Pocos días después pudo averiguarse que don Raimundo, el mayordomo de Palacio, había sido quien robó al niño Bernardo y quien le mandó matar, furioso, como desdeñado pretendiente que fué de doña Ximena. Los sicarios, encargados de matar al niño, habían tenido piedad de él y le habían expuesto a la puerta del castillo de don Fruela. Por ésta y por otras muchas maldades que se descubrieron, se comprendió que don Raimundo era un monstruo abominable, por lo cual el Rey pudo ejercer provechosamente su justicia mandándole ahorcar, como le ahorcaron con general regocijo de los ciudadanos de Oviedo, porque don Raimundo era muy aborrecido y porque en aquella edad tan ruda la filantropía no era cosa mayor y no infundía repugnancia la pena de muerte.

Sólo queda por decir que Bernardo fué felicísimo con su Elvira y que vivieron siempre muy enamorados ella de él y él de ella.

Por los antiguos romances y por la historia se sabe que aquella lucha a brazo partido, que interrumpió el abad en el convento de los Pirineos se reanudó más tarde, no lejos de allí, y terminó gloriosamente para Bernardo, muriendo ahogado entre sus brazos hercúleos el paladín don Roldán, pues no

EL CABALLERO DEL AZOR

era otro quien había luchado con él, cuando los dos eran novicios.

Y aquí terminan los sucesos de la mocedad de Bernardo del Carpio, ignorados hasta hace poco, y recientemente descubiertos en ciertos vetustos e inéditos Anales de la orden de San Benito, escritos en latín bárbaro en el siglo x y conservados en el monasterio de la Cava, cerca de Nápoles.

(*De varios colores*, Madrid, 1898.)





PEDRO ANTONIO DE ALARCON

1833-1891

LA BUENAVENTURA

I

No sé qué día de agosto del año 1816 llegó a las puertas de la Capitanía general de Granada cierto haraposo y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido o sobrenombre *Heredia*, caballero en flaquísimo y destartalado burromohino, cuyos arneses se reducían a una sogá atada al pescuezo; y, echado que hubo pie a tierra, dijo con la mayor frescura *que quería ver al Capitán general*.

Excuso añadir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los *edecanes* antes de llegar a conocimiento del excelentísimo señor don Eugenio Portocarrero, conde del Montijo, a la sazón Capitán general del antiguo reino de Granada... Pero como aquel prócer era hombre de muy buen humor y tenía muchas noticias de Heredia, cé-

lebre por sus chistes, por sus cambalaches y por su amor a lo ajeno..., con permiso del engañado dueño, dió orden de que dejaran pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de Su Excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y poniéndose de rodillas exclamó:

—¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de toítico el mundo!

—Levántate; déjate de zalamerías, y dime qué se te ofrece... —respondió el Conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también serio, y dijo con mucho desparpajo:

—Pues, señor, vengo a que se me den los mil reales.

—¿Qué mil reales?

—Los ofrecidos hace días, en un bando, al que presente las señas de *Parrón*.

—Pues ¡qué! ¿tú lo conocías?

—No, señor.

—Entonces...

—Pero ya lo conozco.

—¡Cómo!

—Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas, y pido mi ganancia.

—¿Estás seguro de que lo has visto? —exclamó el Capitán general con un interés que se sobrepuso a sus dudas.

El gitano se echó a reír, y respondió:

—¡Es claro! Su merced dirá: este gitano es como todos, y quiere engañarme.—¡No me perdone Dios si miento!—Ayer vi a *Parrón*.

—Pero ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue a ese monstruo, a ese bandido sanguinario, *que nadie conoce ni ha podido nunca ver*? ¿Sabes que todos los días roba, en distintos puntos de estas sierras, a algunos pasajeros, y después los asesina, pues dice que los muertos no hablan, y que ese es el único medio de que nunca dé con él la Justicia? ¿Sabes, en fin, que ver a *Parrón* es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió a reír, y dijo:

—Y ¿no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano no hay quien lo haga sobre la tierra? ¿Conoce nadie cuándo es verdad nuestra risa o nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros?—Repito, mi General, que, no sólo he visto a *Parrón*, sino que he hablado con él.

—¿Dónde?

—En el camino de Tózar.

—Dame pruebas de ello.

—Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel

sospecha me tenía desazonado. “¿Será esta gente de *Parrón*? —me decía a cada instante—. ¡Entonces no hay remedio, me matan!..., pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan a ver cosa ninguna.”

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de macareno con mucho lujo, y dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia me dijo:

—Compadre, ¡yo soy *Parrón*!

Oír esto y caerme de espaldas, todo fué una misma cosa.

El bandido se echó a reír.

Yo me levanté desencajado, me puse de rodillas, y exclamé en todos los tonos de voz que pude inventar:

—¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres!... ¿Quién no había de conocerte por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que para tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que en mal hora muera si no tenía gana de encontrarte el gitánico para decirte la buena-ventura y darte un beso en esa mano de emperador! ¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te enseñe a cambiar burros muertos por burros vivos? ¿Quieres vender como potros tus caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés a una mula?

El Conde del Montijo no pudo contener la risa... Luego preguntó:

—¿Y qué respondió *Parrón* a todo eso? ¿Qué hizo?

—Lo mismo que su merced: reírse a todo trapo.

—¿Y tú?

—Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como naranjas.

—Continúa.

—En seguida me alargó la mano y me dijo:

—Compadre, es usted el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo usted me ha hecho reír: y si no fuera por esas lágrimas...

—¿Qué, señor, si son de alegría!

—Lo creo. ¡Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reído desde hace seis u ocho años! Verdad es que tampoco he llorado...

—Pero despachemos.—¿Eh, muchachos!

Decir *Parrón* estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fué un abrir y cerrar de ojos.

—¡Jesús me ampare! —empecé a gritar.

—¡Deteneos! —exclamó *Parrón*—. No se trata de eso *todavía*. Os llamo para preguntaros qué le habéis *tomado* a este hombre.

—Un burro en pelo.

—¿Y dinero?

—Tres duros y siete reales.

—Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

—Ahora dime la buenaventura —exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

—*Parrón*, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes... ¡morirás ahorcado!

—Eso ya lo sabía yo... —respondió el bandido con entera tranquilidad—. Dime *cuándo*.

Me puse a cavilar.

—Este hombre —pensé— me va a perdonar la vida; mañana llego a Granada y doy el *cante*; pasado mañana lo cogen... Después empezará la sumaria...

—¿Dices que *cuándo*? —le respondí en alta voz—. Pues ¡mira! va a ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo también, conociendo que el amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

—Pues mira tú, gitano... —contestó *Parrón* muy lentamente—. Vas a quedarte en mi poder... ¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo a ti, tan cierto como ahorcaron a mi padre! Si muero para esa fecha, quedarás libre.

—¡Muchas gracias! —dije yo en mi interior—. ¡Me perdona... después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fui conducido a la cueva, donde me encerraron, y *Parrón* montó en su yegua y tomó el tole por aquellos breñales...

—Vamos, ya comprendo... —exclamó el Conde del Montijo—. *Parrón* ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas...

—¡Todo lo contrario, mi General! *Parrón* vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

II

Pasaron ocho días sin que el capitán volviese a verme. Según pude entender, no había parecido por allí desde la tarde que le hice la buenaventura; cosa que nada tenía de raro, a lo que me contó uno de mis guardianes.

—Sepa usted —me dijo— que el jefe se va al infierno de vez en cuando, y no vuelve hasta que se le antoja. Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, a fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho la buenaventura a todos los ladrones, pronosticándoles que no serían ahorcados y que llevarían una vejez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen a un árbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaban a mi lado un par de centinelas.

Una tarde, a eso de las seis, los ladrones que habían salido de *servicio* aquel día a las órdenes del

segundo de Parrón, regresaron al campamento, llevando consigo, maniatado como pintan a nuestro Padre Jesús Nazareno, a un pobre segador de cuarenta a cincuenta años, cuyas lamentaciones partían el alma.

—¡Dadme mis veinte duros! —decía—. ¡Ah! ¡Si supierais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!... ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos! ¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones, esa suma, con que podríamos vivir este invierno!... ¡Y cuando ya voy de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices, ¿cómo he de perder ese dinero, que es para mí un tesoro? ¡Piedad, señores! ¡Dadme mis veinte duros! ¡Dádmelos, por los dolores de María Santísima!

Una carcajada de burla contestó a las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el árbol a que estaba atado; porque los gitanos también tenemos familia.

—No seas loco... —exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador—. Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores en que ocuparte...

—¡Cómo! —dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que dejar sin pan a sus hijos.

—¡Estás en poder de *Parrón*!

—*Parrón*... ¡No le conozco!... Nunca lo he oído

nombrar... ¡Vengo de muy lejos! Yo soy de Alicante y he estado segando en Sevilla.

—Pues, amigo mío, *Parrón* quiere decir la *muerte*. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos y encomienda el alma en otros dos. ¡Preparen! ¡Apunten! Tienes cuatro minutos.

—Voy a aprovecharlos... ¡Oídme, por compasión!...

—Habla.

—Tengo seis hijos... y una infeliz... diré *viuda*..., pues veo que voy a morir... Leo en vuestros ojos que sois peores que fieras... ¡Sí, peores! Porque las fieras de una misma especie no se devoran unas a otras. ¡Ah! ¡Perdón!... No sé lo que me digo. ¡Caballeros, alguno de ustedes será padre!... ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis niños pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre que ve morir a los hijos de sus entrañas, diciendo: "Tengo hambre..., tengo frío"? Señores, ¡yo no quiero mi vida sino por ellos! ¿Qué es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos y privaciones! ¡Pero debo vivir para mis hijos!... ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara... ¡Qué cara! Se parecía a la de los santos que el rey Nerón echaba a los tigrés, según dicen los padres predicadores...

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos a otros...; y viendo que

todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió a decirlo...

—¿Qué dijo? —preguntó el Capitán general, profundamente afectado por aquel relato.

—Dijo: “Caballeros, lo que vamos a hacer no lo sabrá nunca *Parrón*...”

—Nunca..., nunca... —tartamudearon los bandidos.

—Márchese usted, buen hombre... —exclamó entonces uno que hasta lloraba.

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

—Pronto... ¡Márchese usted! —repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

—¿Te parece poco? —gritó uno—. ¡Pues no quiere su dinero! Vaya..., vaya... ¡No nos tiene usted la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y a poco desapareció.

Media hora había transcurrido, empleada por los ladrones en jurarse unos a otros no decir nunca a su capitán que habían perdonado la vida a un hombre, cuando de pronto apareció *Parrón*, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio, descolgó su escopeta de dos cañones, y, apuntando a sus camaradas, dijo:

—¡Imbéciles! ¡Infames! ¡No sé cómo no os mato

a todos! ; Pronto! ; Entregad a este hombre los duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los veinte duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó a los pies de aquel personaje que dominaba a los bandoleros y que tan buen corazón tenía...

Parrón le dijo:

—¡ A la paz de Dios! *Sin las indicaciones de usted, nunca hubiera dado con ellos.* ; Ya ve usted que desconfiaba de mí sin motivo!... He cumplido mi promesa... Ahí tiene usted sus veinte duros... Conque... ; en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces y se alejó lleno de júbilo.

Pero no habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor lo llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró a volver pies atrás.

—¿ Qué manda usted? —le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad a su familia.

—¿ Conoce usted a *Parrón*? —le preguntó él mismo.

—No lo conozco.

—¡ Te equivocas! —replicó el bandolero—. Yo soy *Parrón*.

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta a la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó redondo al suelo.

—¡ Maldito seas! —fué lo único que pronunció.

En medio del terror que me quitó la vista, observé

que el árbol en que yo estaba atado se estremecía ligeramente y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entre tanto decía *Parrón* a los suyos, señalando al segador:

—Ahora podéis robarlo. Sois unos imbéciles... ¡unos canallas! ¡Dejar a ese hombre, para que se fuera, como se fué, dando gritos por los caminos reales!... Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba, hubieran sido los *migueletes*, habría dado vuestras señas y las de nuestra guarida, como me las ha dado a mí, y estaríamos ya todos en la cárcel. ¡Ved las consecuencias de robar sin matar! Conque basta ya de sermón y enterrad ese cadáver para que no apeste.

Mientras las ladrones hacían el hoyo y *Parrón* se sentaba a merendar dándome la espalda, me alejé poco a poco del árbol y me descolgué al barranco próximo.

Ya era de noche. Protegido por sus sombras salí a todo escape, y, a la luz de las estrellas, divisé mi borrico, que comía allí tranquilamente, atado a una encina. Montéme en él, y no he parado hasta llegar aquí...

Por consiguiente, señor, deme usted los mil reales,

y yo daré las señas de *Parrón*, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio...

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró desde luego la suma ofrecida, y salió de la Capitanía general, dejando asombrados al Conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó o no acertó *Here-día* al decir la buenaventura a *Parrón*.

III

Quince días después de la escena que acabamos de referir, y a eso de las nueve de la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y parte de la de San Felipe de aquella misma capital, la reunión de dos compañías de migueletes que debían salir a las nueve y media en busca de *Parrón*, cuyo paradero, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fechorías, había al fin averiguado el Conde del Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar a tan importante empresa. ¡Tal espanto había llegado a infundir *Parrón* a todo el antiguo reino granadino!

—Parece que ya vamos a *formar*... —dijo un miguelete a otro—, y no veo al cabo López...

—¡Extraño es, a fe mía, pues él llega siempre antes que nadie cuando se trata de salir en busca de *Parrón*, a quien odia con sus cinco sentidos!

—Pues ¿no sabéis lo que pasa? —dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación.

—¡Hola! es nuestro nuevo camarada... ¿Cómo te va en nuestro Cuerpo?

—¡Perfectamente! —respondió el interrogado.

Era éste un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mucho el traje de soldado.

—Conque ¿decías?... —replicó el primero.

—¡Ah! ¡Sí! Que el cabo López ha fallecido... —respondió el miguelete pálido.

—*Manuel*... ¿Qué dices? ¡Eso no puede ser!...

—Yo mismo he visto a López esta mañana, como te veo a ti...

El llamado *Manuel* contestó friamente:

—Pues hace media hora que lo ha matado *Parrón*.

—¿*Parrón*? ¿Dónde?

—¡Aquí mismo! ¡En Granada! En la Cuesta del Perro se ha encontrado el cadáver de López.

Todos quedaron silenciosos, y *Manuel* empezó a silbar una canción patriótica.

—¡Van once migueletes en seis días! —exclamó un sargento—. ¡*Parrón* se ha propuesto exterminarnos! Pero ¿cómo es que está en Granada? ¿No íbamos a buscarlo a la Sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar, y dijo con su acostumbrada indiferencia:

—Una vieja que presenció el delito dice que, luego que mató a López, ofreció que, si íbamos a buscarlo, tendríamos el gusto de verlo...

—¡Camarada! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de *Parrón* con un desprecio!...

—Pues ¿qué es *Parrón* más que un hombre? —repuso *Manuel* con altanería.

—¡A la formación! —gritaron en este acto varias voces.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó a pasar por allí el gitano *Heredia*, el cual se paró, como todos, a ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que *Manuel*, el nuevo miguelete, dió un retemblido y retrocedió un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros...

Al propio tiempo *Heredia* fijó en él sus ojos; y dando un grito y un salto como si le hubiese picado una víbora, arrancó a correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina a la cara y apuntó al gitano...

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

—¡Está loco! ¡*Manuel* se ha vuelto loco! ¡Un mi-

guelete ha perdido el juicio! —exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena.

Y oficiales, y sargentos, y paisanos rodeaban a aquel hombre, que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo a preguntas, reconvenciones y dicterios, que no le arrancaron contestación alguna.

Entre tanto *Heredia* había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeúntes, que, viéndole correr después de haber sonado aquel tiro, lo tomaron por un malhechor.

—¡Llebadme a la Capitanía general! —decía el gitano—. ¡Tengo que hablar con el Conde del Montijo!

—¡Qué Conde del Montijo ni qué niño muerto! —le respondieron sus aprehensores—. ¡Ahí están los migueletes, y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

—Pues lo mismo me da... —respondió *Heredia*—. Pero tengan ustedes cuidado de que no me mate *Parrón*...

—¿Cómo *Parrón*?... ¿Qué dice este hombre?

—Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y, señalando a Manuel, dijo:

—Mi Comandante, ¡ése es *Parrón*, y yo soy el gitano que dió hace quince días sus señas al Conde del Montijo!

—¡Parrón! ¡Parrón está preso! ¡Un miguelete era Parrón!... —gritaron muchas voces.

—No me cabe duda... —decía entre tanto el Comandante, leyendo las señas que le había dado el Capitán general—. ¡A fe que hemos estado torpes! Pero ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar el capitán de ladrones entre los migueletes que iban a prenderlo?

—¡Necio de mí! —exclamaba al mismo tiempo Parrón, mirando al gitano con ojos de león herido—. ¡Es el único hombre a quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que me pasa!

A la semana siguiente ahorcaron a Parrón.

Cumplióse, pues, literalmente la *buenaventura* del gitano...

Lo cual —dicho sea para concluir dignamente— no significa que debáis creer en la infalibilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de Parrón de matar a todos los que llegaban a conocerle... Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana; doctrina que, a mi juicio, no puede ser más ortodoxa.

Guadix, 1853.

(*Novelas cortas*. Segunda serie: *Historietas nacionales*, Madrid, 1881.)



RICARDO PALMA

(Peruano, 1833-1919.)

LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE

I

FRAGMENTO DE CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL
ALEJANDRO AL SEGUNDO COMANDANTE DEL BATA-
LLÓN GERONA.

Cusco, 3 de diciembre de 1822.

Mi querido paisano y compañero: Aprovecho para escribirte la oportunidad de ir el capitán don Pedro Uriondo con pliegos del Virrey para el general Valdés.

Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre las gana. ¡Por Dios!, hermano, no vayas a incurrir en la debilidad de aceptarle apuesta alguna, y haz esta prevención caritativa a tus ami-

gos. Uriondo se jacta de que jamás ha perdido apuesta, y dice verdad. Con que así, abre el ojo y no te dejes atrapar...

.....

Siempre tuyo,

JUAN ECHERRY.

II

CARTA DEL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA A SU
AMIGO DEL IMPERIAL ALEJANDRO.

Sama, 28 de diciembre de 1822.

Mi inolvidable camarada y pariente: Te escribo sobre un tambor en el momento de alistarse el batallón para emprender marcha a Tacna, donde tengo por seguro que vamos a copar al gaucho Martínez antes de que se junte con las tropas de Alvarado, a quien después nos proponemos hacer bailar el zorongo. El diablo se va a llevar de esta hecha a los insurgentes. Ya es tiempo de que cargue Satanás con lo suyo y de que las charreteras de Coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que le hemos tenido en el Cuartel general ha sido

la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el diantre del mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá, de regreso para el Cuzco, con comunicaciones del General para el Virrey.

Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas van marchitos. Sostuvo esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto Perú, cuando lo de Guaqui, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que, según él afirmaba, como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó, con un aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que, andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté el trapo a reír. Picóse un tanto Uriondo, y apostó seis onzas a que me convencía de la existencia del lunar. Aceptarle, equivalía a robarle la plata, y me negué; pero, insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, que fué alférez de Cosacos desmontados en el Callao; nuestro paisano Goytizolo, que es ahora capitán de la quinta; el teniente Silgado, que fué de Húsares y sirve hoy en Dragones; el padre Marieluz, que está de capellán de tropa, y otros oficiales, diciéndome todos:

—¡Vamos, Comandante! Gánese esas peluconas que le caen de las nubes.

Ponte en mi caso. ¿Qué habrías tú hecho? Lo que yo hice, seguramente. Enseñar la pierna desnuda, para que todos viesan que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que camarón sancochado, y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que, al fin, tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla.

Contra tu consejo, tuve la debilidad (que de tal la calificaste) de aceptarle una apuesta a tu conmigo desventurado malagueño, quedándome, más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible.

Tocan en este momento llamada y tropa.

Dios te guarde de una bala traidora, y a mí... lo mismo.

DOMINGO ECHIZARRAGA.

III

CARTA DEL TERCER JEFE DEL IMPERIAL ALEJANDRO
AL SEGUNDO COMANDANTE DEL GERONA.

Cuzco, enero 10 de 1823.

Compañero: Me... fundiste.

El capitán Uriondo había apostado conmigo trein-

LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE

ta onzas a que te hacía enseñar la pantorrilla el día de Inocentes.

Desde ayer hay, por culpa tuya, treinta pelucanas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdona el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

JUAN ECHERRY.

IV

Y yo el infrascrito garantizo, con toda la seriedad que a un tradicionista incumbe, la autenticidad de las firmas de Echerry y Echizarraga.

RICARDO PALMA.

(Tradiciones peruanas.)





GUSTAVO ADOLFO BECQUER

1836-1870

LA VENTA DE LOS GATOS

En Sevilla y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno que, por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más *neto* y característico de todos los ventorrillos andaluces.

Figuraos una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas, rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecen un sinfín de jaramagos y matas de reseda. Un cobertizo de madera baña en sombra el dintel de la puerta, a cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empotradas en el muro, que rompen varios ventanillos abiertos a capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquél imitando un ajimez o una claraboya, se ven de trecho en trecho algunas estacas

y anillas de hierro, que sirven para atar las caballerías. Una parra añósísima que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazón de maderas que la sostienen, vistiéndolos de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de anea desvencijadas, y hasta seis o siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas. Por uno de los costados de la casa sube una madreSelva, agarrándose a las grietas de las paredes, hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín que parece una canastilla de juncos rebosando flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan a espaldas del ventorrillo forman el fondo obscuro, sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas llenos de pitas y zarzamoras, los retamares que crecen a la orilla del agua, y el Guadalquivir, que se aleja arrastrando con lentitud su torcida corriente por entre aquellas agresivos márgenes, hasta llegar al pie del antiguo convento de San Jerónimo, el cual se asoma por cima de los espesos olivares que lo rodean, y dibuja por obscuro la negra silueta de sus torres sobre un cielo azul transparente.

Imaginaos este paisaje animado por una multitud de figuras de hombres, mujeres, chiquillos y anima-

les, formando grupos a cual más pintoresco y característico: aquí el ventero, rechoncho y coloradote, sentado al sol en una silleta baja, deshaciendo entre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel en la boca; allí un regatón de la Macarena, que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla, mientras otros le llevan el compás con las palmas o golpeando las mesas con los vasos: más allá una turba de muchachas, con su pañuelo de espumilla de mil colores y toda una maceta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y ríen, y hablan a voces en tanto que impulsan como locas el columpio colgado entre dos árboles; y los mozos del ventorrillo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de aceitunas; y las bandas de gentes del pueblo que hormigean en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que requiebra al pasar a una buena moza; un gallo que cacarea esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral; un perro que ladra a los chiquillos que le hostigan con palos y piedras; el aceite que hierve y salta en la sartén donde fríen el pescado; el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan, levantando una nube de polvo; ruido de cantares, de castañuelas, de risas, de voces, de silbidos y de guitarras, y golpes en las mesas, y palmadas, y estallidos de jarros que se rompen, y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figuraos todo esto en una tarde templada y serena, en la tar-



de de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, y tendréis una idea del espectáculo que se ofreció a mis ojos la primera vez que, guiado por su fama, fui a visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto hace ya muchos años: diez o doce, lo menos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural: comenzando por mi traje y acabando por la asombrada expresión de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvían la cara a mirarme con el desagrado que se mira a un importuno.

No queriendo llamar la atención ni que mi presencia se hiciese objeto de burlas más o menos embozadas, me senté a un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y cuando todos se olvidaron de mi extraña aparición, saqué un papel de la cartera de dibujo, que llevaba conmigo, afilé un lápiz y comencé a buscar con la vista un tipo característico para copiarlo y conservarlo como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

Desde luego mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban alegre corro alrededor del columpio. Era alta, delgada, levemente morena, con unas ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacía el dibujo, un grupo de hombres, entre los cuales había uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaban a

coro cantares alusivos a las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones o las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenían alrededor del columpio, cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidora que había escogido por modelo, llevaba la voz entre las mujeres, y componía las coplas y las decía, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras el tocador parecía ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y su desenfadado ingenio.

Por mi parte no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existía algún sentimiento de afección que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones transparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra, comenzaba a hacerse de noche. Ya en la torre de la catedral se habían encendido los dos faroles del retablo de las campanas, y sus luces parecían los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco a poco y perdiéndose a lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo, plateada por la luna, que empezaba a dibujarse sobre el fondo violado y oscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y leja-

nos que temblaban en el aire. Todo acababa a la vez: el día, el bullicio, la animación y la fiesta; y de todo no quedaba sino un eco en el oído y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.

Luego que hubieron desaparecido las últimas personas, doblé mi dibujo, lo guardé en la cartera, llamé con una palmada al mozo, pagué el pequeño gasto que había hecho, y ya me disponía a alejarme, cuando sentí que me detenían suavemente por el brazo. Era el muchacho de la guitarra que ya noté antes, y que mientras dibujaba me miraba mucho y con cierto aire de curiosidad. Yo no había reparado que, después de concluída la broma, se acercó disimuladamente hasta el sitio en que me encontraba, con objeto de ver qué hacía yo mirando con tanta insistencia a la mujer por quien él parecía interesarse.

—Señorito —me dijo con un acento que él procuró suavizar todo lo posible—: voy a pedirle a usted un favor.

—¡Un favor! —exclamé yo, sin comprender cuáles podrían ser sus pretensiones—. Diga usted; que si está en mi mano, es cosa hecha.

—¿Me quiere usted dar esa pintura que ha hecho?

Al oír sus últimas palabras, no pude menos de quedarme un rato perplejo; extrañaba por una parte la petición, que no dejaba de ser bastante rara, y por otra el tono, que no podía decirse a punto fijo si era

de amenaza o de súplica. El hubo de comprender mi duda, y se apresuró en el momento a añadir:

—Se lo pido a usted por la salud de su madre, por la mujer que más quiera en este mundo, si quiere a alguna; pídamе usted en cambio todo lo que yo pueda hacer en mi pobreza.

No supe qué contestar para eludir el compromiso. Casi casi hubiera preferido que viniese en son de quimera, a trueque de conservar el bosquejo de aquella mujer, que tanto me había impresionado; pero sea sorpresa del momento, sea que yo a nada sé decir que no, ello es que abrí mi cartera, saqué el papel y se lo alargué sin decir una palabra.

Referir las frases de agradecimiento del muchacho, sus exclamaciones al mirar nuevamente el dibujo a la luz del reverbero de la venta, el cuidado con que lo dobló para guardárselo en la faja, los ofrecimientos que me hizo y las alabanzas hiperbólicas con que ponderó la suerte de haber encontrado lo que él llamaba un señorito *templao y neto*, sería tarea difícilísima, por no decir imposible. Sólo diré que como entre unas y otras se había hecho completamente de noche, que quise que no, se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la Macarena; y tanto dió en ello, que por fin me determiné a que emprendiésemos el camino juntos. El camino es bien corto, pero mientras duró encontró forma de contarme de pe a pa toda la historia de sus amores.

La venta donde se había celebrado la función era

de su padre, quien le tenía prometido, para cuando se casase, una huerta que lindaba con la casa y que también le pertenecía. En cuanto a la muchacha objeto de su cariño, que me describió con los más vivos colores y las frases más pintorescas, me dijo que se llamaba Amparo, que se había criado en su casa desde muy pequeña, y se ignoraba quiénes fuesen sus padres. Todo esto y cien otros detalles de más escaso interés me refirió durante el camino. Cuando llegamos a las puertas de la ciudad, me dió un fuerte apretón de manos, tornó a ofrecérseme, y se marchó entonando un cantar cuyos ecos se dilataban a lo lejos en el silencio de la noche. Yo permanecí un rato viéndolo ir. Su felicidad parecía contagiosa, y me sentía alegre, con una alegría extraña y sin nombre, con una alegría, por decirlo así, de reflejo.

El siguió cantando a más no poder; uno de sus cantares decía así:

*Compañerito del alma,
mira qué bonita era:
se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera.*

Cuando su voz comenzaba a perderse, oí en las ráfagas de la brisa otra delgada y vibrante que sonaba más lejos aún. Era ella, ella que lo aguardaba impaciente...

.....

Pocos días después abandoné a Sevilla, y pasaron muchos años sin que volviese a ella, y olvidé muchas

cosas que allí me habían sucedido ; pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria.

II

Como he dicho, transcurrieron muchos años después que abandoné a Sevilla, sin que olvidase del todo aquella tarde, cuyo recuerdo pasaba algunas veces por mi imaginación como una brisa bienhechora que refresca el ardor de la frente.

Cuando el azar me condujo de nuevo a la gran ciudad que con tanta razón es llamada *reina de Andalucía*, una de las cosas que más llamaron mi atención fué el notable cambio verificado durante mi ausencia. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habían surgido al contacto mágico de la industria y el capital : por todas partes fábricas, jardines, posesiones de recreo, frondosas alamedas ; pero, por desgracia, muchas venerables antiguallas habían desaparecido.

Visité nuevamente muchos soberbios edificios, llenos de recuerdos históricos y artísticos ; torné a vagar y a perderme entre las mil y mil revueltas del curioso barrio de Santa Cruz ; extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo ; eché de menos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué, y por último me dirigí

a la orilla del río. La orilla del río ha sido siempre en Sevilla el lugar predilecto de mis excursiones.

Después que hube admirado el magnífico panorama que ofrece en el punto por donde une sus opuestas márgenes el puente de hierro; después que hube recorrido, con la mirada absorta, los mil detalles, palacios y blancos caseríos; después que pasé revista a los innumerables buques surtos en sus aguas, que desplegaban al aire los ligeros gallardetes de mil colores, y oí el confuso hervidero del muelle, donde todo respira actividad y movimiento, remontando con la imaginación la corriente del río, me trasladé hasta San Jerónimo.

Me acordaba de aquel paisaje tranquilo, reposado y luminoso en que la rica vegetación de Andalucía despliega sin aliño sus galas naturales. Como si hubiera ido en un bote corriente arriba, vi desfilar otra vez, con ayuda de la memoria, por un lado la Cartuja con sus arboledas y sus altas y delgadas torres; por otro, el barrio de los Humeros, los antiguos murallones de la ciudad, mitad árabes, mitad romanos; las huertas con sus vallados cubiertos de zarzas, y las norias que sombrean algunos árboles aislados y corpulentos, y, por último, San Jerónimo... Al llegar aquí con la imaginación, se me representaron con más viveza que nunca los recuerdos que aún conservaba de la famosa venta, y me figuré que asistía de nuevo a aquellas fiestas populares, y oía cantar a las muchachas, meciéndose en el columpio, y veía los

corrillos de gentes del pueblo vagar por los prados, merendar unos, disputar los otros, reír éstos, bailar aquéllos, y todos agitarse, rebosando juventud, animación o alegría. Allí estaba ella, rodeada de sus hijos, lejos ya del grupo de las mozuelas, que reían y cantaban, y allí estaba él, tranquilo y satisfecho de su felicidad, mirando con ternura, reunidas a su alrededor y felices, a todas las personas que más amaba en el mundo: su mujer, sus hijos, su padre, que estaba entonces como hacía diez años, sentado a la puerta de su venta, liando impasible su cigarro de papel, sin más variación que tener blanca como la nieve la cabeza que era gris.

Un amigo que me acompañaba en el paseo, notando la especie de éxtasis en que estuve abstraído con esas ideas durante algunos minutos, me sacudió al fin del brazo, preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Pensaba —le contesté— en la *Venta de los Gatos*, y revolvía aquí, dentro de la imaginación, todos los agradables recuerdos que guardo de una tarde que estuve en San Jerónimo... En este instante concluía una historia que dejé empezada allí, y la concluía tan a mi gusto, que creo no puede tener otro final que el que yo le he hecho. Y a propósito de la *Venta de los Gatos* —proseguí, dirigiéndome a mi amigo—, ¿cuándo nos vamos allí una tarde a merendar y a tener un rato de jarana?

—¡Un rato de jarana! —exclamó mi interlocutor,

con una expresión de asombro que yo no acertaba a explicarme entonces—. ¡Un rato de jarana! Pues digo que el sitio es aparente para el caso.

—Y ¿por qué no? —le repliqué, admirándome a mi vez de sus admiraciones.

—La razón es muy sencilla —me dijo por último—; porque a cien pasos de la venta han hecho el nuevo cementerio.

Entonces fui yo el que lo miré con ojos asombrados, y permanecí algunos instantes en silencio antes de añadir una sola palabra.

Volvimos a la ciudad, y pasó aquel día, y pasaron algunos otros más, sin que yo pudiese desechar del todo la impresión que me había causado una noticia tan inesperada. Por más vueltas que le daba, mi historia de la muchacha morena no tenía ya fin, pues el inventado no podía concebirlo, antojándoseme inverosímil un cuadro de felicidad y alegría con un cementerio por fondo.

Una tarde, resuelto a salir de dudas, pretexté una ligera indisposición para no acompañar a mi amigo en nuestros acostumbrados paseos, y emprendí solo el camino de la venta. Cuando dejé a mis espaldas la Macarena y su pintoresco arrabal, y comencé a cruzar por un estrecho sendero aquel laberinto de huertas, ya me parecía advertir algo extraño en cuanto me rodeaba.

Bien fuese que la tarde estaba un poco encapotada, bien que la disposición de mi ánimo me inclinaba,

ba á las ideas melancólicas, lo cierto es que sentí frío y tristeza, y noté un silencio que me recordaba la completa soledad, como el sueño recuerda la muerte.

Anduve un rato sin detenerme, acabé de cruzar las huertas para abreviar la distancia, y entré en el camino de San Lázaro, desde donde ya se divisa en lontananza el convento de San Jerónimo.

Tal vez será una ilusión; pero a mí me parece que por el camino que pasan los muertos hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente. Por lo menos allí se me antojó que faltaban tonos calurosos y armónicos, frescura en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje era monótono; las figuras, negras y aisladas.

Por aquí un carro que marchaba pausadamente cubierto de luto, sin levantar polvo, sin chasquido de látigo, sin algazara, sin movimiento casi; más allá un hombre de mala catadura con un azadón en el hombro, o un sacerdote con su hábito talar y oscuro, o un grupo de ancianos mal vestidos o de aspecto repugnante, con cirios apagados en las manos, que volvían silenciosos, con la cabeza baja y los ojos fijos en la tierra. Yo me creía transportado no sé adónde, pues todo lo que veía me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habían borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tinta dudosa. La impresión que experimentaba sólo puede compararse a la que

sentimos en esos sueños en que, por un fenómeno inexplicable, las cosas son y no son a la vez, y los sitios en que creemos hallarnos se transforman en parte de una manera estrambótica e imposible.

Por último, llegué al ventorrillo: lo recordé más por el rótulo, que aún conservaba escrito con grandes letras en una de sus paredes, que por nada; pues en cuanto al caserío, se me figuró que hasta había cambiado de forma y proporciones. Desde luego puedo asegurar que estaba mucho más ruinoso, abandonado y triste. La sombra del cementerio, que se alzaba en el fondo, parecía extenderse hacia él, envolviéndolo en una oscura proyección como en un sudario. El ventero estaba solo, completamente solo. Conocí que era el mismo de hacía diez años; y lo conocí no sé por qué, pues en este tiempo había envejecido hasta el punto de aparentar un viejo decrepito y moribundo, mientras que cuando lo vi no representaba apenas cincuenta años, y rebosaba salud, satisfacción y vida.

Sentéme en una de las desiertas mesas; pedí algo de beber, que me sirvió el ventero, y de una en otra palabra suelta vinimos al cabo a entrar en una conversación tirada acerca de la historia de amores, cuyo último capítulo ignoraba todavía, a pesar de haber intentado adivinarlo varias veces.

—Todo —me dijo el pobre viejo—, todo parece que se ha conjurado contra nosotros desde la época que usted me recuerda. Ya lo sabe usted: Amparo era la niña de nuestros ojos, se había criado aquí desde

que nació, casi; era la alegría de la casa; nunca pudo echar de menos el suyo, porque yo la quería como un padre; mi hijo se acostumbró también a quererla desde niño, primero como un hermano, después con un cariño más grande todavía. Ya estaba en vísperas de casarse; yo les había ofrecido lo mejor de mi poca hacienda, pues con el producto de mi tráfico me parecía tener más que suficiente para vivir con desahogo, cuando no sé qué diablo malo tuvo envidia de nuestra felicidad, y la deshizo en un momento. Primero comenzó a susurrarse que iban a colocar un cementerio por esta parte de San Jerónimo: unos decían que más acá, otros que más allá; y mientras todos estábamos inquietos y temerosos, temblando de que se realizase este proyecto, una desgracia mayor y más cierta cayó sobre nosotros.

Un día llegaron aquí en un carruaje dos señores. Me hicieron mil y mil preguntas acerca de Amparo, a la cual saqué yo cuando pequeña de la Casa de Expositos; me pidieron los envoltorios con que la abandonaron y que yo conservaba, resultando al fin que Amparo era hija de un señor muy rico, el cual trabajó con la justicia para arrancárnosla, y trabajó tanto, que logró conseguirlo. No quiero recordar siquiera el día que se la llevaron. Ella lloraba como una Magdalena; mi hijo quería hacer una locura; yo estaba como atontado, sin comprender lo que me sucedía. ¡Se fué! Es decir, no se fué, porque nos quería mucho para irse; pero se la llevaron, y una maldición cayó sobre

esta casa. Mi hijo, después de un arrebató de desesperación espantosa, cayó como en un letargo; yo no sé decir qué me pasó; creí que se me había acabado el mundo.

Mientras esto sucedía, comenózose a levantar el cementerio; la gente huyó de estos contornos; se acabaron las fiestas, los cantares y la música, y se acabó toda la alegría de estos campos, como se había acabado toda la de nuestras almas.

Y Amparo no era más feliz que nosotros: criada aquí al aire libre, entre el bullicio y la animación de la venta, educada para ser dichosa en la pobreza, la sacaron de esta vida, y se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas a un estrado. Mi hijo hizo esfuerzos increíbles por verla otra vez, por hablarle un momento. Todo fué inútil: su familia no quería. Al cabo la vió, pero la vió muerta. Por aquí pasó su entierro. Yo no sabía nada, y no sé por qué me eché a llorar cuando vi el ataúd. El corazón, que es muy leal, me decía a voces:

—Esa es joven como Amparo; como ella sería también hermosa; ¿quién sabe si será la misma? Y era: mi hijo siguió el entierro, entró en el patio, y al abrirse la caja dió un grito, cayó sin sentido en tierra, y así me lo trajeron. Después se volvió loco, y loco está.

Cuando el pobre viejo llegaba a este punto de su narración entraron en la venta dos enterradores de siniestra figura y aspecto repugnante. Acabada su

tarea, venían a echar un trago a la salud de los muertos, como dijo uno de ellos, acompañando el chiste con una estúpida sonrisa. El ventero se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y fué a servirles.

La noche comenzaba a cerrar, oscura y tristísima. El cielo estaba negro, y el campo lo mismo. De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la sogá del columpio, agitada por el aire; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía después de haber descolgado a un reo. Sólo llegaban a mis oídos algunos rumores confusos: el ladrido lejano de los perros de las huertas; el chirrido de una noria, largo, quejumbroso y agudo como un lamento; las palabras sueltas y horribles de los sepultureros, que concertaban en voz baja un robo sacrílego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces, es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares:

*En el carro de los muertos
ha pasado por aquí,
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.*

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de las habitaciones de la ventana, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su aman-

LA VENTA DE LOS GATOS

te sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna, que encierra un poema de dolor, que yo aprendí a descifrar entonces.





BENITO PEREZ GALDOS

1843-1920

LA MULA Y EL BUEY

Cuento de Navidad.

I

Cesó de quejarse la pobrecita; movió la cabeza, fijando los tristes ojos en las personas que rodeaban su lecho; extinguióse poco a poco su aliento, y expiró. El Ángel de la Guarda, dando un suspiro, alzó el vuelo y se fué.

La infeliz madre no creía tanta desventura; pero el lindísimo rostro de Celinina se fué poniendo amarillo y diáfano como cera; enfriáronse sus miembros, y quedó rígida y dura como el cuerpo de una muñeca. Entonces llevaron fuera de la alcoba a la madre, al padre y a los más inmediatos parientes, y dos o tres amigas y las criadas se ocuparon en cumplir el último deber con la pobre niña muerta.

La vistieron con riquísimo traje de batista; la fal-

da, blanca y ligera como una nube, toda llena de encajes y rizos, que la asemejaban a espuma. Pusieronle los zapatos, blancos también y apenas ligeramente gastada la suela, señal de haber dado pocos pasos, y después tejieron, con sus admirables cabellos de color castaño obscuro, graciosas trenzas enlazadas con cintas azules. Buscaron flores naturales; mas no hallándolas, por ser tan impropia de ellas la estación, tejieron una linda corona con flores de tela, escogiendo las más bonitas y las que más se parecían a verdaderas rosas frescas traídas del jardín.

Un hombre antipático trajo una caja algo mayor que la de un violín, forrada de seda azul con galones de plata, y por dentro guarnecida de raso blanco. Colocaron dentro a Celinina, sosteniendo su cabeza en preciosa y blanca almohada, para que no estuviese en postura violenta, y después que la acomodaron bien en su fúnebre lecho, cruzaron sus manecitas, atándolas con una cinta, y entre ellas pusieronle un ramo de rosas blancas, tan hábilmente hechas por el artista, que parecían hijas del mismo abril.

Luego las mujeres aquellas cubrieron de vistosos paños una mesa, arreglándola como un altar, y sobre ella fué colocada la caja. En breve tiempo armaron unos al modo de doseles de iglesia, con ricas cortinas blancas, que se recogían gallardamente a un lado y otro; trajeron de otras piezas cantidad de santos e imágenes, que ordenadamente dis-

tribuyeron sobre el altar, como formando la corte funeraria del ángel difunto, y, sin pérdida de tiempo, encendieron algunas docenas de luces en los grandes candelabros de la sala, los cuales, en torno a Celinina, derramaban tristísimas claridades. Después de besar repetidas veces las heladas mejillas de la pobre niña, dieron por terminada su piadosa obra.

II

Allá, en lo más hondo de la casa, sonaban gemidos de hombres y mujeres. Era el triste lamentar de los padres, que no podían convencerse de la verdad del aforismo *angelitos al cielo*, que los amigos administran como calmante moral en tales trances. Los padres creían entonces que la verdadera y más propia morada de los angelitos es la tierra; y tampoco podían admitir la teoría de que es mucho más lamentable y desastrosa la muerte de los grandes que la de los pequeños. Sentían, mezclada a su dolor, la profundísima lástima que inspira la agonía de un niño, y no comprendían que ninguna pena superase a aquella que destrozaba sus entrañas.

Mil recuerdos e imágenes dolorosas les herían, tomando forma de agudísimos puñales que les traspasaban el corazón. La madre oía sin cesar la encantadora media lengua de Celinina, diciendo las cosas al revés, y haciendo de las palabras de nuestro idioma graciosas caricaturas filológicas; que afluían de

su linda boca como la música más tierna que puede conmover el corazón de una madre. Nada caracteriza a un niño como su estilo, aquel genuino modo de expresarse y decirlo todo con cuatro letras, y aquella gramática prehistórica, como los primeros vagidos de la palabra en los albores de la humanidad, y su sencillo arte de declinar y conjugar, que parece la rectificación inocente de los idiomas regularizados por el uso. El vocabulario de un niño de tres años, como Celinina, constituye el verdadero tesoro literario de las familias. ¿Cómo había de olvidar la madre aquella lengüecita de trapo, que llamaba al sombrero *tumeyo* y al garbanzo *babancho*?

Para colmo de aflicción, vió la buena señora por todas partes los objetos con que Celinina había alborozado los últimos días; y como éstos eran los que preceden a Navidad, rodaban por el suelo pavos de barro con patas de alambre; un San José sin manos; un pesebre con el Niño Dios, semejante a una bolita de color de rosa; un Rey Mago montado en arrogante camello sin cabeza. Lo que habían padecido aquellas pobres figuras en los últimos días, arrastradas de aquí para allí, puestas en esta o en la otra forma, sólo Dios, la mamá y el purísimo espíritu que había volado al Cielo lo sabían.

Estaban las rotas esculturas impregnadas, digámoslo así, del alma de Celinina, o vestidas, si se quiere, de una singular claridad muy triste, que era la claridad de ella. La pobre madre, al mirarlas, tem-

blaba toda, sintiéndose herida en lo más delicado y sensible de su íntimo ser. ¡Extraña alianza de las cosas! ¡Cómo lloraban aquellos pedazos de barro! ¡Llenos parecían de una aflicción intensa, y tan doloridos, que su vista sola producía tanta amargura como el espectáculo de la misma criatura moribunda, cuando miraba con suplicantes ojos a sus padres y les pedía que le quitasen aquel horrible dolor de su frente abrasada! La más triste cosa del mundo era para la madre aquel pavo con patas de alambre clavadas en tablilla de barro, y que en sus frecuentes cambios de postura había perdido el pico y el moco.

III

Pero si era aflictiva la situación de espíritu de la madre, éralo mucho más la del padre. Aquella estaba traspasada de dolor; en éste, el dolor se agravaba con un remordimiento agudísimo. Contaremos brevemente el peregrino caso, advirtiendo que esto quizás parecerá en extremo pueril a algunos, pero a los que tal crean les recordaremos que nada es tan ocasionado a puerilidades como un íntimo y puro dolor, de esos en que no existe mezcla alguna de intereses de la tierra, ni el desconsuelo secundario del egoísmo no satisfecho.

Desde que Celinina cayó enferma, sintió el afán de las poéticas fiestas que más alegran a los niños:

las fiestas de Navidad. Ya se sabe con cuánta ansia desean la llegada de estos risueños días, y cómo les trastorna el febril anhelo de los regalitos, de los nacimientos, y las esperanzas del mucho comer y del atracarse de pavo, mazapán, peladillas y turrón. Algunos se creen capaces, con la mayor ingenuidad, de embuchar en sus estómagos cuanto ostentan la Plaza Mayor y calles adyacentes.

Celinina, en sus ratos de mejoría, no dejaba de la boca el tema de la Pascua; y como sus primitos, que iban a acompañarla, eran de más edad y sabían cuanto hay que saber en punto a regalos y nacimientos, se alborotaba más la fantasía de la pobre niña oyéndoles, y más se encendían sus afanes de poscer golosinas y juguetes. Delirando, cuando la metía en su horno de martirios la fiebre, no cesaba de nombrar lo que de tal modo ocupaba su espíritu, y todo era golpear tambores, tañer zambombas, cantar villancicos. En la esfera tenebrosa que rodeaba su mente, no había sino pavos haciendo *clau clau*; pollos que gritaban *pio pio*; montes de turrón que llegaban al Cielo formando un Guadarrama de almendras; nacimientos llenos de luces y que tenían lo menos cincuenta mil millones de figuras; ramos de dulce, árboles cargados de cuantos juguetes puede idear la más fecunda imaginación tirolesa; el estanque del Retiro lleno de sopa de almendras; besugos que miraban a las cocineras con sus ojos cuajados; naranjas que llovían del cielo, cayendo en más abundancia

que las gotas de agua en día de temporal, y otros mil prodigios que no tienen número ni medida.

IV

El padre, por no tener más chicos que Celinina, no cabía en sí de inquieto y desasosegado. Sus negocios le llamaban fuera de la casa; pero muy a menudo entraba en ella para ver cómo iba la enfermita. El mal seguía su marcha con alternativas traidoras: unas veces dando esperanzas de remedio; otras, quitándolas.

El buen hombre tenía presentimientos tristes. El lecho de Celinina, con la tierna persona agobiada en él por la fiebre y los dolores, no se apartaba de su imaginación. Atento a lo que pudiera contribuir a regocijar el espíritu de la niña, todas las noches, cuando regresaba a la casa, le traía algún regalito de Pascua, variando siempre de objeto y especie, pero prescindiendo siempre de toda golosina. Trájole un día una manada de pavos, tan al vivo hechos, que no les faltaba más que graznar; otro día sacó de sus bolsillos la mitad de la Sacra Familia, y al siguiente a San José con el pesebre y portal de Belén. Después vino con unas preciosas ovejas, a quien conducían gallardos pastores, y luego se hizo acompañar de unas lavanderas que lavaban, y de un choricero que vendía chorizos, y de un Rey Mago negro, al cual sucedió otro de barba blanca y corona de oro. Por traer,

hasta trajo una vieja que daba azotes en cierta parte a un chico por no saber la lección.

Conocedora Celinina, por lo que charlaban sus primos, de todo lo necesario a la buena composición de un nacimiento, conoció que aquella obra estaba incompleta por la falta de dos figuras muy principales: la mula y el buey. Ella no sabía lo que significaba la tal mula ni el tal buey; pero atenta a que todas las cosas fuesen perfectas, reclamó una y otra vez del solícito padre el par de animales que se había quedado en Santa Cruz.

El prometió traerlos, y en su corazón hizo propósito firmísimo de no volver sin ambas bestias; pero aquel día, que era el 23, los asuntos y quehaceres se le aumentaron de tal modo, que no tuvo un punto de reposo. Además de esto, quiso el Cielo que se sacase la lotería, que tuviera noticia de haber ganado un pleito, que dos amigos cariñosos le embarazaran toda la mañana..., en fin, el padre entró en la casa sin la mula, pero también sin el buey.

Gran desconsuelo mostró Celinina al ver que no venían a completar su tesoro las dos únicas joyas que en él faltaban. El padre quiso al punto remediar su falta; mas la nena se había agravado considerablemente durante el día: vino el médico, y como sus palabras no eran tranquilizadoras, nadie pensó en bueyes, mas tampoco en mulas.

El 24 resolvió el pobre señor no moverse de la casa. Celinina tuvo por breve rato un alivio tan pa-

tente, que todos concibieron esperanzas, y lleno de alegría, dijo el padre: "Voy al punto a buscar eso."

Pero como cae rápidamente un ave herida al remontar el vuelo a lo más alto, así cayó Celinina en las honduras de una fiebre muy intensa. Se agitaba trémula y sofocada en los brazos ardientes de la enfermedad, que la constreñía sacudiéndola para expulsar la vida. En la confusión de su delirio, y sobre el revuelto oleaje de su pensamiento, flotaba, como el único objeto salvado de un cataclismo, la idea fija del deseo que no había sido satisfecho; de aquella codiciada mula y de aquel suspirado buey, que aún proseguían en estado de esperanza.

El papá salió medio loco, corrió por las calles; pero en mitad de una de ellas se detuvo y dijo: "¿Quién piensa ahora en figuras de nacimiento?"

Y, corriendo de aquí para allí, subió escaleras, y tocó campanillas, y abrió puertas sin reposar un instante, hasta que hubo juntado siete u ocho médicos, y les llevó a su casa. Era preciso salvar a Celinina.

V

Pero Dios no quiso que los siete u ocho (pues la cifra no se sabe a punto fijo) alumnos de Esculapio contraviniesen la sentencia que Él había dado, y Celinina fué cayendo, cayendo más a cada hora, y llegó a estar abatida, abrasada, luchando con indescriptibles congojas, como la mariposa que ha sido

golpeada y tiembla sobre el suelo con las alas rotas. Los padres se inclinaban junto a ella con afán insensato, cual si quisieran con la sola fuerza del mirar detener aquella existencia que se iba, suspender la rápida desorganización humana, y con su aliento renovar el aliento de la pobre mártir, que se desvanecía en un suspiro.

Sonaron en la calle tambores y zambombas y alegre chasquido de panderos. Celinina abrió los ojos, que ya parecían cerrados para siempre; miró a su padre, y con la mirada tan sólo y un grave murmullo que no parecía venir ya de lenguas de este mundo, pidió a su padre lo que éste no había querido traerle. Traspasados de dolor padre y madre, quisieron engañarla, para que tuviese una alegría en aquel instante de suprema aflicción, y presentándole los pavos, le dijeron:

—Mira, hija de mi alma, aquí tienes la mulita y el buyecito.

Pero Celinina, aun acabándose, tuvo suficiente claridad en su entendimiento para ver que los pavos no eran otra cosa que pavos, y los rechazó con agraciado gesto. Después siguió con la vista fija en sus padres, y ambas manos en la cabeza señalando sus agudos dolores. Poco a poco fué extinguiéndose en ella aquel acompasado son, que es el último vibrar de la vida, y al fin todo calló, como calla la máquina del reloj que se para; y la linda Celinina fué un gracioso bulto, inerte y frío como mármol, blanco y

transparente como la purificada cera que arde en los altares.

¿Se comprende ahora el remordimiento del padre? Porque Celinina tornara a la vida hubiera él recorrido la tierra entera para recoger todos los bueyes y todas, absolutamente todas las mulas que en ella hay. La idea de no haber satisfecho aquel inocente deseo era la espada más aguda y fría que traspasaba su corazón. En vano con el raciocinio quería arrancársela; pero ¿de qué servía la razón, si era tan niño entonces como la que dormía en el ataúd, y daba más importancia a un juguete que a todas las cosas de la tierra y del cielo?

VI

En la casa se apagaron al fin los rumores de la desesperación, como si el dolor, internándose en el alma, que es su morada propia, cerrara las puertas de los sentidos para estar más solo y recrearse en sí mismo.

Era Nochebuena, y si todo callaba en la triste vivienda recién visitada de la muerte, fuera, en las calles de la ciudad, y en todas las demás casas, resonaban placenteras bullangas de groseros instrumentos músicos, y vocería de chiquillos y adultos cantando la venida del Mesías. Desde la sala donde estaba la niña difunta, las piadosas mujeres que le hacían compañía oyeron espantosa algazara, que al través

del pavimento del piso superior llegaba hasta ellas, conturbándolas en su pena y devoto recogimiento. Allá arriba, muchos niños chicos, congregados con mayor número de niños grandes y felices papás y alborozados tíos y tías, celebraban la Pascua, locos de alegría ante el más admirable nacimiento que era dado imaginar, y atentos al fruto de juguetes y dulces que en sus ramas llevaba un frondoso árbol con mil vistosas candilejas alumbrado.

Hubo momentos en que, con el grande estrépito de arriba, parecía que retemblaba el techo de la sala, y que la pobre muerta se estremecía en su caja azul, y que las luces todas oscilaban, cual si, a su manera, quisieran dar a entender también que estaban algo peneques. De las tres mujeres que velaban, se retiraron dos; quedó una sola, y ésta, sintiendo en su cabeza grandísimo peso, a causa sin duda del cansancio producido por tantas vigiliass, tocó el pecho con la barba y se durmió.

Las luces siguieron oscilando y moviéndose mucho, a pesar de que no entraba aire en la habitación. Creeríase que invisibles alas se agitaban en el espacio ocupado por el altar. Los encajes del vestido de Celinina se movieron también, y las hojas de sus flores de trapo anunciaban el paso de una brisa juguetona o de manos muy suaves. Entonces Celinina abrió los ojos.

Sus ojos negros llenaron la sala con una mirada viva y afanosa que echaron en derredor y de arriba

abajo. Inmediatamente después separó las manos, sin que opusiera resistencia la cinta que las ataba, y cerrando ambos puños se frotó con ellos los ojos, como es costumbre en los niños al despertarse. Luego se incorporó con rápido movimiento, sin esfuerzo alguno, y mirando al techo se echó a reír; pero su risa, sensible a la vista, no podía oírse. El único rumor que fácilmente se percibió era una bullanga de alas vivamente agitadas, cual si todas las palomas del mundo estuvieran entrando y saliendo en la sala mortuoria y rozaron con sus plumas el techo y las paredes.

Celinina se puso en pie, extendió los brazos hacia arriba, y al punto le nacieron unas alitas cortas y blancas. Batiendo con ellas el aire levantó el vuelo y desapareció.

Todo continuaba lo mismo: las luces ardiendo, derramando en copiosos chorros la blanca cera sobre las arandelas; las imágenes en el propio sitio, sin mover brazo ni pierna ni desplegar sus austeros labios; la mujer sumida plácidamente en un sueño que debía saberle a gloria; todo seguía lo mismo, menos la caja azul, que se había quedado vacía.

VII

¡Hermosa fiesta la de esta noche en casa de los señores de ***!

Los tambores atruenan la sala. No hay quien haga

comprender a esos endiablados chicos que se divertirán más renunciando a la infernal bulla de aquel instrumento de guerra. Para que ningún humano oído quede en estado de funcionar al día siguiente, añaden al tambor esa invención del Averno, llamada zambomba, cuyo ruido semeja a gruñidos de Satanás. Completa la sinfonía el pandero, cuyo atroz chirrido de calderetería vieja alborota los nervios más tranquilos. Y, sin embargo, esta discorde algazara sin melodía y sin ritmo, más primitiva que la música de los salvajes, es alegre en aquesta singular noche y tiene cierto sonsonete lejano de coro celestial.

El Nacimiento no es una obra de arte a los ojos de los adultos; pero los chicos encuentran tanta belleza en las figuras, expresión tan mística en el semblante de todas ellas y propiedad tanta en sus trajes, que no creen haya salido de manos de los hombres obra más perfecta, y la atribuyen a la industria peculiar de ciertos ángeles dedicados a ganarse la vida trabajando en barro. El portal, de corcho, imitando un arco romano en ruinas, es monísimo, y el riachuelo, representado por un espejillo con manchas verdes que remedan acuáticas hierbas y el musgo de las márgenes, parece que corre por la mesa adelante con plácido murmurio. El puente por do pasan los pastores es tal, que nunca se ha visto el cartón tan semejante a la piedra; al contrario de lo que pasa en muchas obras de nuestros ingenieros modernos, los cuales hacen puentes de piedra que parecen de cartón.

El monte que ocupa el centro se confundiría con un pedazo de los Pirineos, y sus lindas casitas, más pequeñas que las figuras, y sus árboles figurados con ramitas de evónimus, dejan atrás a la misma Naturaleza.

En el llano es donde está lo más bello y las figuras más características: las lavanderas que lavan en el arroyo; los paveros y polleros conduciendo sus manadas; un guardia civil que lleva dos granujas presos; caballeros que pasean en lujosas carretelas junto al camello de un Rey Mago, y Perico el ciego tocando la guitarra en un corrillo donde curiosean los pastores que han vuelto del Portal. Por medio a medio, pasa un tranvía lo mismito que el del barrio Salamanca, y como tiene dos *rails* y sus ruedas, a cada instante le hacen correr de Oriente a Occidente, con gran asombro del Rey Negro, que no sabe qué endiablada máquina es aquélla.

Delante del Portal hay una lindísima plazoleta, cuyo centro lo ocupa una redoma de peces, y no lejos de allí vende un chico *La Correspondencia* y bailan gentilmente dos majos. La vieja que vende buñuelos y la castañera de la esquina son las piezas más graciosas de este maravilloso pueblo de barro, y ellas solas atraen con preferencia las miradas de la infantil muchedumbre. Sobre todo, aquel chicuelo andrajoso que en una mano tiene un billete de lotería, y con la otra le roba bonitamente las castañas del cesto a la tía Lambrijas, hace desternillar de risa a todos.

En suma: el Nacimiento *número uno* de Madrid es el de aquella casa, una de las más principales, y ha reunido en sus salones a los niños más lindos y más juiciosos de veinte calles a la redonda.

VIII

Pues ¿y el árbol? Está formado de ramas de encina y cedro. El solícito amigo de la casa que lo ha compuesto con gran trabajo, declara que jamás salió de sus manos obra tan acabada y perfecta. No se pueden contar los regalos pendientes de sus hojas. Son, según la suposición de un chiquitín allí presente, en mayor número que las arenas del mar. Dulces envueltos en cáscaras de papel rizado; mandarinas, que son los niños de pecho de las naranjas; castañas arrojadas en mantillas de papel de plata; cajitas que contienen glóbulos de confitería homeopática; figurillas diversas a pie y a caballo: cuanto Dios crió para que lo perfeccionase luego la Mahonesa o lo vendiese Scropp, ha sido puesto allí por una mano tan generosa como hábil. Alumbraban aquel árbol de la vida candilejas en tal abundancia, que, según la relación de un convidado de cuatro años, hay allí más lucecitas que estrellas en el cielo.

El gozo de la caterva infantil no puede compararse a ningún sentimiento humano: es el gozo inefable de los coros celestiales en presencia del Sumo Bien y de la Belleza Suma. La superabundancia de satis-

facción casi les hace juiciosos y están como perplejos, en seráfico arrobamiento, con toda el alma en los ojos, saboreando de antemano lo que han de comer, y nadando, como los ángeles bienaventurados, en éter puro de cosas dulces y deliciosas, en olor de flores y de canela, en la esencia increada del juego y de la golosina.

IX

Mas de repente sintieron un rumor que no provenía de ellos. Todos miraron al techo, y como no veían nada, se contemplaban los unos a los otros, riendo. Oíase gran murmullo de alas rozando contra la pared y chocando en el techo. Si estuvieran ciegos, habrían creído que todas las palomas de todos los palomares del universo se habían metido en la sala. Pero no veían nada, absolutamente nada.

Notaron, sí, de súbito, una cosa inexplicable y fenomenal. Todas las figurillas del Nacimiento se movieron, todas variaron de sitio sin ruido. El coche del tranvía subió a lo alto de los montes, y los Reyes se metieron de patas en el arroyo. Los pavos se colaron sin permiso dentro del Portal, y San José salió todo turbado, cual si quisiera saber el origen de tan rara confusión. Después, muchas figuras quedaron tendidas en el suelo. Si al principio las traslaciones se hicieron sin desorden, después se armó una baraúnda tal, que parecían andar por allí cien mil manos

afanosas de revolverlo todo. Era un cataclismo universal en miniatura. El monte se venía abajo, faltándole sus cimientos seculares; el riachuelo variaba de curso, y echando fuera del cauce sus espejillos inundaba espantosamente la llanura; las casas hundían el tejado en la arena; el Portal se estremecía cual si fuera combatido de horribles vientos, y como se apagaron muchas luces, resultó nublado el sol y obscurcidas las luminarias del día y de la noche.

Entre el estupor que tal fenómeno producía, algunos pequeñuelos reían locamente, y otros lloraban. Una vieja supersticiosa les dijo:

—¿No sabéis quién hace este trastorno? Hácenlo los niños muertos que están en el Cielo, y a los cuales permite Padre Dios, esta noche, que vengan a jugar con los Nacimientos.

Todo aquello tuvo fin, y se sintió otra vez el batir de alas alejándose.

Acudieron muchos de los presentes a examinar los estragos, y un señor dijo:

—Es que se ha hundido la mesa y todas las figuras se han revuelto.

Empezaron a recoger las figuras y a ponerlas en orden. Después del minucioso recuento y de reconocer una por una todas las piezas se echó de menos algo. Buscaron y rebuscaron; pero sin resultado. Faltaban dos figuras: la mula y el buey.

X

Ya cercano el día iban los alborotadores camino del Cielo, más contentos que unas Pascuas, dando brincos por esas nubes, y eran millones de millones, todos preciosos, puros, divinos, con alas blancas y cortas que batían más rápidamente que los más veloces pájaros de la tierra. La bandada que formaban era más grande que cuanto pueden abarcar los ojos en el espacio visible, y cubría la luna y las estrellas, como cuando el firmamento se llena de nubes.

—A prisa, a prisa, caballeros, que va a ser de día —dijo uno—, y el Abuelo nos va a reñir si llegamos tarde. No valen nada los Nacimientos de este año... ¡Cuando uno recuerda aquellos tiempos...!

Celinina iba con ellos, y como por primera vez andaba en aquellas altitudes, se atolondraba un poco.

—Ven acá —le dijo uno—, dame la mano y volarás más derecha... Pero ¿qué llevas ahí?

—Esto —repuso Celinina oprimiendo contra su pecho dos groseros animales de barro—. Son pa mí, pa mí.

—Mira, chiquilla, tira esos muñecos. Bien se conoce que sales ahora de la tierra. Has de saber que aunque en el Cielo tenemos juegos eternos y siempre deliciosos, el Abuelo nos manda al mundo esta noche para que enredemos un poco en los Nacimientos. Allá arriba se divierten también esta noche, y yo creo

que nos mandan abajo porque les mareamos con el ruido que metemos... Pero si Padre Dios nos deja bajar y andar por las casas, es a condición de que no hemos de coger nada, y tú has afanado eso.

Celinina no se hacía cargo de estas poderosas razones, y apretando más contra su pecho los dos animales, repitió:

—Pa mí, pa mí.

—Mira, tonta —añadió el otro—, que si no haces caso nos vas a dar un disgusto. Baja en un vuelo, y deja eso, que es de la tierra y en la tierra debe quedar. En un momento vas y vuelves, tonta. Yo te espero en esta nube.

Al fin Celinina cedió, y, bajando, entregó a la tierra su hurto.

XI

Por eso observaron que el precioso cadáver de Celinina, aquello que fué su persona visible, tenía en las manos, en vez del ramo de flores, dos animalillos de barro. Ni las mujeres que la velaron, ni el padre, ni la madre, supieron explicarse esto; pero la linda niña, tan llorada de todos, entró en la tierra apretando en sus frías manecitas la mula y el buey.

Diciembre de 1876.



RICARDO BECERRO DE BENGOA

1845-1902

EL RECIÉN NACIDO

Historia increíble.

I

Una tarde de agosto del año pasado, 1870, llegué rendido de correr por las montañas a la barriada de Berunegui, en las minas de San Blas, cerca de la villa de Legutiano, a la sazón en que marchaba hacia el cementerio un cortejo de aldeanos acompañando al cadáver de un niño que, rodeado de flores y recostado en una almohada, era llevado por una anciana, en un tunacho sobre la cabeza, a estilo de aquella tierra.

—¿De quién es la criatura? —pregunté.

—Nadie lo sabe, señor —me contestó un aldeano—. ¡Cosa más rara no se ha visto nunca! Lo hallaron vivo, desnudo, allá en la cañada, hace cosa como de dos años; lo recogieron en la casa de Gusurrandi, y poco a poco se ha ido encogiendo, dejando de ma-

mar y poniéndose colorado como si acabara de nacer. ¡Cosa rara! Tiene arrugas en la cara como un viejo y los dedos de las manos quemados y manchados, como los que fumamos en pipa.

Excitada sobremanera mi curiosidad, me uní al acompañamiento con objeto de ver el cadáver. Antes de depositarlo en la fosa, mientras las mujeres rezaban y lloraban, lo examiné. El aldeano tenía razón: aquella criatura presentaba un aspecto incomprendible. Suponeos un recién nacido con la frente y las mejillas tostadas y llenas de arrugas duras y callosas, con una expresión marcada de inteligencia en sus ojos entreabiertos, y con la yema de los dedos índice y pulgar de ambas manos amarillentas y ennegrecidas, cual la de los fumadores viejos.

Enterróse al niño, hicieron mil aspavientos las mujeres, y volví a Berunegui con los del entierro, para pasar la noche en la casa de Gusurrandi.

—¿De qué ha muerto ese niño? —pregunté a los caseros.

—¡Ah, señor Ricardo! —contestó el ama de la casa—, eso debe ser cosa de *sorguiñas* o brujas, porque cosa más rara nunca se ha visto en el mundo entero. Cuando lo recogimos en el campo, comía bien pan de maíz, carne picada y potaje; después se le cayeron cuatro dientes que tenía, y dejó de comer, y dejó de conocernos y de fijarse en las personas, y tuvimos que darle de mamar, y hasta eso se le olvidó en estos últimos días que ha vivido. Antes era

bastante grandecito, y poco a poco se ha ido quedando en la mitad. Lo más raro es que miraba como un hombre, y se movía como si quisiera hablar, y estaba siempre agitado y parecía que entendía todo lo que hablábamos.

—Y ¿no sospecha usted de dónde pudo venir?

—No, señor. Un día, al volver del trabajo, le hallamos desnudo entre un montón de ropas viejas. Nos dió gran lástima y lo recogimos. Entre las ropas tenía un rollo de papeles y una pipa.

—¿Dónde están esos objetos?

—En un baúl los tengo —añadió el casero—; como yo no sé leer, jamás he pensado sacarlos de allí. Además, un día se los enseñé al señor cura y me dijo que estaban escritos en un vascuence que él no entendía.

—¡Vengan, vengan! —exclamé yo lleno de gozo.

—Los traeré, sí, señor; pero nos los leerá usted a todos, ¿eh?

—Sí, amigo Gusurrandi, a todos, y todo lo claro que se pueda.

—Cenemos primero —dijo el ama, levantándose de su asiento.

Así lo hicimos, durante el crepúsculo, bajo el hermoso emparrado de la huerta. Cuando anocheció, encendieron un candil, lo pusieron a mi lado, cargaron y encendieron también los hombres sus pipas, se arreglaron las mujeres las puntas de sus tocas y los pliegues de los delantales, hicieron todos

un ancho corro, sentándose en las sillas de madera alrededor de mí, y yo, desarrollando el atado de papeles que me dió el casero, y que estaba compuesto de múltiples hojas de diversas épocas, tamaños y letra, los puse en orden y leí, con creciente curiosidad y asombro mío y de cuantos me escuchaban, lo siguiente:

“Acababa de cumplir mis ochenta y cinco años el 20 de agosto de 1785, y me hallaba en la cocina de mi hermoso caserío, sentado a la mesa con don Juan Manuel de Ursúbil, afamado curandero del país, hombre de muchos estudios, y al cual desde muy joven traté con intimidad.

Mis hijos y mis nietos se habían retirado ya a su casa, después de celebrar aquella noche el aniversario de mi nacimiento, y solos estábamos en mi vivienda el curandero y yo y una criada vieja que me servía. Era la una de la mañana, y llevábamos fumadas ya treinta y cuatro pipadas, y bebidos cinco jarros de sagardúa o vino de manzanas. Era yo entonces fuerte y valiente como un roble; animoso y de privilegiada constitución; y, sin embargo, con tanto beber y tanto fumar empezaba mi cabeza a tambalearse y mis ojos a ver visiones. El curandero se encontraba aún peor que yo. Más de una hora hacía que no cesaba de hablar de humores, clavículas, sistemas, emplastos y otras cosas, de las cuales yo no entendía una palabra. Yo le escuchaba callando.

—¿No me contestas? —me preguntó.

—¿Qué te he de contestar?

—Dime algo, hombre. ¿En qué piensas?

—En que ya soy muy viejo y duraré poco.

El curandero dió un puñetazo en la mesa; se echó a reír y exclamó:

—¡Poco! ¡Qué barbaridad! ¡Poco! Tú puedes vivir todo lo que se te antoje.

—¿De veras?

—De veras; yo tengo un secreto seguro para no morirse nunca; pero temo a la Inquisición y a los frailes; si lo supieran me tendrían por brujo y no lo pasaría bien.

—Juan Manuel, ¿me lo dices de veras?

—Y tan de veras; ¡oh, si encontrase yo uno que no se quisiera morir!

—Muchos hallarás.

—Estás en un error. Los hombres son muy raros en su modo de discurrir; temen a la muerte, pero temen más la operación que tienen que sufrir para no morirse; es decir, que aun sabiendo que no van a morir, quieren mejor morirse que no padecer por algunos días. ¡Son unos bárbaros!

Mi cabeza ardía. Aquel hombre sabio se expresaba con tal convicción, que se me figuraba que la muerte no existía ya. Sentía dentro de mí una satisfacción incomprensible. Los ojos de beodo del curandero me parecían los destellos de un ser supe-

rior y maravilloso, que iba a lanzarme en una existencia sin fin.

Bebimos algunos vasos más. El humo de nuestras pipas llenaba la habitación. La criada dormía sentada en el suelo, junto al hogar, habiendo dejado caer a un lado la calceta que tenía en las manos, y con cuyo ovillo jugaban alegremente los gatos.

—Y ¿por qué no haces la prueba contigo? —pregunté al curandero.

—¡Vaya un disparate! ¿Cómo me he de operar yo mismo si necesito para hacerlo el concurso de toda mi observación, de toda mi salud y de toda mi fuerza?

Callamos un breve rato. Mis ochenta y cinco años me pesaban demasiado, conocía que me llamaba irremediabilmente una vida nueva; me decidí.

—¡Yo quiero no morir! —exclamé levantándome de repente—. ¡Dispón de mí!

—¡Corriente! —contestó Juan Manuel, frotándose placenteramente las manos—. De aquí a otros ochenta u ochenta mil años, volveremos a beber sa-gardúa el 20 de agosto.

Después se levantó tambaleándose, me cogió del brazo y dijo:

—¡Vamos!

II

—¿Adónde?

—A mi casa; esta misma noche quedará hecho todo.

—Vamos.

Y en mangas de camisa, conforme me hallaba, nos dimos el brazo, y pegando tropezones en todas partes, nos dirigimos a su casa.

Abrió la puerta de un empujón, encendió lumbre con un pedernal, dió fuego a la mecha de un candil que había colgado en el primer poste de la escalera, y subimos a su habitación. El curandero colgó el candil, se quitó el sombrero y la chaqueta, tiró del cajón de una mesa, del cual sacó un aparato compuesto de gruesos alambres, vendas y vejigas con llaves de madera, y arremangándose los brazos, trajo una cama desde la alcoba inmediata al centro de la estancia; puso en el suelo, al lado de ella, una enorme caldera de cobre, y me dijo sonriendo:

—Echate largo en esta cama y... no te muevas.

Apagué mi pipa, sacudiéndola boca abajo contra la pared, la guardé en la faja y me tumbé en la cama, estirándome todo lo que pude. El curandero sacó su lanceta, me tanteó el brazo izquierdo y me hizo una ancha incisión en una vena.

Empecé a oír el ruido del chorro de sangre que caía en el caldero. Mientras tanto Juan Manuel pre-

paró su extraño aparato. En esta operación debió de transcurrir más de un cuarto de hora. Mi sangre continuaba saliendo, y yo me sentía horriblemente desfallecido. La borrachera del sagardúa se me había despejado por completo. De cuando en cuando el curandero me tomaba el pulso y decía, prosiguiendo su trabajo:

—¡Más! ¡Más!

¡Y volvió a pasar qué sé yo cuánto tiempo!

Llegó al fin un instante en el que noté que no podía moverme: tenía sed; no acertaba a articular una palabra, y sólo continuaba oyendo el monótono ruido de la sangre que caía en el caldero. Veía bien: veía extraordinariamente; tal era la extraña claridad que había acudido a mis ojos. El curandero volvió a pulsarme.

—¡Bueno! ¡Un poco más... y basta! —exclamó.

Y se quedó mirándome por un buen rato.

Después ligó la herida, me puso su mano sobre el corazón, se sonrió, y tomando un trozo pequeño de lienzo empapado en agua, me lo introdujo en la boca hasta la garganta, empujándolo con el mango de una cuchara de palo. Luego me tapó las narices con unos pedazos de estopa húmeda.

—¡Así! —decía—, así estamos bien. Ahora; a respirar poco, muy poco, casi nada; que no se mueva apenas el corazón; llegaremos hasta un paso de la muerte, pero sin tocarla.

Yo me encontraba en un estado indescriptible;

no sentía dolor alguno; se me figuraba que no tenía cuerpo, porque sólo en la cabeza notaba calor y vida, y sufría una gran opresión en el pecho, como si las costillas se me desgajaran y como si me punzaran en todas las articulaciones, cuando cada cinco minutos aspiraba un poco de aire a través del trapo humedecido. Mi cabeza abrasaba y las tardías pulsaciones del corazón se reflejaban en mis sienes y en mis oídos como golpes de martillo.

Juan Manuel, después de contemplarme, trajo un jarro lleno de sidra y bebió de él un gran trago.

—Es preciso —añadió— que mi pulso no tiemble. ¡Oh amigo! ¡Cuántos robles de doscientos años tendrás que ir echando al fuego después de haberlos plantado tú mismo! Luego que hayas vivido unos años yo te enseñaré mi secreto y me operarás y seré también inmortal. ¡Oh, los frailes! Esos lo oyen todo. ¡Si habrá por aquí alguno que me escuche!

Y al decir esto, miró por todos los rincones de la habitación, abrió y cerró cuidadosamente la ventana, y volvió a poner su mano sobre mi corazón.

—No te falta para llegar a la muerte más que el grueso de un pelo, pero ese grueso no lo hemos de pasar.

Salió de la habitación y volvió al poco rato con un nieto suyo de cuatro años en los brazos. El hermoso niño parecía estar completamente adormecido.

Lo acostó junto a mí, se hizo la señal de la cruz y me tapó los ojos con un pañuelo. Luego debió sen-

tarse en el borde de la cama, y mientras nos contemplaba, dijo con voz gangosa y en'recortada:

—¡Esto va muy bien!... ¡Pues es claro!... El armazón de mi amigo es viejo, está carcomido por el tiempo; tiende a la muerte; no en los huesos, que duran siglos y siglos, sino en la sangre, que está completamente gastada. Pues bien, renovemos' el armazón con otro nuevo, bien nutrido, que tienda a la vida. Buena savia y buen jugo producen buena planta; la riqueza es la vida, la pobreza es la muerte; en el hombre viejo el caudal está agotado y se muere de pobreza. Si yo voy sin dinero a la taberna no me dan ni un sorbo; pues, es claro, si la carne y los huesos no cobran, se contraen, se arrugan y se secan. La vida no cabe en un cuerpo estrecho, roto y acartonado. ¡Tú vivirás, amigo mío! Mi plan se les habrá ocurrido a muchos, ¡pero!... Este ¡pero! es la fórmula de la ignorancia y de la timidez de la humanidad. Yo soy un hombre muy grande; es verdad que no he leído ningún libro, ni he estudiado con nadie, ¡pero!... ¡Dale con el pero! La sangre en movimiento es como el virus generador: si le toca el aire, se esteriliza; es como el pez: si se le saca al aire, muere. Este es el problema actual; que el aire no toque a la sangre regeneradora; que pase pura, caliente, llena de vida, latiendo poderosa, desde el corazón del niño al del viejo, próximo a la muerte. ¡Ah! Esto es prodigioso y no ofrece ningún peligro; el

viejo pierde su sangre; ahí está en el caldero y parece barro; esos son ochenta y cinco años, con todas sus picardías y dolores; ese es el armazón carcomido. El niño va a transmitirle la suya casi en totalidad; mas no importa; permanecerá débil por ocho días, y, al cabo de ese tiempo, la poca que hoy le quede se habrá multiplicado y el niño vivirá robusto. La sangre es fuego; una sola gota sirve de base a una vida, y ésta a una generación entera. ¡Qué somos nosotros, más que una gota de sangre transformada!... Yo ya sé que hay doctores en Salamanca, en Oñate y en Alcalá que se reirían de mí. Ese es uno de los privilegios de los hombres de ciencia: el poderse reír impunemente de los demás, tengan o no razón. Cuando mi amigo cumpla los dos mil años, ¿dónde estarán los doctores de Salamanca? ¡Entonces sí que nos reiremos de ellos!...

Puso de nuevó la mano sobre mi pecho. Mi corazón apenas latía; el ruido de mis oídos se había amortiguado.

—¡Ya es hora! —exclamó—. Ya no sentirá nada.

Y después de descubrir mis ojos, tomó el extraño aparato que tenía sobre la mesa, y me envolvió el cuello con sus vendas, haciendo la misma operación con el niño, que continuaba inmóvil a mi lado. Sacó de un puchero un unto negruzco, con el cual dió a todas las llaves, y con el cual me circundó también la garganta, excepto por un costado, donde por medio

de una ventosa hizo un cucurucho con mi piel. Las vejigas estaban completamente estrujadas, y los tubos en que terminaban se habían adherido fuertemente a mi cuello y al del niño. El unto negruzco adquirió pronto la consistencia de la goma seca. De entre los alambres que constituían el aparato salían dos muy gruesos, largos y reforzados, los cuales agarró el curandero con ambas manos. Dió al fin un tirón como queriendo separarlos, y entonces sentí en el cuello, en el lado de la ventosa, un dolor agudo como si me hubieran herido profundamente.

El niño hizo al mismo tiempo un terrible estremecimiento.

Después, ya no vi más; una nube pasó por mis ojos y me cegó. Sólo oí que Juan Manuel se frotaba las manos y decía:

—¡Ya late, ya late! ¡Veinte años de pensar y discurrir en ello! ¡No entra el aire; el aire está vencido; también venceré a los frailes y a los doctores! ¡Ya late! Aquí hay dos cuerpos confundidos en uno solo; una vida joven que resucita a otra ya caduca. ¡Oh placer! ¡Una hora y cinco minutos bastan!

Y cuando calló, sentí que cogía el jarro y volvía a beber.

Al día siguiente me hallé tendido en el mismo lecho y muy cuidadosamente tapado. Al abrir los ojos vi ante mí al curandero que se sonreía: quise hablar y no pude; mi amigo se llevó el dedo índice a los

labios y meneó la cabeza como indicándome que me era imposible pronunciar una palabra. Luego me dijo :

—¡Somos felices! Ya tienes dentro de ti la savia regeneradora; ahora empiezas a vivir como si tuvieras sólo cuatro años.

Me pulsó con mucho detenimiento y continuó hablando :

—¡Calentura terrible! La sangre nueva late en ese cuerpo como el torrente en el canalón carcomido del molino. ¡Ciento diez y ocho pulsaciones! ¡Oh, cuánta vida! La fiebre durará quince días: hasta entonces sólo tomarás leche, que te empezaré a dar pasado mañana. Mi aparato es una maravilla y mi saber un portento; mi pobre nieto también descansa, y aún tardará seis días en volver a recobrar su salud y su fuerza.

III

Llamaron a la puerta, y entró mi criada vieja, Mari Antón.

—¿Qué ha sido de mi amo? —preguntó.

—Aquí le tienes: está un poco indispueto, porque anoche se empeñó en acompañarme, dió un tropezón y...

—¡La sagardúa maldita!

—No, señora; la obscuridad tuvo la culpa.

—¡Pues ustedes bien alumbrados debieron venir!
¿Y es cosa de cuidado lo de mi amo?

—¡Poca cosa! Se le salieron dos costillas de su sitio. Dentro de unos quince días estará ya bien. No te apures, porque ya ves, ¿qué puede temer a mi lado?

Mari Antón se fué tan conforme.

—¡Pobre vieja! —dijo Juan Manuel—. ¡Cuántas nietas tuyas tendrán que servir a tu amo! ¡La sagardúa! ¡Je! Ya se puede convertir en sagardúa el mar de Bermeo, porque si no, no vamos a tener bastante para los dos.

Marchó a hacer sus visitas, y por espacio de muchos días volvía de hora en hora a pulsarme, a hablar consigo mismo y a darme leche, poniéndome en la boca un trapo bien empapado, que yo chupaba con avidez. Mi estado era extraordinariamente raro: sentía gran calor en todo el cuerpo; me aquejaba un estremecimiento general cuando aspiraba el aire, con ligeros dolores en el pecho, en los costados y en la espalda, y quedaba descansado y satisfecho cuando lo aspiraba. Poco a poco pude hablar y me incorporé en la cama. A los veinte días volví a mi casa, acompañado de Juan Manuel. En el camino me dijo:

—Creo que tu vida está ya asegurada para otra nueva época; pero cuida mucho de no echarla a perder; porque ahora estás expuesto, lo mismo que antes, a que cualquiera enfermedad o accidente violento te mate. Yo no he hecho más que prolongar tus días, renovando la causa o el sostén de la vida. Lo que nos conviene es callar y aguardar.

Pasó algún tiempo; mi salud y mi robustez eran envidiables, por más que continuaba persistente aquel extraño padecimiento del pecho, al compás de la respiración. Jamás podía convencerme de que Juan Manuel hubiera acertado en sus proyectos; así es que consideraba la operación como una imprudencia cometida por ambos durante la embriaguez, y esperaba morir a la edad en que mueren los ancianos.

Cinco años más adelante mi rostro estaba más sonrosado; mi pulso, más fuerte, y ¡cosa extraña! la porción calva que tenía antes a la cabeza se había vuelto a cubrir de hermosos cabellos blancos. Yo estaba asombrado; mis fuerzas y mi apetito se reduplicaban, y las arrugas que tenía en las manos desaparecieron.

Juan Manuel, que entonces acababa de cumplir sesenta años, mostrábase loco de contento; pasaba conmigo horas enteras fumando y me contemplaba con todo el interés y cariño con que un artista mira a su obra predilecta.

—Lo que me asusta —le decía yo— es este raro y constante malestar de mi pecho.

—Y a mí también —añadió—; hace cuatro años que estoy pensando en ello y no atino la causa. Cuando un hombre muda de casa, le extraña la nueva habitación por unos cuantos días, pero al fin se acostumbra a ella y vive perfectamente. ¡Hombre, qué diablo! Al cabo de cinco años ya podía la sangre de mi nieto haberse acostumbrado a correr por tu cuerpo.

Transcurrieron otros tres años, y mi rostro aparecía más colorado y mi salud y mis fuerzas eran mayores. A mis noventa y tres años iba a cazar corzos con todo el brío de un joven. El día que cumplí los cien acudieron a mi mesa todos mis parientes, menos unos diez y ocho que habían fallecido de los que asistieron al convite de mis ochenta y cinco. El curandero había avejentado mucho; su salud decaía visiblemente, y tan sólo en sus ojos brillaba una expresión de vivacidad y satisfacción marcada, por la que calculaba yo cuánto era lo que gozaba y lo que esperaba al contemplarme. El pobre apenas bebía ya sagardúa; yo continuaba apurándola a vasos sin cuenta.

Una mañana, muy temprano, vino a mi casa, se encerró en mi cuarto y me dijo:

—¿Te has convencido ya?

—Sí, amigo; estoy completamente convencido.

—Pues bien; si aguardamos más tiempo, se malogra todo. Yo me siento muy débil, y si te he de decir la verdad no me conformo con morirme, teniendo en mi mano la vida. Pero hay una dificultad: aquí no podemos continuar viviendo para repetir y explotar mi descubrimiento. Nos perseguirán sin tregua. Es, pues, preciso que hagas un gran sacrificio por mí; vámonos a Francia.

—¿A Francia?

—Sí. Allí gozaremos de nuestra maravillosa conquista; allí te iniciaré en mi secreto, me harás la ope-

ración, y si nos tiene cuenta, la daremos a conocer de aquí a cien años.

—Te debo esta segunda vida y te obedezco.

Recogí unos cuantos celemines de onzas de oro que tenía guardados, compramos dos soberbias mulas y con excusa de que íbamos a cumplir un voto a la Virgen de Arrate, tomamos el portante hacia la frontera.

IV

Establecimos en Burdeos nuestro pabellón, y Juan Manuel empezó a instruirme en su secreto. Mi inteligencia, lejos de irse perdiendo, aparecía más clara, y mi vista, de prósbita que había sido, se convirtió en serena y regular. Por lo demás, a la verdad, sentía yo así como una pena íntima al pensar que no me moriría nunca, y cuando divisaba algún entierro me ocultaba en una puerta o cambiaba de calle, como considerándome culpable de no haber indicado, al que llevaban a cuestras, la manera de no morir.

Mis cabellos se iban poco a poco volviendo negros, y mi apetito era cada día mayor. Juan Manuel estaba completamente asombrado. Yo parecía, a mis ciento seis años, mucho más joven que él, y su espanto subió de punto cuando le confesé que me era muy simpática la hija de nuestra ama de huéspedes, mademoiselle Basurt, y que me inclinaba a casarme con ella.

Como en el mundo todo se sabe, la ciudad entera

se alarmó cuando corrió la noticia de que iba a tomar esposa un hombre de ciento seis años. Me acosaron, me sitiaron, me dibujaron, y mi casa se convirtió en una Babel.

—Tu locura puede costarnos cara —dijo con gran tristeza el curandero—. Ahora que me disponía a que me operaras, se ha divulgado por todo el pueblo la noticia de tu edad; y en toda la Francia se hablará muy pronto de ti. Estoy profundamente disgustado, y me he dispuesto a abandonarte y a morir-me de pena si no me escuchas.

El pobre viejo se puso a llorar y continuó:

—¿Quieres oírme?

—Sí, soy todo tuyo.

—Pues bien; abandona a mademoiselle Basurt; olvida ese amor insensato, y huyamos, huyamos de aquí.

—¿Adónde?

—A cualquiera de nuestros Estados de América. En cuanto lleguemos, me operas y viviremos en aquella tierra tanto como el río Marañón.

Me despedí de mi acongojada madamita todo lo diplomáticamente que pude, dejándola un lujoso regalo, y, casi en secreto, partimos en un buque inglés para Veracruz.

Durante la travesía, mientras los marineros charlaban en su lengua, nosotros, tendidos en nuestro reducido camarote, departíamos amistosamente, siempre ocupados en el mismo tema.

—Lo que yo no me explico, lo que a mí me vuelve loco, es —decía el curandero— esa completa regeneración que se opera en ti; porque, después de mi maravilloso trabajo, era muy natural que se conservaran tus facciones de viejo; que tu pelo canoso y tu calva continuaran; que vieras lo mismo, y que tu estómago y otros órganos no aumentaran en actividad, ya que, por mucho que pueda hacer la nueva sangre, podrá ir sosteniendo indefinidamente tu actual estado; pero, ¡Dios mío!, ¡si sucede todo lo contrario! ¡Si tú cada día estás más joven, más robusto y más lleno de vida!

—A mí —dije yo— lo que me tiene con cuidado es esta revolución completa que tengo en el pecho.

—No creas que lo echo yo en olvido, y muchas noches, cuando me pongo a pensar en ella, tanto y tanto revuelvo en mi cabeza, que temo llegar a la locura.

Y por no variar empezaba a hablarme de nuevo de su aparato, de su plan, de sus esperanzas, de su gloria.

Una tarde, mientras dormía yo la siesta, tendido en mi angosto lecho, vino a mí con los ojos desencajados, me sacudió fuertemente, me hizo levantar, me llevó sobre cubierta a uno de los costados solitarios, y, cogiéndome del cuello, empezó a examinar atentamente la cicatriz que conservaba en él, desde la noche famosa de la operación. Al cabo de un rato se dejó

caer en mis brazos como anonadado, y enjugándose una lágrima con el revés de la mano, me dijo:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Por qué?

—¡Maldito vino!

—¿Por qué?

—¡Horror!, ¡horror!, ¡horror! y ¡mil veces horror! Eres muy desgraciado, amigo mío.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué has descubier-to en mí?

—Ven, ven.

Y, cogiéndome con sus manos convulsas, volvimos a bajar a nuestro camarote.

—¡Al fin —exclamó— he dado con la explicación de tu dolor, del estado anormal de tu respiración y de tu regeneración asombrosa! ¡Horror! Cuando en aquella inolvidable noche te inyecté la sangre de mi nieto con mi maravilloso aparato, estaba yo un poco... ¡vamos! así, un poco...

—Mirlis, ¿eh?

—¡Eso es, mirlis! ¡Maldito sagardúa! Tú estabas vacío: tus venas y tus arterias, después de la gran sangría, estaban plegadas como un paraguas mojado, e iban a recibir por inyección el torrente restaurador de la sangre de mi nieto. ¡Maldita cena! Al verificar la operación, yo herí con mi aparato a mi nieto en una arteria, y a ti, ¡oh efectos de la borrachera!, ¡y a ti te abrí una vena! Por tus venas corre sangre arterial, y por tus arterias, sangre venosa. ¡Qué hacer

sino regenerarte! ;Qué ha de suceder sino dolerte el pecho cuando respiras! Tu circulación marcha al revés. Tú vives también al revés que los demás hombres. Tu organismo se va reconstruyendo, al contrario de lo que nos sucede a los demás. Toda la humanidad marcha hacia el día del juicio; tú, al contrario; tú caminas hacia el sexto día de la creación. Ajustemos la cuenta.

Y se puso a contar con los dedos.

—Estábamos en un error —añadió—; tú no tienes hoy ciento seis años, tienes sesenta y cuatro nada más, porque es preciso contar hacia atrás desde el día de la operación; eres doce años más joven que yo. ¡Maldito sagardúa! Tu corazón y tus pulmones funcionan al revés; cuando aspiras el aire es, como si lo espiraras, y viceversa... ¡Jesús! ¡Jesús! Yo me vuelvo loco; ¡perdóname!

—Pero, hombre, y eso ¿qué importa?... —le dije—. Yo me siento bien; ¿qué puede sucederme?

—¡Infeliz! ¡Qué ha de sucederte!... Que cumplirás sesenta años, y luego cincuenta, y después cuarenta... y...

—Pero ¿no se puede corregir eso?

—Imposible; tú eres un caso que nadie ha estudiado, que ningún doctor ni médico han previsto, que ninguna obra refiere, que nadie ha imaginado siquiera, y del cual ningún hombre ha hablado, ni ha oído hablar jamás.

De ti se puede escribir lo más original que se ha

escrito en el mundo. Para ti no hay práctica científica; tú eres una paradoja viviente, un absurdo positivo, un imposible real. ¡Perdóname!

—De modo que...

—De modo que para mí eres un caso malogrado. Tú me operarás, ¡sin beber sagardúa, ni vino, por supuesto!, después de dos días de agua clara ¿entiendes? y luego, veremos si observándote bien, puedo curarte. Pero, ¡quíá!, ¡imposible!, ¡imposible!

—Y ¿qué haremos?

—¿Qué hemos de hacer? ¡Llorar!

Y Juan Manuel se puso a soltar lágrimas como puños, y yo creí deber llorar también, y lloré.

V

Una noche, poco antes de llegar a Veracruz, horrible borrasca hizo pedazos nuestro buque. El curandero, abrazado al cajón que contenía su aparato, se ató a un madero que yo pude coger, y por espacio de dos horas fuimos juguete de las enfurecidas olas.

—¡No puedo más! —exclamaba el pobre viejo—; ¡no puedo más!

—¡Animo! —le gritaba yo—: no te mueras ahora que estás a punto de pasar el umbral de la nueva vida; ¡ánimo! ¡Mañana llegaremos a la playa, y pronto serás inmortal!

—¡Imposible! —me contestó—. Sé feliz. ¡Toma! —y me alargó la caja.

—¡Animo, que aún es hora! —añadí yo, al mismo tiempo que un golpe de agua nos sepultaba en los abismos.

Cuando volví a flotar, agarrado al madero, habían desaparecido para siempre Juan Manuel y su caja.

Poco después una lancha de Veracruz recogió a todos los náufragos que sobrevivíamos.

Al día siguiente me hallaba sentado en una taberna de la ciudad, con mi pipa entre los colmillos y con la cabeza sostenida entre las manos, discurriendo tristemente.

—¡Pobre de mí! Ciento seis, digo, no, sesenta y cuatro años, y cada vez más joven; y ¡Juan Manuel y su secreto en el fondo del mar! Solo en esta tierra desconocida... es decir, solo no, porque aún conservo ceñido al cuerpo un cinto lleno de onzas de oro. ¡Si me volveré loco! El curandero tenía razón; yo vivo al revés de todos los hombres; mi imaginación y mi modo de pensar deberán ir también al revés. Consultaré a un médico; pero no me entenderá, no me creerá. ¿Volveré a mi caserío? Imposible; me tomarán por un alma en pena.

Así estuve luchando largo rato conmigo mismo, hasta que, muerto de sueño, quedé dormido sobre el mantel, lleno de migajas, que tenía delante.

Algunos días después me ajusté con una caravana de arrieros y salí para Méjico. ¿A qué? A nada; a vivir, pensando en mi triste fortuna. Cuántas veces, al atravesar de noche aquellas hermosas y fértiles ca-

ñadas llenas de vida y de vegetación, mientras mis compañeros de viaje cantaban al compás de las campanillas de la recua, pensaba yo, al vislumbrar en el horizonte los primeros fulgores del día, enjugándome una furtiva lágrima:

—¡Ah, el sol!, cuando vuelva a salir seré un día más joven; mañana será para mí ayer, y el año que viene, el año pasado!

En Méjico compré una hacienda y dos criados, y viví quince años entretenido en la lectura y en la contemplación.

Jamás trabajé en nada. ¿Para qué había de trabajar? Yo oía decir constantemente a mis vecinos: “Cuando yo llegue a viejo habré reunido un capitulito que hoy formo con mi trabajo, y lo pasaré bien”; y en cambio pensaba yo para mí: “Cuando yo llegue a joven no faltará un ciego a quien servir de lazarrillo, y cuando sea muy niño también encontraré alguna buena mujer que me dé que mamar.”

A mis cuarenta y nueve años, es decir, a mis ciento veintiuno, mi transformación era completa. Hermosa barba negra me caía hasta el pecho; mis ojos brillaban llenos de calor y animación; mi musculatura redoblaba en fuerza y actividad, y mientras que mis criados indios iban envejeciendo, había yo perdido por completo mi joroba naciente de anciano y mi arrugado conjunto.

—¡Arno español se tiñe el pelo y se plancha la cara!
—decía un criado que me conoció de sesenta años.

—El vizcaíno *parese* que está cada día más joven y más guapo —repetían a menudo las vecinas de mi barrio.

Había, por cierto, entre ellas, una morena de treinta años que me tenía muerto con sus encantos. Nos obsequiábamos de cuando en cuando con regalitos, y al fin descubrí que nos teníamos amor, que nos queríamos mucho. Pensé en casarme, y ¡triste de mí! me declaré vencido como siempre.

—De aquí a poco tiempo —discurría yo— tendré su edad y ella la mía, y poco después nuestros hijos serán más viejos que yo. ¡Si ella conociera mi verdadera edad! Pero, mi verdadera edad ¿cuál es? ¿Tengo la que se cuenta desde que nací? ¿Tengo la que tengo hoy o la que me falta para volver a empezar? ¿Cómo se cuenta esto? ¡No puedo amar, ni casarme, ni tener ilusiones, ni vivir! Mi tormento moral es insufrible, y es preciso que termine.

Decidido a hacerme matar, fui en calidad de voluntario con los soldados que envió el Virrey en 1821 contra los indios insurrectos del río Guirrimani; peleé siempre en los puestos de mayor peligro; pero las flechas, las balas, los lazos y las piedras del enemigo me respetaron.

Terminada la insurrección hice amistad con los indios y me dediqué a la vida de cazador, con otros cuantos compañeros, en aquellas selvas. Bien pronto aquellas pobres gentes me tuvieron por un sabio. Mi larga experiencia, mis aventuras, mis recetas y, so-

bre todo, mis muchos conocimientos, que yo les demostré tener, sin explicarles el secreto de mi vida, les maravillaban en extremo. Mirábanme, sin embargo, con mucha desconfianza, porque no acertaban a entender cómo sabía tanto y daba tantas noticias de todo, y cómo siendo tan viejo aparecía yo tan joven y tan robusto. Entre ellos cada cual llevaba su mote y a mí me lo aplicaron pronto; llamáronme Yhokerroytcho; esto es, *¡El gran mentiroso!*

Veinte años permanecí en las selvas. La extraña mezcla de emociones de aquella vida salvaje, que si la escribiera formaría un libro admirable, y mis continuas abstracciones contemplativas sobre mi estado fisiológico, habían variado completamente mi carácter. Se agriaba en demasía mi genio, conforme me iba haciendo joven, y vivía en creciente impaciencia y excitación nerviosa y en perpetua calentura, a juzgar por el estado de mi pulso.

Había reunido, sin trabajo, cerca de medio millón de duros, y los miraba con la misma indiferencia que si fueran una fanega de castañas. Sólo en una ilusión hallaba complacencia, porque me ligaba con el entretenimiento y con la historia de toda mi vida: en la costumbre de fumar en mi vieja y mugrienta pipa del caserío de Gusurrandi.

Aburrido del mundo salvaje, determiné trasladarme a los Estados Unidos, presentarme al médico más sabio; explicarle todo lo que yo recordaba del aparato de Juan Manuel, y someterme a una nueva inyec-

ción, bien hecha, en cuanto diéramos con el secreto. Me despedí de mis buenos compañeros de las selvas, que me llenaron de regalos, abrazos y recuerdos; dejé los hermosos e inolvidables horizontes del Kesuho, atravesé a Kansas, Kentuncki, el Ohio y la Pensilvania, y el día 5 de junio de 1841 tomé posesión de un lujoso cuarto en el New-Haven Street-hill, sección 8.ª, calle 18, de New-York.

IV

Tenía entonces, contando hacia el juicio final, ciento cuarenta y un años, y contando hacia la creación del mundo, veintinueve.

Me presentaron al doctor Ph. R. Clerk-Maxwell, quien, al oír el objeto de mi consulta, puso la cara más extraña que puede ofrecer un yanqui cuando le dan un puntapié. Examinó todo mi cuerpo, mis papeles, mis recuerdos de tantas edades; me palpó mi cicatriz de marras; hizo que le dibujara una semejanza del aparato del curandero, y concluyó por quedarse contemplándome extático por espacio de un cuarto de hora. Después se encogió de hombros, arqueó las cejas, estiró los labios, sacando la lengua al mismo tiempo, y concluyó diciéndome:

—¡Vuelva usted mañana!

Volví, en efecto, y hallé en su gabinete otros dos graves doctores, que, al verme entrar, clavaron en mí sus ojos, mirándome al través de sus dorados

lentes. Les expliqué de nuevo mi historia, mientras uno de ellos tomaba notas, y, cuando terminé, se miraron unos a otros haciendo gestos de extraordinaria admiración. El dibujo del aparato de Juan Manuel fué el objeto predilecto de su discusión. El honorable Clerk-Maxwell me ordenó que quedara en su casa para verificar la observación y las experiencias acerca de mi estado.

Duraron éstas quince o veinte días, durante los cuales me alimentó, ya con agua sola, ya con manteca y pechugas de pichón o ya con féculas y grandes trozos de carne asada, que me hacía tragar casi a la fuerza. Practicó en mis brazos tres grandes sangrías y sometió la sangre a un sinnúmero de análisis y pruebas. Cada día venían a verme cinco o seis doctores nuevos. Clerk tenía en su casa un verdadero anfiteatro, al cual me condujo al cabo de los veinte días, y en él encontré reunido una especie de congreso médico que presidía un místico viejo y respetable.

Me senté frente a ellos como un reo en un tribunal, y Clerk leyó un informe científico declarando que realmente mi existencia era un misterio y que debía someterse a una observación de cinco o seis años, en obsequio a la ciencia. Un murmullo confuso acogió sus últimas palabras. Después se levantó el venerable sir Down-Sehouard y dió lectura de otro contrainforme sosteniendo que yo estaba loco, de una clase de demencia no determinada todavía, y que mis

noticias y mis recuerdos eran producto de una imaginación enredada y fatal.

Protestaron varios doctores; apoyó el Presidente el último dictamen; discutieron por espacio de dos horas, y después de una algarabía infernal de gritos, campanillazos, insultos, amenazas y alguno que otro coscorrón, se votó el punto, y... fuí declarado loco, y conmigo el doctor Clerk, por ocho votos contra cinco, en esta forma:

Dijeron que sí: G. Klein, Rass, Nilhewer, Prets-wich, Rham, Thompson, Down y Ghothars.

Dijeron que no: Clerk-Maxwell, Fhiis, Williams, Fegel y Thieppe.

Y no dijeron nada: Freffield, N. Feeldt y Tur-glion.

Al llegar a la fonda me encontré con la cuenta del doctor.

Sus experiencias, tratamiento, alimentación y dictamen estaban valuados en ocho mil pesos. Las visitas, consulta y dictamen de sus colegas, lo mismo de los que habían votado en pro que en contra, que de los que se callaron, importaba en suma (apareciendo en esta cuestión perfectamente unánimes), veinte mil pesos. ¡Me había descuidado en confesar a míster Clerk que era millonario! Le pagué religiosamente, y me encontré peor que antes de la consulta, con mi estado más abatido, con mi existencia anormal sin remedio alguno, y con mí bolsillo algo más exhausto. Tomé pasaje en un buque para España, con-

vencido de que el pobre curandero Juan Manuel sabía más que todos estos doctores juntos, y no pensé en otra cosa que en realizar mi sueño de toda la vida: el de morir en mi patria, en mi caserío de Gusurrandi.

VII

Cuando puse el pie en el puerto de G... me rodearon dos agentes y me condujeron a la cárcel.

¿Por qué?

Un compañero de viaje, cumplido caballero al parecer, y al cual presté durante la travesía algún dinero, intimando con él, me había delatado al capitán del buque, diciendo que yo era un famoso ladrón, que venía a España con los fondos de una gran sociedad americana. Protesté ante el tribunal y di pruebas de mi inocencia; pero como no pude presentar testigos, y como, en cambio, me encontraron mucho dinero, cerró la justicia los ojos, o los abrió demasiado, corrió por entre la curia el hallazgo del gran filón, me encerraron en un calabozo, empezaron a amontonar papel sellado, no me oyeron mientras enviaban inútiles exhortos a todas partes, y continué sepultado por largo, muy largo tiempo.

Contáronse de mí cien aventuras supuestas, y hasta los ciegos cantaron en las coplas la mentida procedencia de los millones que traía conmigo. El ruido que metió mi causa al principio fué enorme, y tomaron

parte en ella, yo no sé para qué, tantos jurisconsultos como médicos me habían estudiado en New-York. Pensé algunas veces escribir a mi tierra a fin de que se presentaran algunas personas que respondieran de la mía... pero ¡quién viviría de los que yo conocí! Y si vivía alguno, ¡cómo había de conocerme! El carcelero me miró siempre con gran prevención, y a duras penas logré que me diera papel y útiles para escribir mis memorias. Llevó los primeros pliegos de ellas al juez, y como estaban redactadas en vascuence, no logró ni aun empezar a leerlas, y me las devolvió, diciendo a mi severo guardián que allí no decía nada y que aquello era la obra de un loco. Concluyó el carcelero por redoblar sus medidas de precaución, poniéndome dobles puertas a mi calabozo y haciéndome el servicio por un agujero situado al nivel más bajo de la entrada.

Yo no sé a quién se le ocurrió mandar hacer una visita de cárceles. Cuando llegaron a mi estancia, el carcelero, dando un grito de asombro, retrocedió asustado. El había encerrado a un hombre de treinta años, alto, colorado y con toda la barba, y se encontró a un mozalbete de unos diez y ocho a veinte, sin un pelo casi en la cara, y envuelto en los harapos de su antiguo traje, que, a la verdad, me estaba muy holgado.

Lleváronme de nuevo ante el juez, y entonces supe que había estado encerrado más de diez años, y que de mi dinero de América ya no quedaba un ochavo.

La justicia lo había empleado todo "en depurar la verdad". La que resultó de la nueva investigación hecha con motivo de esta oportuna visita, fué: que yo no era yo, y que el preso de los millones se había escapado, dejándome a mí en su lugar. El carcelero fué declarado cómplice de tal sustitución, y le encerraron, dejándome a mí en libertad, después de no poder averiguar quién era aquel nuevo yo que encontraron en mí. Mandaron requisitorias a todas partes para encontrar a aquel yo que había desaparecido, y no le hallaron.

¡Qué le habían de hallar!

A pie, y casi pidiendo limosna, vine a mi tierra.

Pregunté, sin decir quién era, por los que debían ser mis hijos, y me enseñaron a mis nietos, ya casados. Recorrí mi casa y mi huerta, y besé cien veces aquellas piedras que hacía un siglo fueron testigos de mis alegrías.

Lleno de profunda tristeza, y como avergonzado, huí. Si hubiera dicho y sostenido quién era yo, ¿quién lo hubiese creído? Seguramente al hacerlo hubiera dado de nuevo en la cárcel o en la casa de locos, perseguido por los míos.

Volví a Madrid, donde por espacio de doce años fui criado, monaguillo, fosforero, vendedor de periódicos, limpiabotas, arenero y no sé cuántas cosas más. Durante ese tiempo continué escribiendo mis memorias y fumando en mi querida pipa de barro. Mi inteligencia se conservó y se conserva aún clara,

pero cada día tengo peor forma de letra, y creo que concluiré por no saber y por no poder escribir; es natural.

En 1863 tenía yo siete años, o sean ciento sesenta y tres. Hoy tengo seis, me he reducido a mucho menos de mi altura total; se me han caído los dientes de adulto y me han salido los primeros. Hermosos cabellos rubios cubren mi cabeza, y el poder de mi entendimiento se va aniquilando con mis fuerzas y mis tendencias de niño...

Andando, andando y sufriendo mucho, he vuelto a mi país; digo que soy huérfano y pobre, y me dan limosna en todas las casas. Pero estoy contento, porque aun pidiendo limosna, ¡cuán consolador es el vivir al lado de la casa donde uno ha nacido!"

(Aquí estaba muy emborronado el manuscrito, y más adelante decía, en una letra apenas inteligible:)

"Me es imposible sostener la pluma ni acertar a escribir unas letras al lado de otras. No sé lo que será de mí. Sólo ruego al que me encuentre algún día, cuando ya no pueda pedir, ni comer, si lee estos papeles, que me recoja y me lleve a mi casa de Gusurrandi, porque desco morir en ella.

JOSÉ ANTÓN."

Mientras yo leía, se habían puesto en pie, como espantadas, las mujeres que me rodeaban, y haciendo signos de admiración y de horror, se santiguaban a menudo. Cuando terminé, exclamaron en coro.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Imposible es creer eso! ¡Imposible!

El ama de la casa se había desmayado en brazos de su marido.

—¡Satanás era esa criatura, señor! —me dijo Gusurrandi en su lengua semivascongada.

—No, amigo mío —le contesté—, era su bisabuelo de usted.

Las mujeres se santiguaron de nuevo y echaron a correr. Gusurrandi me consultó acerca de lo que convenía hacer.

—¡Pues nada! —le dije—; tranquilizar a su esposa y darlo todo al olvido.

Al día siguiente me despedí de ellos.

Todas las mujeres de la reunión habían soñado aquella noche que Juan Manuel el curandero, completamente embriagado, les había puesto su aparato a la garganta.

(Escrito en 187...) Madrid, 1900, Bibl. Mignon, tomo IX.





EMILIA PARDO BAZAN

1851-1921

NIETO DEL CID

El anciano Cura del santuario de San Clemente de Boán cenaba sosegadamente, sentado a la mesa, en un rincón de su ancha cocina. La luz del triple mechero del velón señalaba las acentuadas líneas del rostro del Párroco, las espesas cejas canas, el cráneo tonsurado, pero revestido aún de blancos mechones, la piel roja, sanguínea, que en robustas dobleces rebosaba del alzacuello.

Ocupaba el Cura la cabecera de la mesa; en el centro, su sobrino, guapo mozo de veintidós años, despachaba con buen apetito la ración, y al extremo, el criado de labranza, remangada hasta el codo la burda camisa de estopa, hundía la cuchara de palo en un enorme tazón de caldo humeante, y lo trasegaba silenciosamente al estómago.

Servía a todos una moza aldeana, que aprovechaba la ocasión de meter también la cucharada, ya que no en los platos, en las conversaciones.

El servicio se lo permitía, pues no pecaba de complicado, reduciéndose a colocar ante los comensales un mollete de pan gigantesco, a sacar de la alacena vino y platos, a empujar descuidadamente sobre el mantel el tarterón de barro colmado de patatas con unto.

—Señorito Javier —preguntó en una de estas maniobras—: ¿qué oyó de la gavilla que anda por ahí?

—¿De la gavilla, chica? Aguárdate... —contestó el mancebo, alzando su cara animada y morena...— ¿Qué oí yo de la gavilla? No, pues algo me contaron en la feria... Sí, me contaron...

—Dice que al señor abad de Lubrego le robaron barbaridá de cuartos... cien onzas. Estuvieron esperando a que vendiese el centeno de la *tulla* y los bueyes en la feria del quince, y ala que te cojo.

—¿No se defendió?

—¿Y no sabe que es un señor viejecito? Aun para más aquellos días estaba encamado en dolor de huesos.

El Párroco, que hasta entonces había guardado silencio, levantó de pronto los ojos, que bajo sus cejas nevadas resplandecieron como cuentas de azabache, y exclamó:

—¿Qué defenderse ni qué...! En toda su vida supo Lubrego por dónde se agarra una escopeta.

—Es viejo.

—¡Bah!, lo que es por viejo... Sesenta y cinco años cumplo yo para Pentecostés, y sesenta y seis

hará él en Corpus: lo sé de buena tinta; me lo dijo él mismo. De modo que la edad..., lo que es a mí no me ha quitado la puntería, alabado sea Dios.

Asintió calurosamente el sobrino.

—¡Vaya! Y si no que lo digan las perdices de ayer, ¿eh? Me remendó usted la última.

—Y la liebre de hoy, ¿eh, rapaz?

—Y el raposo del domingo —intervino el criado, apartando el hocico de los vapores del caldo—. ¡Cuando el señor abad lo trajo *arrastrando* con una soga, así —y se apretaba el gaznate—, gañía de Dios! Ouú... Ouú...

—Allí está el maldito —murmuró el Cura señalando hacia la puerta, donde se extendía, clavada por las cuatro extremidades, una sanguinolenta piel.

—No comerá más gallinas —agregó la criada, amenazando con el puño aquel despojo.

Esta conversación venatoria devolvió la serenidad a la asamblea, y Javier no pensó en referir lo que sabía de la gavilla. El Cura, después de dar las gracias mascullando latín, se enjuagó con vino, cruzó una pierna sobre otra, encendió un cigarrillo, y alargando a su sobrino un periódico doblado murmuró entre dos chupadas:

—A ver luego qué trae *La Fe*, hombre.

Dió principio Javier a la lectura de un artículo de fondo, y la criada, sin pensar en recoger la mesa, sacó para sí del pote una taza de caldo y sentóse a comerla en un banquillo al lado del hogar. De pron-

to cubrió la voz sonora del lector un aullido recio y prolongado. La criada se quedó con la cuchara enarbolada sin llevarla a la boca, Javier aplicó un segundo el oído y luego prosiguió leyendo, mientras el Cura, indiferente, soltaba bocanadas de humo y despedía de lado frecuentes salivazos. Transcurrieron dos minutos, y un nuevo aullido, al cual siguieron ladridos furiosos, rompió el silencio exterior. Esta vez el lector dejó el periódico, y la criada se levantó tartamudeando:

—Señorito Javier... Señor amo..., señor amo.

—Calla —ordenó Javier. Y de puntillas acercóse a la ventana, bajo la cual parecía que sonaba el alboroto de los perros; mas éste se aquietó de repente.

El Cura, haciendo con la diestra pabellón a la oreja, atendía desde su sitio.

—Tío —siseó Javier.

—Muchacho.

—Los perros callaron; pero juraría que oigo voces.

—Entonces, ¿cómo callaron?

No contestó el mozo, ocupado en quitar la tranca de la ventana con el menor ruido posible. Entreabrió suavemente las maderas, resolvióse a empujar la vidriera. Un gran frío penetró en la habitación; vióse un trozo de cielo negro tachonado de estrellas, y se indicaron en el fondo los vagos contornos de los árboles del bosque, sombríos y amontonados. Casi al mismo tiempo rasgó el aire un silbido agudo, se oyó una detonación, y una bala, rozando la cima del pelo

de Javier, fué a clavarse en la pared de enfrente. Javier cerró por instinto la ventana, y el Cura, abalanzándose a su sobrino, comenzó a palparlo con afán.

—¡Re... condenados! ¿Te tocó, rapaz?

—¡Si aciertan a tirar con munición lobera... me divierten! —pronunció Javier algo inmutado.

—¿Están ahí?

—Detrás de los primeros castaños del soto.

—Pon la tranca... así... Anda volando por la escopeta... las balas... el frasco de la pólvora... Trae también el *Lafuché*... ¿oyes?

Aquí el Párroco tuvo que elevar la voz como si mandase una maniobra militar, porque el desesperado ladrido de los perros resonaba cada vez más fuerte.

—Ahora, ahí, a ladrar... ¿Por qué callarían antes, mal rayo?

—Conocerían a alguno de la gavilla; les silbaría o les hablaría —opinó el gañán, que estaba de pie, empuñando una horquilla de coger el tojo, mientras la criada, acurrucada junto a la lumbre, temblaba con todos sus miembros y de cuando en cuando exhalaba una especie de chillido ratonil.

El Cura, abriendo un ventanillo, practicado en las maderas de la ventana, metió por él el puño y rompió un cristal; en seguida pegó la boca a la abertura, y con voz potente gritó a los perros:

—¡A ellos, Chucho, Morito, Linda...! Chucho, duro en ellos; ahí, ahí..., ánimo. Linda, hazlos pedazos.

Los ladridos se tornaron, de rabiosos, frenéticos; oyóse al pie de la misma ventana ruido de lucha; amenazas sordas, un ¡ay! de dolor, una imprecación, y luego quejas como de animal agonizante.

—¡El pobre Morito... ya no dará más el raposo! —murmuró el gañán.

Entre tanto el Cura, tomando de manos de Javier su escopeta, la cargaba con maña singular.

—A mí déjame con mi escopeta de las perdices, vieja y tronada... Tú entiéndete con el *Lafuché*... ¿Yo esas novedades...? ¡Bah!, estoy por la antigua española. ¿Tienes cartuchos?

—Sí, señor —contestó Javier disponiéndose a cargar la carabina.

—¿Están ya debajo?

—Al pie mismo de la ventana... Puede que estén poniendo las escalas.

—¿Por el portón hay peligro?

—Creo que no. Tienen que saltar la tapia del corral, y los podemos fusilar desde la solana.

—¿Y por la puerta de la bodega?

—Si le plantan fuego... Romper no la rompen.

—Pues vamos a divertirnos un rato... Aguarday, aguarday, amiguitos.

Javier miró a la cara de su tío. Tenía éste las narices dilatadas, la boca sardónica, la punta de la lengua asomando entre los dientes, las mejillas encendidas, los ojuelos brillantes, ni más ni menos que cuando en el monte el perdiguero favorito se paraba se-

ñalando un bando de perdices oculto entre los retamares. Por lo que hace a Javier, horrorizábanle aquellos preparativos de caza humana. En tan supremos instantes, mientras deslizaba en la recámara el proyectil, pensaba que se hallaría mucho más a gusto en los claustros de la Universidad, en el café o en la feria del quince, comprándoles rosquillas y caramelos a las señoritas del Pazo de Valdomar. Volvió a ver en su imaginación la feria, los relucientes ijares de los bueyes, la mansa mirada de las vacas, el triste pe-laje de los rocines, y oyó la fresca voz de Casildiña del Pazo, que le decía, con el arrastrado y mimoso acento del país:

—¡Ay, deme el brazo, por Dios, que aquí no se anda con tanta gente!

Crejó sentir la presión de un bracito... No: era la mano peluda y musculosa del Cura que le impulsaba hacia la ventana.

—A apagar el velón... (hízolo de tres valientes sop-lidos). A empezar la fiesta. Yo cargo, tú disparas...; tú cargas, yo disparo. ¡Eh, Tomasa! —gritó a la criada—; no chilles, que pareces la comadreja... Pon a hervir agua, aceite, vino, cuanto haya... Tú —añadió dirigiéndose al gañán—, a la solana. Si montan a caballo de la muralla, me avisas.

Dijo, y con precaución entreabrió la ventana, dejando sólo un resquicio por donde cupiese el cañón de una escopeta y el ojo avizor de un hombre. Javier se estremeció al sentir el helado ambiente noc-

turno; pero se rehizo presto, pues no pecaba de cobarde, y miró abajo. Un grupo negro hormigueaba: se oía como una deliberación, en voz misteriosa.

—¡Fuego! —le dijo al oído su tío.

—Son veinte o más —respondió Javier.

—¡Y qué! —gruñó el Cura, al mismo tiempo que apartaba a su sobrino con impaciente ademán; y apoyando en el alféizar de la ventana el cañón de la escopeta, disparó.

Hubo un remolino en el grupo, y el Cura se frotó las manos.

—¡Uno cayó patas arriba..., *quoniam!* —murmuró, pronunciando la palabra latina con la cual, desde los tiempos del Seminario, reemplazaba todas las interjecciones que abundan en la lengua española—. Ahora tú, rapaz. Tienen una escala: al primero que suba...

Los dedos de Javier se crisparon sobre su hermosa carabina Lefaucheux, mas al punto se aflojaron.

—Tío —atrevióse a murmurar—, entre éstos hay gente conocida; me acuerdo ahora de lo que decían en la feria. Aseguran que viene el cirujano de Solás, el cohetero de Gunsende, el hermano del médico de Doas. ¿Quiere usted que les hable? Con un poco de dinero puede que se conformen y nos dejen en paz, sin tener que matar gente.

—¡Dinero, dinero! —exclamó roncamente el Cura—. ¿Tú sin duda piensas que en casa hay millones?

—¿Y los fondos del Santuario?

—Son del Santuario, *quoniam*, y antes me dejaré tostar los pies como le hicieron al Cura de Solás el año pasado, que darles un ochavo. Pero mejor será que le agujereen a uno la piel de una vez y no que se la tuesten. ¡Fuego en ellos! Si tienes miedo, iré yo.

—Miedo, no —declaró Javier, y descansó la carabina en el alféizar.

—Lárgales los dos tiros —mandó su tío.

Dos veces apoyó Javier el dedo en el gatillo, y a las dos detonaciones contestó desde abajo formidable clamoreo; no había tenido tiempo el mancebo de recoger la mano, cuando se aplastó en las hojas de la ventana una descarga cerrada, arrancando astillas y destrozándolas; componían su terrible estrépito estallidos diferentes, seco tronar de pistoletazos, sonoro retumbo de carabinas y estampido de trabucos y tercerolas. Javier retrocedió, vacilando; su brazo derecho colgaba; la carabina cayó al suelo.

—¿Qué tienes, rapaz?

—Deben de haberme roto la muñeca —gimió Javier, yendo a sentarse casi exánime en el banco.

El Cura, que cargaba su escopeta, se sintió entonces asido por los faldones del levitón, y a la dudosa luz del fuego del hogar vió un espectro pálido que se arrastraba a sus pies. Era la criada, que silabeaba, con voz apenas inteligible:

—Señor..., señor amo..., ríndase, señor..., por el

alma de quien lo parió... Señor, que nos matan..., que aquí morimos todos...

—¡Suelta, *quoniam!* —profirió el Cura lanzándose a la ventana.

Javier, inutilizado, exhalaba ayes, tratando de atarse con la mano izquierda un pañuelo; la criada no se levantaba, paralizada de terror; pero el Cura, sin hacer caso de aquellos inválidos, abrió rápidamente las maderas y vió una escala apoyada en el muro, y casi tropezó con las cabezas de dos hombres que por ella ascendían. Disparó a boca de jarro y se desprendió el de abajo; alzó luego la escopeta, la blandió por el cañón y de un culatazo echó a rodar al de arriba. Sonaron varios disparos, pero ya el Cura estaba retirado adentro, cargando el arma.

Javier, reanimándose, se le acercó resuelto.

—A este paso, tío, no resiste usted ni un cuarto de hora. Van a entrar por ahí o por el patio. He notado olor a petróleo; quemarán la puerta de la bodega. Yo no puedo disparar. Quisiera servirle a usted de algo.

—Viérteles encima aceite hirviendo con la mano izquierda.

—Voy a sacar la Rabona de la cuadra por el portón, y echar un galope hasta Doas.

—¿Al puesto de la Guardia?

—Al puesto de la Guardia.

—No es tiempo ya. Me encontrarás difunto. Ra-

paz, adiós. Rézame un Padrenuestro y que me digan misas. ¡Entra taco, si quieres!

—¡Haga usted que se rinde..., entreténgalos...! Yo iré por el aire.

La silueta negra del mancebo cubrió un instante el fondo rojo de la pared del hogar, y luego se hundió en las tinieblas de la solana. El tío se encogió de hombros, y, asomándose, descargó una vez más la escopeta a bulto. Luego corrió al lar y descolgó briosamente el pesado pote que, pendiente de larga cadena de hierro, hervía sobre las brasas. Abrió de par en par la ventana, y, sin precaverse ya, alzó el pote y lo volcó de golpe encima de los enemigos. Se oyó un aullido inmenso, y como si aquel rocío abrasador fuese incentivo de la rabia que les causaba tan heroica defensa, todos se arrojaron a la escala, trepando unos sobre los hombros de otros; y a la vez que por las tapias se descolgaban dos o tres hombres y luchaban con el gañán, una masa humana cayó sobre el Cura, que aún resistía a culatazos. Cuando el racimo de hombres se desgranó, pudo verse, a la luz del velón que encendieron, al viejo, tendido en el suelo, maniatado.

Venían los ladrones tiznados de carbón, con barbas postizas, pañuelos liados a la cabeza, sombrerones de anchas alas y otros arreos que les prestaban endiablada catadura. Mandábales un hombre alto, resuelto y lacónico, que en dos segundos hizo cerrar la puerta y amarrar y poner mordazas al cria-

do y a la criada. Uno de sus compañeros le dijo algo en voz baja. El jefe se acercó al Cura vencido.

—¡Eh, señor abad... no se haga el muerto!... Hay ahí un hombre herido por usted y quiere confesión...

Por la escalera interior de la bodega subían pesadamente conduciendo algo; así que llegaron a la cocina vióse que eran cuatro hombres que traían envuelto un cuerpo, dejando en pos charcos de sangre. La cabeza del herido se balanceaba suavemente; sus ojos, que empezaban a vidriarse, parecían de porcelana en su rostro tizado; la boca estaba entreabierta.

—¡Que confesión, ni... —dijo el jefe—. ¡Si ya está dando las boqueadas!

Pero el moribundo, apenas le sentaron en el banco, sosteniéndole la cabeza, hizo un movimiento, y su mirada se reanimó.

—¡Confesión! —clamó en voz alta y clara.

Desataron al Cura y le empujaron al pie del banco. Los labios del herido se movían como recitando el Acto de Contrición; el Cura conoció el estertor de la muerte y distinguió una espuma color de rosa que asomaba a los cantos de la boca. Alzó la mano y pronunció: *Ego te absolvo*, en el momento en que la cabeza del herido caía por última vez sobre el pecho.

—Llévdselo —ordenó el jefe—. Y ahora, diga el señor abad dónde tiene los cuartos.

—No tengo nada que darles a ustedes —respondió con firmeza el Cura.

Sus cejas se fruncían, su tez ya no era rubicunda, sino que mostraba la palidez biliosa de la cólera, y sus manos, lastimadas, estranguladas por los cordones, temblaban con temblaqueteo senil.

—Ya dirá usted otra cosa dentro de diez minutos... Le vamos a freír a usted los dedos en aceite del que usted nos echó. Le vamos a sentar en las brasas. A la una..., a las dos.

El Cura miró alrededor y vió, sobre la mesa donde habían cenado, el cuchillo de partir el pan. Con un salto de tigre se lanzó a asir el arma, y derribando de un puntapié la mesa y el velón, parapetado tras de aquella barricada, comenzó a defenderse a tientas, a oscuras, sin sentir los golpes, sin pensar más que en morir noblemente, mientras a quemarropa le acribillaban a balazos...

El sargento de la Guardia civil de Doas, que llegó al teatro del combate media hora después, cuando aún los salteadores buscaban inútilmente bajo las vigas, entre la hoja de maíz del jergón, y hasta en el Breviario, los cuartos del Cura, me aseguró que el cadáver de éste no tenía forma humana, según quedó de agujereado, magullado y contuso. También me dijo el mismo sargento que desde la muerte del Cura de Boán abundaban las perdices, y me enseñó en la feria a Javier, que no persigue caza alguna, porque es manco de la mano derecha.

(*La dama joven*, 1885.)

DESDE ALLÁ

Don Javier de Campuzano iba acercándose a la muerte, y la veía llegar sin temor; arrepentido de sus culpas, confiaba en la misericordia de Aquel que murió por tenerla de todos los hombres. Sólo una inquietud le acuciaba, algunas noches de esas en que el insomnio fatiga a los viejos. Pensaba que, faltando él, entre sus dos hijos y únicos herederos nacerían disensiones, acerbos pugnas y litigios por cuestión de hacienda. Era don Javier muy acaudalado propietario, muy pudiente señor, pero no ignoraba que las batallas más reñidas por dinero lastaban siempre los ricos. Ciertos amarguísimos recuerdos de la juventud contribuían a acrecentar sus aprensiones. Acordábase de haber pleiteado largo tiempo con su hermano mayor; pleito intrincado, encarnizado, interminable, que empezó entibiando el cariño fraternal y acabó por convertirlo en odio sangriento. El pecado de desear a su hermano toda especie de males, de haberle injuriado y difamado, y hasta —¡tremenda memoria!— de haberle esperado una noche en las umbrías de un robleal con objeto de retarle a espantosa lucha, era el peso que por muchos años tuvo sobre su conciencia don Javier. Con la intención había sido fratricida, y temblaba al imaginar que sus hijos, a quienes amaba tiernamente, llegasen a detestarse por un puñado de oro. La naturaleza había dado a don Javier elocuente ejem-

plo y severa lección: sus dos hijos, varón y hembra, eran mellizos; al reunirles desde su origen en un mismo vientre, al enviarles al mundo a la misma hora, Dios les había mandado imperativamente que se amasen; y herida desde su nacimiento la imaginación de don Javier, sólo cavilaba en que dos gotas de sangre de las mismas venas, cuajadas a un tiempo en un seno de mujer, podían, sin embargo, abortarse hasta el crimen. Para evitar que celos de la ternura paternal engendrasen el odio, don Javier dió a su hijo la carrera militar y le tuvo casi siempre apartado de sí; sólo cuando conoció que la vejez y los achaques le empujaban a la tumba, llamó a José María y permitió que sus cuidados filiales alternasen con los de María Josefa. A fuerza de reflexiones, el viejo había formado un propósito, y empezó a cumplirlo llamando aparte a su hija, en gran secreto, y diciéndola con solemnidad:

—Hija mía, antes que llegue tu hermano tengo que enterarte de algo que te importa. Oyeme bien, y no olvides ni una sola de mis palabras. No necesito afirmar que te quiero mucho; pero, además, tu sexo debe ser protegido de un modo especial y recibir mayor favor. He pensado en mejorarte, sin que nadie te pueda disputar lo que te regalo. Así que yo cierre los ojos..., así que reces un poco por mí..., te irás al cortijo de Guadeluz, y en la sala baja, donde está aquel arcón muy viejo y muy pesado que dicen es gótico, contarás a tu izquierda, desde la puerta, diez

y seis ladrillos —fíjate, diez y seis—, una onza de ladrillos, ¿entiendes?, y levantarás el que hace el diez y siete, que tiene como la señal de una cruz, y algunos más alrededor. Bajo los ladrillos verás una piedra y una argolla; la piedra, recibida con argamasa fuerte. Quitarás la argamasa, desquiciarás la piedra, y aparecerá un escondrijo, y en él, un millón de reales en peluconas y centenes de oro. ¡Son mis ahorros de muchos años! El millón es tuyo, sólo tuyo; a ti te lo dejo en plena propiedad. Y ahora, chitón, y no volvamos a tratar de este asunto. ¡Cuando yo falte...!

María Josefa sonrió dulcemente, agradeció en palabras muy tiernas, y aseguró que deseaba no tener jamás ocasión de recoger el cuantioso legado. Llegó José María aquella misma noche, y ambos hermanos, relevándose por turno, velaron a don Javier, que decaía a ojos vistas. No tardó en presentarse el último trance, la hora suprema, y en medio de las crispaciones de una agonía dolorosa, notó María Josefa que el moribundo apretaba su mano de un modo significativo, y creyó que los ojos, vidriosos ya, sin luz interior, decían claramente a los suyos: "Acuérdate, diez y seis ladrillos... Un millón de reales en peluconas..."

Los primeros días después del entierro se consagraron, naturalmente, al duelo y a las lágrimas, a los pésames y a las efusiones de tristeza. Los dos hermanos, abatidos y con los párpados rojos, cambia-

ban pocas palabras, y ninguna que se refiriese a asuntos de interés. Sin embargo, fué preciso abrir el testamento; hubo que conferenciar con escribanos, apoderados y albaceas, y una noche en que José María y María Josefa se encontraban solos en el vasto salón de recibir, y la luz desfallecida del quinqué hacía, al parecer, visibles las tinieblas, la hermana se aproximó al hermano, le tocó en el hombro, y murmuró tímidamente, en voz muy queda:

—José María, he de decirte una cosa..., una cosa rara..., de papá.

—Di, querida... ¿Una cosa rara?

—Sí, verás... No te admires... *Hay* un millón de reales en monedas de oro, escondido en el cortijo de Guadeluz.

—No, tonta —exclamó sobrecogido y con súbita vehemencia José María—. No has entendido bien. ¡Ni poco ni mucho! Donde está oculto ese millón es en la dehesa de la Corchada.

—¡Por Dios, Joselillo! Pero si papá me lo explicó divinamente, con pelos y señales... Es en la sala baja; hay que contar diez y seis ladrillos a la izquierda, desde la puerta, y al diez y siete está la piedra con argolla, que cubre el tesoro.

—¡Te aseguro que te equivocas, mujer! Papá me dió tales pormenores, que no cabe dudar. En la dehesa, junto al muro del redil viejo, que ya se abandonó, existe una especie de pilón donde bebía el ganado. Detrás hay una arqueta medio arruinada, y al

pie de la arqueta, una losa rota por la esquina. Desencajando esa losa se encuentra un nicho de ladrillo, y en él un millón en peluconas y centenes...

—Hijo del alma, ¡pero si es imposible! Créeme a mí. Cuando papá te llamó estaba ya peor, muy en los últimos; quizás la cabeza suya no andaba firme, ¡pobrecito! Yo tengo sus palabras aquí, esculpidas...

—María —declaró José cogiendo la mano de la joven, después de meditar un instante—, lo cierto es que hay dos depósitos, y sólo así nos entenderemos. Papá me advirtió que me dejaba ese dinero exclusivamente a mí...

—Y a mí que el de Guadeluz era únicamente mío...

—¡Pobre papá! —murmuró conmovido el oficial—. ¡Qué cosa más extraña! Pues... si te parece, lo que debe hacerse es ir a Guadeluz primero y a la Corchada después. Así saldremos de dudas. ¡Qué gracioso sería que no hubiese sino uno!

—Dices bien —confirmó María Josefa triunfante—. Primero adonde yo digo, ¡porque verás como allí está el tesoro!

—Y también porque tuviste el acierto de hablar antes, ¿verdad, chiquilla? Has de saber... que yo no te lo decía porque temía afligirte; podías creer que papá te excluía, que me prefería a mí... ¿qué sé yo? Pensaba sacar el depósito y darte la mitad sin decirte la procedencia. Ahora veo que fuí un tonto.

—No, no; tenías razón —repuso María confusa y apurada—. Soy una parlanchina, una imprudente.

Debió prevenirseme eso... Debí buscar el tesoro y hacer como tú, entregártelo sin decir de dónde venía... ¡Qué falta de pesquis!

—Pues yo deploro que te hayas adelantado —contestó sinceramente José, apretando los finos dedos de su hermana.

De allí a pocos días los mellizos hicieron su excursión a Guadeluz, y encontraron todo puntualmente como lo había anunciado María Josefa. El tesoro se guardaba en un cofrecillo de hierro cerrado; la llave no pareció. Cargaron el cofre, y sin pensar en abrirlo siguieron el viaje a la Corchada, donde al pie de la derruida arqueta hallaron otra caja de hierro también, de igual peso y volumen que la primera. Lleváronse a casa las dos cajas en una sola maleta, encerráronse de noche, y José María, provisto de herramientas de cerrajero, las abrió, o, mejor dicho, forzó y destrozó el cierre. Al saltar las tapas, brillaron las acumuladas monedas, las hermosas onzas y las doblillas, que los dos hermanos, sin contarlas, uniendo ambos raudales, derramaron sobre la mesa, donde se mezclaron como Pactolos que confunden sus aguas maravillosas. De pronto María se estremeció.

—En el fondo de mi caja hay un papel.

—Y otro en la mía —observó el hermano.

—Es letra de papá.

—Letra suya es.

—El tuyo, ¿qué dice?

—Aguarda..., acerca la luz... Dice así: “Hijo mío, si lees esto a solas, te compadezco y te perdono; si lo lees en compañía de tu hermana, salgo del sepulcro para bendecirte...”

—El sentido del mío es idéntico —exclamó, después de un instante, sollozando y riendo a la vez, María Josefa.

Los mellizos soltaron los papeles, y por encima del montón de oro, pisando monedas esparcidas en la alfombra, se tendieron los brazos y estuvieron abrazados buen trecho.

(*Cuentos sacroprofanos*, Madrid, 1899.)





LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

1852-1901

¡ADIÓS, CORDERA!

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera.

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde, tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *ficaras* blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba,



¡Eran tres: siempre los tres! Rosa,
Pinín y la Cordera.

que le recordaba las *jícaras* que había visto en la rectoral de Puaó. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar de prisa, hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprendible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pas-

tos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás, aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

“El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡todo eso estaba tan lejos!”

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió

loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte; corrió por prados ajenos; el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbir de los

insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* de Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La *Cordera*, hasta donde es posible adivinar estas co-

sas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir a la gramática, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡ Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación*, y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las

ambres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

* * *

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obli-

gado, para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la *case-
ría* que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel
pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el amor de sus
hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la
Cordera en casa. El establo y la cama del matrimo-
nio estaban pared por medio, llamando pared a un
tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La
Chinta, musa de la economía en aquel hogar mise-
rable, había muerto mirando a la vaca por un bo-
quete del destrozado tabique de ramaje, señalándo-
la como salvación de la familia.

—Cuidadla; es vuestro sustento —parecían decir
los ojos de la pobre moribunda, que murió extenua-
da de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en
la *Cordera*; el regazo, que tiene su cariño especial,
que el padre no puede reemplazar, estaba al calor
de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera
confusamente. De la venta necesaria no había que
decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al
ser de día, de mal humor Antón, echó a andar ha-
cia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más
atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dor-
mían. Otros días había que despertarlos a azotes.
El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se en-
contraron sin la *Cordera*.

—Sin duda, *mío pá* la había llevado al *xatu*.

No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban:

que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad.

—No se dirá —pensaba— que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale.

Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, to-

davía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera*; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madre selvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.



Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas del desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los

contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puaó, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

—¡ Se iba la vieja! —pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

Ella ser, era una bestia; pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela.

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre su *specie aeternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del

dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz. Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos y entró en el *corral* obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡ Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pa-memes!*

Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas. Caía la noche; por la calleja obscura que ha-

cian casi negros los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tintón* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera*! —gritaba Rosa deshecha en llanto—. ¡Adiós, *Cordera* de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera*! —repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós —contestó, por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...



Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera*! —gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera*! —vociferó Pinín con la mis-

ma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indianos.

—¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, *Cordera!*

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones...

—¡Adiós, *Cordera!*...

—¡Adiós, *Cordera!*...



Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores: su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida en las ruedas, pudo ver un instante

en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana: casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mío* alma!...

“Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas.”

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, *Cordera!*

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del

telégrafo. ¡Oh!, bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, *Cordera*!

(*El Señor y lo demás, son cuentos*, Madrid, 1892).





JOSE MARTI

(Cubano, 1853-1895.)

UN CUENTO DE ELEFANTES

Partidas enteras de gente europea están por Africa cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que les chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, y en calcular cuándo llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa en medio de los bosques, y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las pa-

tas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fué larga: los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas: los europeos, escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles: las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo: los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió en seguida y vino mugiendo; alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre; con la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal: no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del

cazador, y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se le agarró, en el miedo de la muerte, de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre adentro y no hace más que magullarle las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca su cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces, y la vacía sobre la herida, la echa con fuerza que le aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a la honda el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla, y se derrumba.

(Cuentos de elefantes. La Edad de Oro. Número IV; 1889.)



ARMANDO PALACIO VALDES

1853

POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los

árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto —decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque), parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gri-

tos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: "¿Se lo habrá merendado ya?" Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro, vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con

la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. "¡Gaspar!" El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena: "¿Qué quiere usted, tío?", y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas

que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños, no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban por él. (Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, a él se consagraban, en menoscabo de los demás.) ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las del Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le ha-

bía dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa:

—Mira, Muley —dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos

miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo —repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! —dijo el Coronel sonriendo ferozmente—. ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? —volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere —dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho..., porque es el único que me quiere en el mundo —gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo? —preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? —gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

(*Aguas fuertes*, Madrid, 1884.)





MARIANO DE CAVIA

1855-1920

LAS DOS MÚLTAS

I

Muel es un pueblo de *moriegos* —como se llamaba en Aragón a los moriscos— situado entre Zaragoza y Cariñena.

Guárdase en él todavía, si bien con mucho menos esmero y pulcritud que en el pueblo valenciano de Manises, la tradición de una de las artes más características de la España musulmana, cual es la construcción de la loza con reflejos metálicos.

Y guárdase también otra tradición de igual abolengo (¡ésta sí que se guarda con verdadero tesón y amor constante!), que vemos igualmente guardada en las nueve décimas partes del resto de la España actual, cual es la típica y genuina tradición de la *alcaldada*.

No son los de Muel alcaldes de monterilla —por la natural razón de no estar muy en uso por aquellas latitudes semejante “artefacto”—; pero la

manta moruna en que se envuelve el cuerpo y el ancho cachirulo con que se ciñe la cabeza, recuerdan con harta más viveza y exactitud que las prendas de vestir usadas en otros lugares, el alquicel y el turbante del *alcadí* de otros tiempos, padre y modelo del alcalde de nuestros días.

Bien puede ocurrir, puesto que no hay cuento ni chascarrillo al cual no le saquen los eruditos la punta de su estirpe, buscándosela allá en los remotos tiempos de la India, la Persia y la China, que el cuento de *Las dos multas* sea un "sucedido" real y efectivo, ya que no en épocas y regiones tan lejanas, al menos en los días en que Alfonso *el Batallador* se aprestaba a poner la férrea mano sobre aquellas comarcas; pero como yo no he oído atribuir el lance a ningún Abdallá ni a ningún Muley de los que mandaran en Muel "por aquel entonces", sino al tío Goticaceite, que imperaba allá por los primeros años del reinado de Isabel II (de *felice* memoria), claro está que al tío Goticaceite me he de referir.

—¿Quién era el tío Goticaceite?

—¡El hombre más agudo de Muel —respondían en el acto sus admiradores, cuando oían tal pregunta.

A lo cual replicaban otros, menos admiradores del tío Goticaceite:

—Miá tú que como agudo... ¡Tamién es agudo el tío Mostillo!

Y sobre cuál lo era más o lo era menos se armaban discusiones y disputas, que dejaban tamañitas las del *omousios* y el *omoiusios* de los teólogos de Bizancio.

Mientras tanto, el tío Goticaceite y el tío Mostillo eran los mejores amigos, no digo del mundo, sino de Muel... ¡que vale más!

El tío Mostillo era el juez de paz; y el tío Goticaceite, alcalde.

Júpiter y César compartiendo el mando.

II

Y ocurrió una tarde, “entre clara y entre yema”, que ambos tíos —o si se quiere deidades— estaban en la Casa Consistorial de Muel, acompañados de tres compinches de la misma laya, trazando honradamente el plan... de una merienda.

—¿Amos a juála al guiñote? —dijo el tío Mostillo.

(*Juála* es el equivalente mudéjar de “jugarla”.)

—Pa ese viaje —respondió el tío Goticaceite— no se necesitan alforjas. Lo que es a mí, no me hacen bondá las alifaras, si no son a cuenta de otri.

—¿De otri?

—De otri.

—¿Y de ánde vas a sacar las cuadernas?

—¡Aura lo verís! —dijo con majestuosa entonación aquel Agrajes municipal y aragonés.

—Tú, Sopleta —añadió dirigiéndose al secretario del Ayuntamiento, que también era de la partida—, ¿cómo está ese fondo de multas?

—Medianicamente.

—¿A cuánto llegará?

—A ocho riales, y eso en chavos.

—¡Muchos que me diás, Sopleta! Pero a lo que estamos, maños. ¿Como cuánto más hará falta pa el corderico, las olivicas, el queso y el pan?

—De un duro no baja.

—Pus ¡voy a por el duro!

Y diciendo y haciendo, *arreó pa delante* el tío Goticaceite, seguido del tío Pachón, alguacil, sacristán y “voz pública” de Muel.

Momentos después hallábanse ambos en la plaza, olfateando la pieza, cuando vino de una callejuela inmediata este grito que alegró el corazón de Goticaceite:

—¡Miel, a la rica miel! ¡Miel, a la güena, güena miel!

—Tío güeno —dijo el alcalde al serrano, a tiempo que éste desembocaba en la plaza—, ¿me la quiusté enseñar?

—¡Y que va usted a enamorarse de ella! —respondió el melero, levantando el lienzo que cubría la cántara.

—¡Rediós! —exclamó Goticaceite, haciendo un gesto de asco—. ¡Esa miel tiene viruelas!

—¿Viruelas?

—Sí, hombre, sí; y si no, ¿qué concho son esos punticos negros?

—Moscas.

—¿Cómo moscas?...

—Moscas, sí, señor; porque ya sabusté que las moscas...

—¡Alto a la reina, rediós! ¡Gorrino, más que gorrino! ¿Cómo satrevusté a venir a vender a los de Muel esa cochinateda?

—Pero...

—A ver, tío Pachón, ¿cuántas moscas trái la miel?

—Una, dos, tres, cuatro, seis, nueve, doce, quince..., ¡veinte justicas!

—Pus a rial por mosca, son veinte riales de multa. ¡A pagála u a la cárcel.

Y el melero, después de nuevas protestas suyas y nuevas amenazas del alcalde, no tuvo más remedio que aflojar el duro, con el cual penetraba triunfante a los pocos minutos el tío Goticaceite en la Casa Consistorial de Muel.

III

—Tanto pa el corderico... Tanto pa las olivicas... Tanto pa el queso... Tanto pa el pan... ¡La cuenta está justa! —decía el bueno del Alcalde.

—Y el vino, ¿ánde lo pones? —preguntó el socarrón del Juez de paz.

—¡Otra! Pus el tío Mostillo tié razón...

—Lo que es a por la miaja de la bebia no imos dir al charco...

—Ni a la fuente...

El tío Goticaceite cortó todas estas exclamaciones, diciendo amostazado:

—¡Aún querís que vaya y le saque otro duro al tío de la miel!

—No; porque el que va a sacárselo, soy yo.

—¿Tú, Mostillo?

—¡Yo!

—¡Aura lo verís! —dijo el rival de Goticaceite en mañas y agudezas, tomando el portante en el acto, y seguido, como el otro, por el indispensable tío Pachón.

—¡Miel, a la rica miel! ¡Miel, a la güena, güena miel! —seguía gritando el serrano en la plaza, no sin dejar traslucir en su acento la rabia que el lance ya narrado le había producido.

—¿Se pué ver, tío güeno? —preguntó el juez de paz.



Destapó el hombre la cántara, y el tío Mosti-
llo empezó a mirar y remirar la miel, haciendo ges-
tos de extrañeza.

—¿Qué es lo que busca usted?

—¡Qué he de buscar! ¡Las moscas!

—¿Las moscas?

—Sí, hombre, sí; paice usted el tonto de Lum-
piaque... ¿Cómo es que esta miel no tié moscas?
¿No sabusté que miel sin moscas es miel de men-
tiricas?

—Sí, señor; pero como el señor alcalde mi ha
mandau quitar las moscas que traía mi miel...

—¡Eso no pué ser! Y por faltar a la autoridá
con calumnias, a más de venir a engañar a los de
Muel con miel mala, va usted a pagar aura mismi-
co veinte riales de multa.

—Pero...

—¡A pagálos, redíos! ¡A pagálos, u a la cárcel!

Y excusado es decir que las autoridades de Muel
remojaron "el corderico", "el queso" y "las oli-
vicas", con líquido que no se trajo del charco ni
de la *juente*, sino de la famosa y acreditada taber-
na de la señá Agustina, vulgarmente llamada *la*
Barrigona.

(*Cuentos en guerrilla*. Sin año [1896].)



JOSE NOGALES

1856-1908

LAS TRES COSAS DEL TÍO JUAN

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derretiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara a las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para eso no había otro obispo sino tío Juan *el Plantao*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria, y recelaba que el tío

Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus sies o susnoes así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez: "¿Qué trae ése por aquí?" Y para los que le conocían el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus querereres y tonteos. Si quieres decírselo, anda; y lo que saques a mi padre del buche eso será, porque yo también soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar a la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra, que tendía sus sarmientos como cuerdas secas, y después por el angosto corral atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manajo de telarañas en el *bombín*, y tragando saliva entró en la oscura pieza.

—¡Tío Juan; eh, tío Juan...!

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en man-

gas de camisa, despechugado, con una pelambre de pecho que parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; y sudando, como estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura usted a lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; a tomar un parecer.

—Pues no es lo mismo. Pero, anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas conforme son. Y como me parece a mí que yo también le tiro una migaja, venía, porque es razón, a decirle qué le parece a usted de este tiraero, que va por buen fin y por derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fué a buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el *Dominus vobiscum* se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un no. Así es que, antes de soltar uno u otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradores y que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno, quedóse tío Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey, que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento a eso, digo que me parece a mí que la mujer se hizo para el hombre y el hombre para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse a la manquera para que el surco salga bien hecho y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas haré yo, con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tío Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavía me había de parecer mandato ligero, según lo encalabrinado y emperrado que estoy con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de ijares que me quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer, véalo yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el día de mi santo por la mañana, y esto

ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser a lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima, si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailándole los ojos en una ráfaga de alegría loca y dando al viento como romántica pluma aquel jirón de telarañas que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás qué labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!



“La del alba sería” cuando Apolinar acudió solicitamente a su corral sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio del mal de ija-res, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por

aquel día la primera condición y no sabiendo qué hacer a tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fuese con los cavadores a su majuelo a *matar el tiempo* hasta que el estómago le avisase. Al llegar a la viña, dijo a los jornaleros:

—Vamos a ver, muchachos: un cuartillo de vino hay para quien sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro o cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color de cereza que subía por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar...,

y no os compadezcáis de mí si veis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea a la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto a sus brazos. Al ponerse el sol, no presentaba aquella cara burlesca, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar de mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues, vamos, hombre; hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio; él, que lo suyo es mejor; yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega a la rodilla; el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: “¡Todo es tuyo; regocijate, o no eres hombre!”

Y se regocijó honradamente, paternalmente, co-

mo si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el casino y las cartas y quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habían esquilado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso:

—Dale a un trabajador carne y vino; a otro, papas y tomates. Eso es la tierra: un trabajador. Según le echas, así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor a la tierra, el amor a lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota, crece y se reproduce.

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito, usted me hace un hombre. Voy a echarme al campo como una fiera.

—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras a cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fui. Ya soy otro. Me duelen los pies..., zapatos de vaca... Me duele la cabeza..., tiraré este apestoso bombín y compraré un sombrero de esos fuertes, como si

los hicieran de cerdas de cochino. No más vestidos de Carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale usted a Dios que allá, por la primavera, pueda yo comer hierba sin doblar los corvejones.

No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba... y en medio de sus dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, a cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida. Y como a la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su deber y compromiso, volvió a ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras otro se fué curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro.

—Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!

Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jorna-

les. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados con su ejemplo.

Pasó el invierno y el sol primaveral vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas purísimos; los trigos azuleaban, los cebadales se mecían orgullosamente a compás del viento; las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras hojas, tendían al sol una espléndida gasa de oro verde... y los viñedos extendían sobre la rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor temprano del cierno se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba; el día temido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el canticio de los gallos sonaron las campanas de la torre con un repique de gloria, de alegría, como voces de un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer a su padre de que, al menos aquel día, debiera pasarlo con la chaqueta puesta.

—Me ajogaría.

Y por parecerle esta razón de suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpísima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la crespá pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar, ya estaban allí el primo Clímaco, la hermana

Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, atraídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Que los tenga usted muy felices, tío Juan y la compañía.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mismo digo.

—Vaya, aquí tiene usted la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y sin pedir permiso, fuese a la cuadra y trajo un brazado de amapolas, que tiró al suelo.

—Tío Juan, eche usted cuenta.

Y más ágil que un pájaro, doblóse y pescó un manojo de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si usted quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trin-carla.

—Lucía, coge el ascua más grande que haya en la hornilla: hala, ya está. Tío Juan, encienda usted su cigarro, y si quiere liar otro, por mí no hay apuro: que ni me meneo, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Como que tengo aquí un callo que parece una onza de oro!

—Ya está. Ahora... justo, las tres cosas. Ahora, tú Lucía, abraza a este bruto.

El bruto no esperó a Lucía: él la abrazó con toda su fuerza.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para ti, cernícalo. Y dale gracias al gallo que te curó; porque ni yo tengo dolor de ijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?...

—No seas borrico —dijo Lucía—. Padre quería que madrugases; si no madrugas, no me abrazas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabéis lo que soñé esta noche? —dijo el tío Juan—. Pues que yo era el Padre Eterno, y esta mi cordera era la España, y yo se la daba a una gente nueva, recién venía no sé de aónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azaón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza; dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá, en lo alto, al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

(Publicado en *El Liberal*, de Madrid, en 1900).



FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

1859-1905

ÉGLOGA

“¡Láaa..., láaa..., láaa!” Desde hacía siglos los ecos aletargados entre las frondas de aquellas alamedas que Garcilaso pintó, no despertaban oyendo una canción tan dulce y llorona. El ruiseñor que en los anocheceres punteaba sus falsetas junto a los derruidos palacios de Galiana, atendió sobresaltado; los silbadores mirlos comprendieron que aquel canto no era cosa de su tierra, y el gran músico ignoto que armoniza el gemido de la cantuégana en la noria o en la azuda con el croar de las ranas y con el manso bullir del agua en los atalaques, suspendió por un momento su himno de creación, que lo es por serlo de corrupción primeramente. “¡Láaa..., láaa..., láaa!”, repetía el quejido. La voz era caliente y honda; la modulación, lenta; desconocidas las palabras, que en la anchurosidad del valle se perdían.

El arreador de una huerta lindera con la del Rey, conoció quién era el cantor, y no teniendo persona a su alcance, comunicó la noticia a la mula ciega que tiraba del carrillo y hacía rechinar la rueda de puntos:

—Es *Xan el Maestrín*, el gallego enamorado.

La mula oyó esta declaración y sin hacer de ella mérito prosiguió cumpliendo su deber sagrado, pisando sus huellas, que rehundían el andel constantemente, trazando círculos fatales, idénticos, para mover todo el artilugio de la azuda.

Xan el Maestrín vino a tierra de Toledo como segador de cabeza o “primera hoz” en la cuadrilla de Rouco. Era de Fontao, entre Pastoriza y Bretoña: guapo mozo que, atento a su faena, no se afeitaba desde que salió de la tierra, y para Santiago lucía rizada barba rubia que casaba muy bien con el color de maíz tostado de sus mejillas. Para San Bartolomé, la barba le llegaba a la mitad del pecho: era una cascada de oro al sol y sobre ella blanqueaba una sonrisa halaguera, que a mozas y casadas del contorno hacía tirlín. Cuando a primeros de septiembre los segadores del Rouco ajustaron cuentas, quedáronle en limpio a *Xan* sesenta y cinco duros: preso de amores se hallaba ya como su paisano Macías. No subió al tren con los demás segadores, ni siguió a los que volvían a sus lares un pie tras otro. Se rezagó de todos ellos y tras mucho pensarlo y comedirlo, resolvió pa-

sar el invierno recuestando blandamente a la hortelana del Tajo.

Como el sobrenombre denunciaba, Xan era maestro de primeras letras: poseía el grado elemental, y el bizarro y suntuoso rasgueo de la letra cursiva y de la bastarda española era tan familiar para su diestra como el temple y manejo de la hoz. Espíritu amante de la simetría, su existencia se sujetaba obediente al desarrollo de unas cuantas líneas paralelas: eran los "caídos" de la pauta en la escritura, como las hondas rayas de los surcos en la siega, líneas misteriosas que planeaban su vida intelectual de maestro y su vida hercúlea y material de segador. El paralelismo le parecía el más amable y natural entre todos los sistemas de relacionar líneas con líneas; porque el alma del *Maestrín* era dulce y melosa, indulgente en sus inclinaciones, firme en sus quereres, y pensaba él que no habría cosa tan gustosa y regalada en el planeta como el marchar parejo con otro ser por el largo camino del vivir, amándose cual amarse deben las dos orillas de un río que eternamente se contemplan benévolas y en el buen tiempo se lanzan gratas sonrisas de verdor que el espejo del agua comunica.

Buscando, buscando, pues, su paralela, Xan *el Maestrín* creyó encontrarla no lejos de la famosa huerta del Rey, al pie de los famosísimos cigarrales. Era una mocita por quien debió cantarse una

tonada como la arcaica villanesca de "la criada del cura", que aún recuerdan los setentones toledanos:

"Miralá,
Miralá,
qué serenita va..."

Serena, tiesa, espigada, el semblante inmóvil, solemne, como de virgen en altar; callada la boca, parlantes los ojos, tercamente negados a toda admiración; con todo y por todo esto, sana y apetecible; dotada, sin saberlo, del seco, agridulce, penetrante aroma del membrillo, que perfuma los baúles y las arcas y alborota las pasiones.

Xan *el Maestrín* era poeta: cantaba requiebros largos y sentimentales en castellano almibarado con dejos gallegos, y arpeaba en la vihuela muy despacio resabios de la gaita lejana. A Xan le parecían hermosos los árboles, y le acontecía quedarse embobado oyendo el cantar de los álamos blancos al viento, o suspendido y absorto mirando al anochecer el cárdeno contorno de la ciudad, "peñascosa pesadumbre", como dijo el Otro.

Estas boberías eran cosa risible para la muchacha, que no había mirado jamás al cielo, ni pensado nunca en que los álamos cantasen. ¡Pa chasco! Pero Xan reanudaba la canción con más brío: contaba historias de la luna, de los cipreses nocturnos, de duendes, fantasmas y aparecidos.

—Enredos para engatusar a los muchachos —pensaba ella.

Y *el Maestrín* paladeaba gozoso la incredulidad de la mujer amada. Bueno era que no creyese aquellas mentiras; ya llegaría la hora de las verdades.

Se engañaba el desventurado. La muchacha no podía querer a un hombre de otra tierra, de extraño acento. Las barbas le caían bien, pero ¿cuándo había sucedido casarse hortelana o cigarralera con novio barbado? Luego *Xan el Maestrín* no trabajaba. Cierto que guardó algunos cuartos de la siega; pero ¿y qué? No sabía volver las tornas, no sabía apañar un arte, ni apisonar y nivelar un alcornoque, ni sacar patatas, ni siquiera arrear la mula, porque lo hacía con tanto mimo y en tono tan dulzón y soñoliento, que el pobre animal se quedaba dormido en el andel. No era hombre de arado ni de azadón y claro estaba que no iba a vivir de escribirles cartas y sobres muy historiados a los parientes de los patateros y meloneros de la vega. Cantar y tocar sí que lo hacía bien: pero ¿de qué servía una música a cuyo són no era posible bailar? Sin conocerlo había caído *el Maestrín* en lo mismo que anhelaba; él miraba a ella y ella le miraba a él como se miran las dos riberas del río. No se juntarían jamás. Por eso, con gran escándalo del ruseñor y con extrañeza del mirlo, sonaba melancólico el ¡Láaa! ¡Láaa! por entre las frondas.

Y ya en el camino de su perdición amorosa, *Xan el Maestrín* creyó resolver el problema, y lo hizo de la manera menos acertada. ¿Para qué entendía él de letra?, pensó una vez; y cavilando que en todos los cigarrales y huertas de los alrededores no había maestro ni escuela comenzó, con gran éxito y fortuna, la áspera tarea de desasnar a los chicos de aquellos lugares, cobrando en cada casa diez o doce reales y en la que más un duro al mes, por tan bienhechora tarea.

—¡Lo que discurren los hombres para no trabajar! —dijeron algunos y algunas—. Pero *el Maestrín*, cuya ciencia no pasaba de la tabla de dividir, ni de la historia de Faraón y su primer ministro, no tardó en tener una clientela numerosa.

De huerta en huerta y de cigarral en cigarral, se le veía cargado con unas alforjas, donde llevaba los menesteres de la ciencia: papel, tintero, plumas, pizarra, catecismos y catones. Muchos le despreciaban, según es uso y costumbre hacer con todo trabajador trashumante, ya sea barbero, esquilador, lañero, recobero, o cosa por el orden; pero *Xan* era bueno; leía guapamente, plumeaba mejor que el más pintado escribano y sacaba cuentas como un gerifalte. Era, además, paciente y considerado, y en los ratos de vagar contaba inútiles pero bonitas patrañas.

Pero el amor sirve para todo menos para maestro de primeras letras. Desde que empezó a des-

casnar muchachos, la hortelanilla le volvió decididamente la espalda. Se había convencido de que Xan era un hombre inepto, un pamplinero, un embaucador. No le hizo caso ya en la vida y se casó con el mozo más bruto que ha arreado mulas por el camino de Illescas.

Esto pasó hace muchos años. No hace tantos vi al *Maestrín*. Le reconocí en el láaa..., láaa..., que iba cantando, con acento de infinita y honda tristeza, por una de las veredas que conducen a la Sisle. Estaba muy cambiado: se había quitado la barba, y al faltarle aquel marco de oro que antaño le ennoblecía el semblante, las facciones recobraban su tosquedad primitiva. El andar ya no era gallardo y suelto; la espalda se le había corcovado de sentarse en sillas bajas para dar lección de cartilla a los rapacejos. Xan *el Maestrín* ya no inspiraba desprecio, sino compasión. Seguía en su pobre tráfico de letras, malviviendo, cobrando tarde, mal y nunca; pero no podía arrancarse del sitio. Ya rara vez le atacaba un ramalazo de morriña. Me hablaba de esto, según íbamos bajando de los cigarrales a la huerta del Rey. Le pregunté por sus amores.

—Allá voy —me dijo sonriendo y lagrimeando.

Le seguí hasta la huerta de su amada. Robusta y tranquila, como una Ceres de mármol rubio, la bella mujer, sentada en un poyo, desgranaba mazorcas para cebar los capones. Al llegar Xan *el*

Maestrín, el perrillo alzó las orejas y latió alegremente; tres chicuelos, el mayor de unos diez años, acudieron de mala gana al llamamiento del deber. La sosegada madre sonrió y alargó una silleta. Sentóse Xan, acucláronse los muchachos y comenzó la lección.

De vez en cuando *el Maestrín* alzaba la vista del libro: la matrona le contemplaba, condescendiente, dejando que los ojos de él le acariciasen el cuello, dorado a fuego de sol y de brasa. Enfrente, las dos orillas del manso río se miraban amorosas, con un amor de centenares de siglos, y no se atrevían a besarse.





MIGUEL DE UNAMUNO

1864

JUAN MANSO

Cuento de muertos.

Y va de cuento.

Era Juan Manso en esta pícara tierra un bendito de Dios, un mosquita muerta que en su vida rompió un plato. De niño, cuando jugaban al burro sus compañeros, de burro hacía él; más tarde fué el confidente de los amoríos de sus camaradas, y cuando llegó a hombre hecho y derecho le saludaban sus conocidos con un cariñoso: ¡Adiós, Juanito!

Su máxima suprema fué siempre la del chino: no comprometerse y arrimarse al sol que más calienta.

Aborrecía la política, odiaba los negocios, repugnaba todo lo que pudiera turbar la calma chicha de su espíritu.

Vivía de unas rentillas, consumiéndolas íntegras

y conservando entero el capital. Era bastante devoto, no llevaba la contraria a nadie y como pensaba mal de todo el mundo, de todos hablaba bien.

Si le hablabas de política, decía:

—Yo no soy nada; ni fu ni fa; lo mismo me da Rey que Roque: soy un pobre pecador que quiere vivir en paz con todo el mundo.

No le valió, sin embargo, su mansedumbre y al cabo se murió, que fué el único acto comprometedor que efectuó en su vida.

* * *

Un ángel armado de flamígero espadón hacía el apartado de las almas, fijándose en el señuelo con que las marcaban en un registro o aduana por donde tenían que pasar al salir del mundo y donde, a modo de mesa electoral, ángeles y demonios, en amor y compañía, escudriñaban los papeles por si venían en regla.

La entrada al registro parecía taquilla de expendedoría en día de corrido mayor. Era tal el remolino de gente, tantos los empellones, tanta la prisa que tenían todos por conocer su destino eterno y tal el barullo que imprecaciones, ruegos, denuestos y disculpas en las mil y una lenguas, dialectos y jergas del mundo armaban, que Juan Manso se dijo:

—¿Quién me manda meterme en líos? Aquí debe de haber hombres muy brutos.

Esto lo dijo para el cuello de su camisa, no fuera que se lo oyesen.

El caso es que el ángel del flamígero espadón maldito el caso que hizo de él, y así pudo colarse camino de la Gloria.

Iba solo y pian pianito. De vez en vez pasaban alegres grupos, cantando letanías y bailando a más y mejor algunos, cosa que le pareció poco decente en futuros bienaventurados.

Cuando llegó al alto se encontró con una larga cola de gente a lo largo de las tapias del Paraíso, y unos cuantos ángeles que, cual *guindillas* en la tierra, velaban por el orden.

Colócase Juan Manso a la cola de la cola. A poco llegó un humilde franciscano, y tal maña se dió, tan conmovedoras razones adujo sobre la prisa que le corría por entrar cuanto antes, que nuestro Juan Manso le cedió su puesto, diciéndose:

—Bueno es hacerse amigos hasta en la Gloria eterna.

El que vino después, que ya no era franciscano, no quiso ser menos, y sucedió lo mismo.

En resolución, no hubo alma piadosa que no birlara el puesto a Juan Manso, la fama de cuya mansedumbre corrió por toda la cola y se transmitió como tradición flotante sobre el continuo fluír de gente por ella. Y Juan Manso, esclavo de su buena fama.

Así pasaron siglos al parecer de Juan Manso,

que no menos tiempo era preciso para que el correrito empezara a perder la paciencia. Topó por fin cierto día con un santo y sabio obispo, que resultó ser tataranieto de un hermano de Manso. Expuso éste sus quejas a su tatarasobrino y el santo y sabio obispo le ofreció interceder por él junto al Eterno Padre, promesa en cuyo cambio cedió Juan su puesto al obispo santo y sabio.

Entró éste en la Gloria y, como era de rigor, fué derecho a ofrecer sus respetos al Padre Eterno. Cuando hubo rematado el discursillo, que oyó el Omnipotente distraído, dijole éste:

—¿No traes postdata? —mientras le sondeaba el corazón con su mirada.

—Señor, permitidme que interceda por uno de sus siervos que allá, a la cola de la cola...

—Basta de retóricas —dijo el Señor con voz de trueno—. ¿Juan Manso?

—El mismo, Señor; Juan Manso que...

—¡Bueno, bueno! Con su pan se lo coma, y tú no vuelvas a meterte en camisa de once varas.

Y volviéndose al ángel introductor de almas, añadió:

—¡Que pase otro!

Si hubiera algo capaz de turbar la alegría inseparable de un bienaventurado, diríamos que se turbó la del santo y sabio obispo. Pero, por lo menos, movido de piedad, acercóse a las tapias de la Glo-

ria, junto a las cuales se extendía la cola, trepó a aquéllas, y llamando a Juan Manso, le dijo:

—¡Tataratío, cómo lo siento! ¡Cómo lo siento, hijito mío! El Señor me ha dicho que te lo comas con tu pan y que no vuelva a meterme en camisa de once varas. Pero... ¿sigues todavía en la cola de la cola? Ea, ¡hijito mío!, ármate de valor y no vuelvas a ceder tu puesto.

—¡A buena hora, mangas verdes! —exclamó Juan Manso, derramando lagrimones como garbanzos.

Era tarde, porque pesaba sobre él la tradición fatal y ni le pedían ya el puesto, sino que se lo tomaban.

Con las orejas gachas abandonó la cola y empezó a recorrer las soledades y baldíos de ultratumba, hasta que topó con un camino donde iba mucha gente, cabizbajos todos. Siguió sus pasos y se halló a las puertas del Purgatorio.

—Aquí será más fácil entrar —se dijo—, y una vez dentro y purificado me expedirán directamente al cielo.

—Eh, amigo, ¿adónde va?

Volvióse Juan Manso y hallóse cara a cara con un ángel, cubierto con una gorrita de borla, con una pluma de escribir en la oreja, y que le miraba por encima de las gafas. Después que le hubo examinado de alto a bajo, le hizo dar vuelta, frunció el entrecejo y le dijo:

—¡Hum, *malorum causa!* Eres gris hasta los tué-

tanos... Temo meterte en nuestra lejía, no sea que te derritas. Mejor harás ir al Limbo.

—¡Al Limbo!

Por primera vez se indignó Juan Manso al oír esto, pues no hay varón tan paciente y sufrido que aguante el que un ángel le trate de tonto de capirote.

Desesperado tomó camino del Infierno. No había en éste cola ni cosa que lo valga. Era un ancho portalón de donde salían bocanadas de humo espeso y negro y un estrépito infernal. En la puerta un pobre diablo tocaba un organillo y se desgañaba gritando:

—Pasen ustedes, señores, pasen... Aquí verán ustedes la comedia humana... Aquí entra el que quiere...

Juan Manso cerró los ojos.

—¡Eh, mocito, alto! —le gritó el pobre diablo.

—¿No dices que entra el que quiere?

—Sí, pero ya ves —dijo el pobre diablo poniéndose serio y acariciándose el rabo—, aún nos queda una chispita de conciencia... y la verdad... tú...

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo Juan Manso volviéndose porque no podía aguantar el humo.

Y oyó que el diablo decía para su capote:

—¡Pobrecillo!

—¡Pobrecillo! Hasta el diablo me compadece.

Desesperado, loco, empezó a recorrer, como tapón de corcho en medio del Océano, los inmensos

baldíos de ultratumba, cruzándose de cuando en cuando con el alma de Garibay.

Un día que atraído por el apetitoso olorcillo que salía de la Gloria se acercó a las tapias de ésta a oler lo que guisaban dentro, vió que el Señor, a eso de la caída de la tarde, salía a tomar el fresco por los jardines del Paraíso. Le esperó junto a la tapia, y cuando vió su augusta cabeza, abrió sus brazos en ademán suplicante y con tono un tanto despechado le dijo:

—¡ Señor, Señor! ¿ No prometiste a los mansos vuestro reino?

—Sí; pero a los que embisten, no a los embodados.

Y le volvió la espalda.

• • •

Una antiquísima tradición cuenta que el Señor, compadecido de Juan Manso, le permitió volver a este pícaro mundo; que de nuevo en él, empezó a embestir a diestro y siniestro con toda la intención de un pobrecito infeliz; que muerto de segunda vez atropelló la famosa cola y se coló de rondón en el Paraíso.

Y que en él no cesa de repetir:

—¡ Milicia es la vida del hombre sobre la tierra!

(*El Espejo de la Muerte*, Madrid, 1913.)



VICENTE BLASCO IBAÑEZ

1867

LOBOS DE MAR

Retirado de los *negocios* después de cuarenta años de navegación con toda clase de riesgos y aventuras, el capitán Llovet era el vecino más importante del Cabañal, una población de casas blancas de un solo piso, de calles anchas, rectas y ardientes de sol, semejante a una pequeña ciudad americana.

La gente de Valencia que veraneaba allí, miraba con curiosidad al viejo lobo de mar, sentado en un gran sillón bajo el toldo de listada lona que sombreaba la puerta de su casa. Cuarenta años pasados a la intemperie, en la cubierta de su buque, sufriendo la lluvia y los rociones del oleaje, le habían infiltrado la humedad hasta los mismos huesos, y esclavo del reuma, permanecía los más de los días inmóvil en su sillón, prorrumpiendo en quejidos y juramentos cada vez que se ponía en pie. Alto, musculoso, con el vientre hinchado y

caído sobre las piernas, la cara bronceada por el sol y cuidadosamente afeitada, el capitán parecía un cura en vacaciones, tranquilo y bonachón en la puerta de su casa. Sus ojos grises, de mirada fija e imperativa, ojos de hombre habituado al mando, eran lo único que justificaba la fama del capitán Llovet, la leyenda sombría que flotaba en torno de su nombre.

Había pasado su vida en continua lucha con la Marina Real Inglesa, burlando la persecución de los cruceros en su famoso bergantín repleto de carne negra, que transportaba desde la costa de Guinea a las Antillas. Audaz y de una frialdad inalterable, jamás le vieron oscilar sus marineros.

Contábanse de él cosas horripilantes. Cargamentos enteros de negros arrojados al agua para librarse del crucero que le daba caza; los tiburones del Atlántico acudiendo a bandadas, haciendo hervir las olas con su fúnebre coleteo, cubriendo el mar de manchas de sangre, repartiéndose a dentelladas los esclavos, que agitaban con desesperación sus brazos fuera del agua; sublevaciones de tripulación contenidas por él solo a tiros y hachazos; raptos de ciega cólera, en los que corría por cubierta como una fiera; hasta se hablaba de cierta mujer que le acompañaba en sus viajes, la cual desde el puente fué arrojada al mar por el iracundo capitán, después de una disputa por celos. Y junto con esto inesperados arranques de gene-

rosidad: socorros a manos llenas a las familias de sus marineros. En un arrebato de cólera era capaz de matar a uno de los suyos; pero si alguien caía al agua se arrojaba para salvarle, sin miedo al mar ni a sus voraces bestias. Enloquecía de furor si los compradores de negros le engañaban en unas cuantas pesetas, y en la misma noche gastaba tres o cuatro mil duros celebrando una de aquellas orgías que le habían hecho famoso en la Habana. “Pega antes que habla —decían de él los marineros—. Y recordaban que en alta mar, sospechando que su segundo conspiraba contra él, le había deshecho el cráneo de un pistoletazo. Aparte de esto, un hombre divertidísimo, a pesar de su cara fosca y su mirada dura. En la playa del Cabañal la gente, reunida a la sombra de las barcas, reía recordando sus bromas. Una vez dió un convite a bordo al reyezuelo africano que le vendía los esclavos, y viendo borrachos a la negra majestad y sus cortesanos, hizo como el negrero de Mèrimée: desplegó velas y los vendió como esclavos. Otra vez, tesianos, hizo como el negrero de Mèrimée: desfiguró su buque en una sola noche, pintándolo de otro color y cambiando la arboladura. Los capitanes ingleses tenían datos en abundancia para conocer el buque del audaz negrero; pero como si no tuvieran nada. El capitán Llovet, como decían en la playa, era un gitano de mar y trataba su bar-

co como a un burro de feria, haciéndole sufrir transformaciones maravillosas.

Cruel y generoso, pródigo de su sangre y de la ajena, duro para el negocio y manirroto para el placer, los negociantes de Cuba le habían apodado el *Capitán Magnífico*, y así seguían llamándole los pocos marineros de su antigua tripulación que aún arrastraban por la playa las piernas reumáticas, tosiendo y encorvando el pecho.

Casi arruinado por empresas comerciales, al retirarse de *la trata* se había metido en su casa del Cabañal, viendo pasar la vida ante su puerta, sin otra distracción que jurar como un condenado cuando el reuma le hacía permanecer inmóvil en su asiento. Por una respetuosa admiración venían a sentarse en la acera algunos de aquellos vejesterios que habían recibido de él en otro tiempo órdenes y palos, y juntos hablaban con cierta melancolía de la *gran calle*, como el capitán llamaba al Atlántico, contando las veces que habían pasado de una acera a otra, de Africa a América, corriendo temporales y chasqueando a los polizontes del mar. En verano, los días que no apretaba el dolor y las piernas estaban fuertes, bajaban a la playa, y el capitán, enardecido a la vista del mar, desahogaba sus dos odios. Odiaba a Inglaterra por haber oído silbar más de una vez las balas de sus cañones. Odiaba la navegación a vapor como un sacrilegio marítimo. Aquellos penachos de humo

que pasaban por el horizonte eran los funerales de la marina. Ya no quedaban sobre el agua hombres de oficio: ahora el mar era de los fogoneros.

En los días tempestuosos del invierno, siempre le veían en la playa con la nariz palpitante olfateando la tormenta como si aún estuviera sobre cubierta preparándose a resistir el tiempo.

Una mañana lluviosa vió correr la gente hacia el mar, y allá fué él, contestando con gruñidos a la familia, que le hablaba de su reuma. Entre las negras barcas encalladas en la orilla destacábanse sobre el mar, lívido y cubierto de espumarajos, los grupos de blusas azules, las faldas ondeantes por el vendaval, con las que se resguardaban de la lluvia las mujeres. Lejos, en la bruma que cerraba el horizonte, corrían como ovejas asustadas las barcas pescadoras, con la vela casi recogida y negruzca por el agua, sosteniendo una lucha de terribles saltos, enseñando la quilla en cada cabriola, antes de doblar la punta del puerto, amontonamiento de peñascos rojos barnizados por las olas, entre los cuales hervía una espuma amarillenta, bilis del irritado mar.

Una barca desarbolada iba como pelota de ola en ola hacia la siniestra punta. La gente gritaba en la playa viendo a los tripulantes tendidos en la cubierta, anonadados por la proximidad de la muerte. Se hablaba de ir hasta la barca, de echarla un cabo, de atraerla a la playa; pero los más audaces,

mirando las olas que se desplomaban llenando el espacio de polvo de agua, callábanse atemorizados. La barca que saliera daría la voltereta antes de mover un remo.

—A ver: ¡gente que me siga! Hay que salvar a esos pobres.

Era la voz ruda e imperiosa del capitán Llovet. Se erguía sobre sus torpes piernas, la mirada brillante y fiera, las manos temblorosas por la cólera que le infundía el peligro. Las mujeres le miraban asombradas; los hombres retrocedían, formando ancho corro en torno de él, que prorrumpió en juramentos, agitando sus manos como si fuera a cerrar a golpes con toda la chusma. Le enfurecía el silencio de aquella gente como si estuviera ante una tripulación insubordinada.

—¿Desde cuándo el capitán Llovet no encuentra en su pueblo hombres que le sigan al mar?

Lo dijo rugiendo como un tirano que se ve desobedecido: como un dios que contempla la huida de sus fieles. Hablaba en castellano, lo que era en él señal de ciega cólera.

—*Presente, Capitá* —gritaron a un tiempo unas cuantas voces temblonas.

Y abriéndose paso, aparecieron en el centro del corro cinco viejos, cinco esqueletos roídos por el mar y las tempestades, antiguos marineros del capitán Llovet, arrastrados por la subordinación y el afecto que crea el peligro afrontado en común.

Avanzaron unos arrastrando los pies, otros con saltitos de pájaro, alguno con los ojos muy abiertos mostrando en las pupilas la vaguedad de la ceguera senil, todos temblorosos de frío, con el cuerpo forrado de bayeta amarilla y la gorra calada sobre dobles pañuelos arrollados a las sienes. Era la vieja guardia corriendo a morir junto a su ídolo. De los grupos salían mujeres y niños, que se arrojaban sobre ellos queriendo detenerles.

—¡Agüelo! —gritaban los nietos.

—¡Padre! —gemían las mocetonas.

Y los animosos vejetes, irguiéndose como los rocines moribundos al oír el clarín de las batallas, repelían los brazos que se anudaban a sus cuellos y piernas, y gritaban, contestando a la voz de su jefe:

—*Presente, Capitá.*

Los lobos de mar, con su ídolo al frente, abrieron paso para echar al mar una de las barcas. Rojos, congestionados por el esfuerzo, con el cuello hinchado por la rabia, sólo consiguieron mover la barca y que se deslizara algunos pasos. Irritados contra su vejez, intentaron un nuevo esfuerzo; pero la muchedumbre protestaba contra su locura, y cayó sobre ellos, desapareciendo los viejos arrebatados por sus familias.

—¡Dejadme, cobardes! ¡Al que me toque lo mato! —rugía el capitán Llovet.

Pero por primera vez aquel pueblo, que le adoraba, puso la mano en él. Le sujetaron como a un

loco, sordos a sus súplicas, indiferentes a sus maldiciones.

La barca, abandonada de todo auxilio, corría a la muerte dando tumbos sobre las olas. Ya estaba próxima a los peñascos, ya iba a estrellarse entre torbellinos de espuma; y aquel hombre que tanto había despreciado la vida del semejante, que había nutrido a los tiburones con tribus enteras y que llevaba un nombre aterrador como una leyenda lúgubre, revolvíase furioso, sujeto por cien manos, blasfemando porque no le dejaban arriesgar la existencia socorriendo a unos desconocidos, hasta que, agotadas sus fuerzas, acabó llorando como un niño.





RAMON DEL VALLE INCLAN

1870

¡MALPOCADO!

La vieja más vieja de la aldea camina con su nieto de la mano por un sendero de verdes orillas, triste y desierto, que parece aterido bajo la luz del alba. Camina encorvada y suspirante, dando consejos al niño, que llora en silencio.

—Ahora que comienzas a ganarlo, has de ser humilde, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí...

—Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

—Sí, señora, sí...

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí...

—Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí...

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el manteo que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos; es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas; lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz.

En el cielo livido del amanecer aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo que viene huido de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Oyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes, brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aleteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de geórgicas. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente; un aldeano de blancas guedejas pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados: es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oír su voz:

—¿Vais para la feria de Barbazón?

—Vamos para San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes cruza por los caminos la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y de herraduras; viejas labradoras de Ceta y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allá, en la hondonada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar a las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arcipreste de Lestrove, que se dirige a predicar en una fiesta de aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena su yegua, de andadura mansa y doctoral.

—¿Vais de feria?

—¡Los pobres no tenemos qué hacer en la feria! Vamos a San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Ya sabe la doctrina?

—Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda...

En una lejanía de niebla azul divisan los cipreses de San Amedio, que se alzan en torno del santuario, oscuros y pensativos, con las cimas mustias, ungidas por un reflejo dorado y matinal. En la aldea ya están abiertas todas las puertas, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares se disipa en la luz como salutación de paz. La abuela y el nieto llegan al atrio. Sentado en la puerta, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas:

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!... ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!... ¡Salud y suerte en el mundo para ganarlo!... Tantas buenas almas del Señor como pasan, ¿no dejarán al pobre un bien de caridad?...

Y el ciego tiende hacia el camino la palma seca y amarillenta. La vieja se acerca con su nieto de la mano, y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres, hermano!... Dijéronme que buscabas un criado...

—Dijéronte verdad. Al que tenía enantes abríronle la cabeza en la romería de Santa Baya de Cela. Está que loquea...

—Yo vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire:

—Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una

oveja acobardada y mansa, ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña del ciego se posa sobre los hombros del niño, anda a tientas por la espalda, corre a lo largo de las piernas.

—¿Te cansarás de andar con las alforjas a cuestas?

—No, señor; estoy hecho a eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes de responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

—Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido vamos hasta el Pazo de Cela. Allí hay caridad. En este paraje no se recoge una triste limosna.

El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino y la campiña verde y húmeda, que sonríe en la paz de la mañana, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos, desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules, y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino, un zagal anda encorvado segando hierba, y la vaca de trémulas y rosadas

ubres pace mansamente arrastrando el ronزال. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela murmura enjugándose los ojos:

—¡Malpocado; nueve años y gana el pan que come!... ¡Alabado sea Dios!...

EL MIEDO

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fué hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar fuí granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo, y hoy ando cerca de ser un viejo caduco.

Antes de entrar en el Regimiento, mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro Pazo solariego, y allá fuí sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron

a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia.

—Vete a la tribuna, hijo mío... Allí estarás mejor...

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradamín, Pedro Aguiar de Tor, llamado *el Chivo* y también *el Viejo*. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar; el sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero.

La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes; los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero, como si se afanase por volar hacia el Santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis her-

manas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las Avemarias; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración.

La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa obscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me ador- mecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar; sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: era mi madre; sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal; yo entonces veía en el cielo, ya obscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos...

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos, que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio, la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje, y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes y nazarenas. Habíame

adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban des-pavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguir las, y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!...

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retzona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello... Cosa del

otro mundo no lo es, seguramente... ¡Aquí, Carabel!... ¡Aquí, Capitán!...

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebralles, apareció en la puerta de la capilla.

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con la voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!...

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey!...

No levantó la mano de mi hombro y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior me sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas!...

Y se acercó al sepulcro, y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin desplegar los labios. Yo puse mi mano

sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco negro y frío quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio, y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos, la sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son, todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero, que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco.

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución...
¡Yo no absuelvo a los cobardes!...

Y salió de la capilla arrastrando sus hábitos talarés. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!...

(Jardín Umbrío.)



PIO BAROJA

1872

EL TRASGO

El comedor de la venta de Aristondo, sitio en donde nos reuníamos después de cenar, tenía en el pueblo los honores de casino. Era una habitación grande, muy larga, separada de la cocina por un tabique, cuya puerta casi nunca se cerraba, lo que permitía llamar a cada paso para pedir café o una copa a la simpática Maintoni, la dueña de la casa, o a sus hijas, dos muchachas a cual más bonitas; una de ellas, seria, abstraída, con esa mirada dulce que da la contemplación del campo; la otra, vivaracha y de mal genio.

Las paredes del cuarto, blanqueadas con cal, tenían por todo adorno varios números de *La Lidia*, puestos con mucha simetría y sujetos a la pared con tachuelas, que dejaron de ser doradas para quedarse negras y mugrientas.

La mano del patrón, José Ona, se veía en aquello; su carácter, recto y al mismo tiempo bonachón

y dulce como su apellido (Ona, en vascuence, significa bueno), se traslucía en el orden, en la simetría, en la bondad, si se me permite la palabra, que habían inspirado la ornamentación del cuarto.

Del techo del comedor, cruzado por largas vigas negruzcas, colgaban dos quinqués de petróleo, de esos de cocina, que, aunque daban algo más humo que luz, iluminaban bastante bien la mesa del centro, como si dijéramos, la mesa redonda, y bastante mal otras mesas pequeñas, diseminadas por el cuarto.

Todas las noches tomábamos allí café; algunos preferían vino, y charlábamos un rato el médico, joven; el maestro, el empleado de la fundición, Pachi el cartero, el cabo de la Guardia civil y algunos otros de menor categoría y representación social.

Como parroquianos y además gente distinguida, nos sentábamos en la mesa del centro.

Aquella noche era víspera de feria y, por tanto, martes. Supongo que nadie ignorará que las ferias en Arrigotia se celebran los primeros miércoles de cada mes; porque, al fin y al cabo, Arrigotia es un pueblo importante, con sus sesenta y tantos vecinos, sin contar los caseríos inmediatos. Con motivo de la feria había más gente que de ordinario en la venta.

Estaban jugando su partida de tute el doctor y el maestro, cuando entró la patrona, la obesa y sonriente Maintoni, y dijo:

—Oiga su merced, señor médico, ¿cómo siguen las hijas de Aspillaga el herrador?

—¿Cómo han de estar? Mal —contestó el médico incomodado—, locas de remate. La menor, que es una histérica tipo, tuvo anteanoche un ataque; la vieron las otras dos hermanas reír y llorar sin motivo, y empezaron a hacer lo mismo. Un caso de contagio nervioso. Nada más.

—Y oiga su merced, señor médico —siguió diciendo la patrona—: ¿es verdad que le han llamado a la curandera de Elisabide?

—Creo que sí; y esa curandera, que es otra loca, les ha dicho que en la casa debe haber un duende, y han sacado en consecuencia que el duende es un gato negro de la vecindad, que se presenta por allí de vez en cuando. ¡Sea usted médico con semejantes imbéciles!

—Pues si estuviera usted en Galicia, vería usted lo que era bueno —saltó diciendo el empleado de la fundición—. Nosotros tuvimos una criada en Monforte que cuando se le quemaba algún guiso o echaba mucha sal al puchero decía que había sido *o trasgo*; y mientras mi mujer la regañaba por su descuido ella decía que estaba oyendo al trasgo que se reía en un rincón.

—Pero, en fin —dijo el médico—, se conoce que los trasgos de allá no son tan fieros como los de aquí.

—¡Oh! No lo crea usted. Los hay de todas cla-

ses; así, al menos, nos decía a nosotros la criada de Monforte. Unos son buenos, y llevan a casa el trigo y el maíz que roban en los graneros, y cuidan de vuestras tierras y hasta os cepillan las botas; otros son perversos y desentierran cadáveres de niños en los cementerios; y otros, por último, son unos guasones completos y se beben las botellas de vino de la despensa o quitan las tajadas del puchero y las sustituyen con piedras, o se entretienen en dar la gran tabarra por las noches, sin dejarle a uno dormir, haciéndole cosquillas o dándole pellizcos.

—¿Y eso es verdad? —preguntó el cartero cándidamente.

Todos nos echamos a reír de la inocente salida del cartero.

—Algunos dicen que sí —contestó el empleado de la fundición, siguiendo la broma.

—Y se citan personas que han visto los trasgos —añadió uno.

—Sí —repuso el médico en tono doctoral—. En eso sucede como en todo. Se le pregunta a uno: “¿Usted lo vió?”, y dicen: “Yo, no; pero el hijo de la tía Fulana, que estaba de pastor en tal parte, sí que lo vió.” Y resulta que todos aseguran una cosa que nadie ha visto.

—Quizá sea eso mucho decir, señor —murmuró una voz humilde a nuestro lado.

Nos volvimos a ver quién hablaba. Era un buho-

nero que había llegado por la tarde al pueblo, y que estaba comiendo en una mesa próxima a la nuestra.

—Pues qué, ¿usted ha visto algún duende de éstos? —dijo el cartero con curiosidad.

—Sí, señor.

—Y ¿cómo fué eso? —preguntó el empleado, guiñando un ojo con malicia—. Cuente usted, hombre, cuente usted, y siéntese aquí si ha concluido de comer. Se le convida a café y copa, a cambio de la historia, por supuesto.

Y el empleado volvió a guiñar el ojo.

—Pues verán ustedes —dijo el buhonero, sentándose a nuestra mesa—. Había salido por la tarde de un pueblo y me había obscurecido en el camino.

La noche estaba fría, tranquila, serena; ni una ráfaga de viento movía el aire.

El paraje infundía respeto; yo era la primera vez que viajaba por esa parte de la montaña de Asturias, y, la verdad, tenía miedo.

Estaba muy cansado de andar con el cuévano en la espalda; pero no me atrevía a detenerme. Me daba el corazón que por los sitios que recorría no estaba seguro.

De repente, sin saber de dónde ni cómo, veo a mi lado un perro escuálido, todo de un mismo color, obscuro, que se pone a seguirme.

—¿De dónde podía haber salido aquel animal tan feo? —me pregunté.

Seguí adelante, ¡hala! ¡hala!, y el perro detrás,

primero gruñendo y luego aullando, aunque por lo bajo.

La verdad, los aullidos de los perros no me gustan. Me iba cargando el acompañante, y, para librarme de él, pensé sacudirle un garrotazo; pero cuando me volví con el palo en la mano para dárselo, una ráfaga de viento me llenó los ojos de tierra y me cegó por completo.

Al mismo tiempo, el perro empezó a reírse detrás de mí, y desde entonces ya no pude hacer cosa a derechas: tropecé, me caí, rodé por una cuesta, y el perro ríe que ríe a mi lado.

Yo empecé a rezar y me encomendé a San Rafael, abogado de toda necesidad, y San Rafael me sacó de aquellos parajes y me llevó a un pueblo.

Al llegar aquí, el perro ya no me siguió, y se quedó aullando con furia delante de una casa blanca con un jardín. Recorrí el pueblo, un pueblo de sierra, con los tejados muy bajos y las tejas negruzcas, que no tenía más que una calle. Todas las casas estaban cerradas. Sólo a un lado de la calle había un cobertizo con luz. Era como un portalón grande, con vigas en el techo, con las paredes blanqueadas con cal. En el interior, un hombre desarrapado, con una boina, hablaba con una mujer vieja, calentándose en una hoguera. Entré allí, y les conté lo que me había sucedido.

—¿Y el perro se ha quedado aullando? —preguntó con interés el hombre.

—Sí; aullando junto a esa casa blanca que hay a la entrada de la calle.

—Era *o trasgo* —murmuró la vieja—, y ha venido a anunciarle la muerte.

—¿A quién? —pregunté yo, asustado.

—Al amo de esa casa blanca. Hace una media hora que está el médico ahí. Pronto volverá.

Seguimos hablando, y al poco rato vimos venir al médico a caballo, y por delante un criado con un farol.

—¿Y el enfermo, señor médico? —preguntó la vieja, saliendo al umbral del cobertizo.

—Ha muerto —contestó una voz secamente.

—¿Eh! —dijo la vieja—; era *o trasgo*.

Entonces cogió un palo y marcó en el suelo, a su alrededor, una figura como la de los ochavos morunos, una estrella de cinco puntas. Su hijo la imitó, y yo hice lo mismo.

—Es para librarse de los trasgos —añadió la vieja.

Y, efectivamente, aquella noche no nos molestaron y dormimos perfectamente...

Concluyó el buhonero de hablar, y nos levantamos todos para ir a casa.

LA SIMA

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por

nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azuladoplomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrias de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la sima del alto de las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zajonas de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus mejillas, rugosas como la corteza de una vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín, hacía zumbiar la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas, de los mato-

rrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, junto al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz tibia del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulular del aire; y todos estos ruidos, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

—Volvamos, muchacho —dijo el pastor—. El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeó el suelo, dió gritos y arrojó piedras, hasta que fué reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las

puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompasado, el alegre campanileo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de la tía Remedios va en el rebaño? —preguntó el pastor.

—Lo vide, abuelo —repuso el muchacho.

—Hay que tener ojo con ese animal, porque malos dimoños me lleven si no le tengo malquerencia a esa bestia.

—¿Y eso por qué vos pasa, abuelo?

—¿No sabes que la tía Remedios tié fama de bruja en tó el lugar?

—¿Y eso será verdad, abuelo?

—Así lo hay dicho el sacristán la otra vegada que estuve en el lugar. Añaden que aoja a las personas y a las bestias y que da bebedizos. Diz que la veyeron por los aires entre bandadas de culebros.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo departiendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacia abajo la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivi-

nábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

—Abre el zarzo, muchacho —gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanquera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas con otras. Asustóse en esto uno de los animales, y apartándose del camino, echó a correr monte abajo velozmente.

—¡Recontra! Es el chivo de la tía Remedios —dijo el zagal.

—Corre, corre tras él, muchacho —gritó el viejo; y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al animal huído.

—¡Anda, Lobo! Ves a buscallo.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

—¡Anda! ¡Alcánzale! —siguió gritando el pastor—. ¡Anda ahí!

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, e iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él; ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que

la persecución había de concluir pronto, pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vió el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el perro; luego le vió acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y sospechando que el animal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano de la pared de ésta, cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno, tendiéndose de bruces al borde de la cavidad; pero viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

—¡Maldita bestia! —murmuró el viejo—. Agora volveremos, zagal. Hemos primero de meter el rebaño en el redil.

Encerraron entre los dos las cabras, y después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima. El chivo seguía de pie sobre las matas. El perro le ladraba desde fuera sordamente.

—Dadme vos la mano, abuelo. Yo me abajaré —dijo el zagal.

—¡Cuidiao, muchacho! Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

—Descuidad vos, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dió a pulso una vuelta hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los pies por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empuñó el cuerno de la bestia con una mano, y tiró de él. El animal, al verse agarrado, dió tan tremenda sacudida hacia atrás, que perdió sus pies; cayó, y en su caída arrastró al muchacho al fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja, ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

—¡Zagal, zagal! —gritó con desesperación.

Nada, no se oía nada.

—¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse, mezclado con el murmullo del viento, un balido doloroso, que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución; luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aun marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruido; se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina, y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas; un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contemplaba el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha calzada; atravesó la derruida escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante diez o doce hombres, rústicos pastores y cabreros, agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando, les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una soga del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo, fueron camino del descampado en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—¡Y si esa bestia fuera el dimoño! —dijo uno.

—Bien podría ser —repuso otro.

Todos se miraron espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaño de seres monstruosos, corrían por el

cielo; oíase alborotado rumor de esquilas; brillaban en la lejanía las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién abaja? —preguntó el pastor con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la soga por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió de una mano, se acercó a la sima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco; la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente la cuerda se agitó bruscamente; oyéronse gritos en el fondo del agujero; comenzaron los de arriba a tirar de la soga y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Qué viste? ¿Qué viste? —le preguntaron todos.

—Vide al diablo, todo vermeyo, todo vermeyo.

El terror de éste se comunicó a los demás cabreros.

—No abaja nadie —murmuró desolado el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que ésta es una cueva del dimonio —dijo uno—. Abajad vos, si queréis.

El viejo se ató decidido la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo —dijo. Y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que les guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, y al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna y absortos oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo, que ascendía por el monte, acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero

les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver al Viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vió al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábanle murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia; chisporroteaban y crepitan las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluídas las oraciones, el cura se retiró, y tras de él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo, para alejarle de aquel lugar maldito.

* * *

Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

(*Vidas sombrías*, Madrid, 1900.)



... el cura empezó a rezar el oficio
de difuntos...



JOSE MARTINEZ RUIZ

(AZORÍN)

1876

DE "EL CONDE LUCANOR"

Don Illán el Mágico.—Don Illán el Mágico vive en Toledo. Un mágico es un hombre sencillo y respetable. Tenéis una idea errada de lo que es un mágico. Un mágico no es un señor barbado y hosco que lleva en la cabeza un cucurucho con estrellas pintadas; un mágico es un hombre silencioso, discreto, de una mirada inteligente y dulce, de unas maneras suaves. Don Illán vive en Toledo; habita en una casa silenciosa y limpia. Grande es su renombre de sabiduría; a todos los ámbitos de España se extiende. Allá en Santiago de Galicia, un deán de la catedral ha entrado en deseos de conocer los secretos del arte mágico. ¿Para qué querrá conocer tales misterios este deán? Y ¿quién mejor que don Illán podrá —si quiere— enseñárse-

los? Pues a Toledo se encamina nuestro deán. Cuando llega a Toledo endereza sus pasos a la casa de don Illán. A éste “hallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada”; es decir, tal vez en un desván, en un cuartito lejos de los ruidos de la calle, y que tiene por panorama —que se atalaya desde la ventana— una vasta extensión de tejados y de torrecillas, que se destacan bajo el cielo azul, un cielo por el que caminan unas nubes blancas.

Don Illán recibe cordialmente al viajero. Con exquisita amabilidad se dispone a enseñar su ciencia al deán de Santiago. En el coloquio que acaban de tener, el deán ha manifestado que él es hombre ante quien se abre un halagüeño porvenir: ahora es deán; dentro de unos años, seguramente llegará a arzobispo, a cardenal, a papa. El deán, en cambio de la ciencia que le iba a comunicar don Illán, “le prometió y le aseguró que de cualquier bien que de él oviere, que nunca faría sino lo que él mandase”. No hay, por tanto, más que hablar. Don Illán manifiesta que la ciencia que él ha de enseñar “non se podía aprender sino en un lugar muy apartado”. Esta misma noche tendrán los dos la misteriosa conferencia. Antes, don Illán llama a su cocinera y le ordena que prepare unas perdices para la cena. Don Illán desea obsequiar con este yantar al viajero.

Llega la noche; se dirigen ambos a esa cámara secreta donde don Illán ha de dar su conferencia.

“Entraron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parecían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos; é desde que fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí había, do estaban los libros y el estudio en que habían de leer.” No os imaginéis retortas, matraces, hornillos y redomas. No un gran caimán puesto colgando de una pared (como vemos en las ilustraciones del *Fausto*). No tibias humanas ni un ancho infolio y un reloj de arena colocados encima de una mesa. Esta cámara subterránea, tan honda que sobre ella quizá pase el río Tajo; esta cámara no es más que una biblioteca henchida de raros y preciosos libros. La estancia no está alumbrada por el resplandor rojo de los hornillos (como también vemos en las estampas populares). Don Illán debía de ser uno de estos hombres que, viviendo en su siglo (el XII o el XX), viven realmente en un futuro en que fuerzas misteriosas que hoy desconocemos —pero que presentimos— harán que sea posible lo que hoy juzgamos irrealizable. Cuando ha entrado por su puerta el deán de Santiago, don Illán, a través de la materia y a través del tiempo, ha leído el alma de este hombre. Este hombre es un ingrato.

Ya se dispone don Illán a comenzar su conferencia, cuando aparecen unos mensajeros que le

traen una carta al deán. Hemos olvidado decir que el deán es sobrino del arzobispo de Santiago. En la carta se le notifica una grave enfermedad del arzobispo. El deán contesta con otra epístola, diciendo que siente mucho no poder ir a acompañar a su tío. "Dende a cuatro días llegaron otros hombres a pie, que traían otras cartas al deán, en que le hacía saber que el arzobispo era finado." Se preparaba en aquellos momentos en Santiago la elección de nuevo arzobispo; todos deseaban elegir al deán. Transcurren siete u ocho días más y aparecen "dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados"; los cuales escuderos se llegan hasta el deán, le besan reverentemente las manos y le entregan una carta en que se le notifica que ha sido elegido arzobispo de Santiago.

Ya tenemos a nuestro deán hecho arzobispo electo. Ya rebosa de satisfacción. Ya se ve en su palacio de Santiago sentado en uno de esos sillones de terciopelo, con bordados ricos de sedas en que —más tarde— había de poner Antonio Moro algunos de sus personajes regios. Don Illán da la enhorabuena al electo arzobispo. Y como don Illán ha sido generoso con él enseñándole su ciencia misteriosa, don Illán ruega al arzobispo que el deanazgo vacante lo provea en un hijo suyo. El arzobispo, cortés y atento, se dispone a acceder a la petición de don Illán; sin embargo, deseaba exponerle una cierta consideración. El "le rogava que qui-

siese consentir que aquel deanazgo lo hubiese en su hermano"... Nótese la irreprochable cortesía del electo arzobispo; el deanazgo es para el hijo de don Illán; no hay más que hablar de ello; mas él, el arzobispo, *ruega* a don Illán que *quiera consentir* que sea para un hermano del arzobispo con quien el arzobispo tiene un grande y antiguo compromiso. Y añade: "Más que él te faría bien en la Iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él a Santiago y que llevase con él a aquel su hijo."

Ya están todos en Santiago. El arzobispo es un buen arzobispo; todos le quieren bien; él es bondadoso con todos. Al cabo de algún tiempo llegan unos mandaderos del papa. Ha vacado el obispado de Tolosa; para esa sede nombra el papa al arzobispo de Santiago. Entonces don Illán pide con mucho encarecimiento que el arzobispado vacante de Santiago sea para su hijo; de nuevo torna a darle la razón el antiguo deán a su amigo y bienhechor; pero le ruega que permita que este arzobispado sea para un tío suyo, hermano de su padre. "Y don Illán dijo que bien entendía que le faría muy gran tuerto, pero que lo consentía en tal que fuese seguro que ge lo enmendaría en adelante." De muy buen grado se lo prometió el arzobispo, y rogóle que fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo. Ya están todos en Tolosa. A los dos años llegan otra vez mandaderos del papa. El

papa ha nombrado cardenal al obispo; el obispado de Tolosa puede darlo a quien quiera. Aquí tenemos a don Illán de nuevo solicitando la vacante para su hijo; tantas veces han fallado sus pretensiones, tantas veces el favor le ha sido denegado, que parece absurdo que ahora no se le cumplan sus afanes y el obispo le dé una nueva excusa. Pero así es, desgraciadamente. El nuevo cardenal ruega —tan cortés como siempre— que el obispado vacante de Tolosa sea para un tío suyo, hermano de su madre. “Y don Illán quejóse mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fué con él para la corte.”

Ya están todos en Roma. El nuevo cardenal desempeña admirablemente su cargo; gran consideración le guardan los demás cardenales. Ocurrió que el papa falleció; los cardenales eligieron por papa al antiguo deán de Santiago. Ha llegado la ocasión —¡por fin!— de que don Illán pueda ver colmados sus deseos. Su amigo no podrá tener efugio alguno para hacerlo. Al papa representa don Illán lo que espera de él. “Y el papa dijo que no le afincase tanto, que siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuere razón.” Entonces don Illán, amargado, desesperanzado, se lamentaba con palabras ardientes. Estas palabras pusieron en indignación al papa. El papa, apurada la paciencia, reprochó su pesadez y pertinacia a don Illán. Más hizo: le amenazó con meterle en

prisión si persistía en su actitud; puesto que él, don Illán, era un hereje y un nigromántico, ejercitador de reprobadas y diabólicas artes. Cuando esto oyó don Illán, no quiso permanecer más en Roma. Ni para el camino le dió el papa, su antiguo amigo, un viático...

Lector: Todo esto que nos cuenta un gran aristócrata, nieto de un santo y rey a la vez —don Fernando—, no tiene nada de irreverente. Todo es una ingeniosa ficción. Al llegar el relato al punto en que lo hemos interrumpido, bruscamente, mágicamente, el deán de Santiago y don Illán se encuentran los dos en la cámara subterránea de Toledo. Don Illán ha visto, en un segundo, a través de la materia y el tiempo. Despide al deán y él se come solo las perdices preparadas para la cena. Don Illán había adivinado que si él tuviera con este hombre la generosidad de enseñarle su ciencia, este hombre luego no sería agradecido con él.

Seamos buenos, corteses, afables: que nuestro corazón esté siempre dispuesto al bien. Pero cuando vayamos a poner toda nuestra alma, nuestro trabajo, nuestro porvenir, la paz de los nuestros y aun nuestra propia vida al servicio de un hombre o de una causa, miremos si ese hombre y si esa causa son dignos de nuestro supremo sacrificio.

La raposa mortecina.—Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Todo duerme; es media noche. En la obscuridad no se

percibe más que —allá lejos— la raya negruzca de las montañas sobre la foscura del cielo. Brillan las estrellas; brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno. En esas noches, a la madrugada, en el profundo reposo de la tierra, ese relumbrar vivo, radiante, de los astros trae a nuestro espíritu una profunda nostalgia —¡oh fray Luis de León!— de algo que no sabemos... De cuando en cuando un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. No se sabe cómo la raposita ha entrado en el corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a pasito, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

—Un momento, querido cronista. ¿Por qué llama usted buena a esta raposa inquietadora, sanguinaria, que va a poner el espanto y la destrucción en la república de las gallinas?

—Perdón, querido lector. Todo es relativo, y la raposa, comparada con el taciturno y violento lobo, es buena, es excelente. Hace mucho tiempo que un gran naturalista —Buffón— ha hecho en pocas líneas el elogio de la raposa. “La raposa no es un animal vagabundo, sino un animal domici-

liado —escribe Buffón—. Esta diferencia, que se hace sentir aun entre los hombres, tiene más grande eficiencia y supone más grandes causas entre los animales. La idea sola del domicilio presupone una singular atención sobre sí mismo; luego, la elección del lugar, el arte de fabricar la guarida y de solapar la entrada a ella, son tantos otros indicios de un sentimiento superior."

Tiene, pues, nuestra raposita un sentimiento superior de la vida y del mundo. Sólo que... La vida es dura; se tienen hijos; los inviernos no ofrecen grandes recursos en el campo. No hay nidos entre los atochares; las cepas de los majuelos aparecen desnudas y secas. ¿Qué ha de hacer una raposa sino ir a los corrales donde las gallinas reposan? En ello aventura la vida, que no es poco. Ya está en el gallinero nuestra zorrita; las gallinas se han dado cuenta —un poco tarde— del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remolino en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban despavoridos. La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zarandeado con violencia. Con una tierna y gorda gallina tendría la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposa correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una par-

te a otra furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve. (O ¿qué sabemos? Estos labriegos que trabajan a costa de un amo son muy ladinos. Pensad en las matanzas que hacen los pastores y se las achacan a los lobos. Tal vez ahora saben que la zorra está destrozando el gallinero; pero como la raposa no ha de poder llevarse todas las gallinas y han de quedar algunas muertas...) Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que una claror blanquecina aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

Tiene este momento único de la madrugada un encanto profundo. Nos atrae misteriosamente esta palidez que en el cielo se inicia. Todavía es de noche... y ya está ahí el día que llega. En este minuto supremo las luces que han velado toda la noche van a borrarse en la claridad del día; su misión ha terminado.

Durante las tinieblas han puesto sus resplandores sobre una mesa en que una cabeza se inclinaba sobre los libros; o han iluminado tenuemente la cara blanca, sobre ropas blancas, de un enfermo; o se han destacado, como puntitos rojos y verdes, en el horizonte, en tanto que las locomotoras lanzaban agudos chillidos y pasaban raudos los tre-

nes. Cuando la claridad del día va aumentando, las luces, todas las luces, luces trágicas o luces de esperanza, se retiran, se esfuman, se disuelven, se recogen en una tregua de reposo hasta la noche venidera. A esta hora de la madrugada, las montañas ya comienzan a destacarse más vivamente sobre el cielo; el cielo es de una claridad vaga y lívida. Dentro, en las casas, se hace una densa y confusa penumbra. Las cosas van a surgir a la vida; las ventanas van a recobrar su espíritu de luz y sol.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio, haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo, ¿qué sería de ella? (Son muchos los animalitos que se hacen los muertos para librarse de las trazas sanguinarias del hombre. Se hace la muerta esta arañita que, en el campo, ha bajado desde un árbol, por un hilillo sutil, hasta las páginas blancas de este libro que estamos leyendo. Se hace el muerto, replegando sus patitas, este cetonio que nuestros dedos han tropezado en el fondo de una rosa, lecho fresco y fragante. Se hace el muerto este glomérico que encontramos debajo de una piedra y que se convierte en una bolita de acero. ¿Por qué se hacen los muertos?

¿Hemos dicho que para defenderse del hombre? Pero ¿saben ellos del hombre? Esta es una idea antropocéntrica. No sabemos siquiera si lo que hacen es hacerse los muertos.) Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en medio del arroyo. Va paseando la gente. "A cabo de una pieza, passó por hi un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen." Con unas tijeras, este hombre curioso trasquila la frente de la zorrita. La zorrita se estuvo quieta.

Después otro transeúnte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo. Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. "Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder." Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los panadizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón. Metió mano a un cuchi-

llo para sacarle al raposo su corazón. "Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y que si ge lo sacasen, que non era cosa que se pudiese cobrar." Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

...En nuestras casas, en la vida cotidiana debemos pasar por alto indulgentemente las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos de ponernos fieros ante lo que en sí tiene escasa importancia. No coloquemos nuestro natural y legítimo deseo de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en altercaciones, porfias y denuedos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto, un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposita no se movía cuando le trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tenía para ella importancia. Pero cuando se trate de cosa grande, cuando se trate del corazón —como en el caso de la raposa—, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral: las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

(*Los valores literarios*, Madrid, 1913.)



ÍNDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| JOSÉ SOMOZA | |
| La oropéndola en la fuente de la Dehesa de la Mora..... | 5 |
| CECILIA BÖHL DE FABER (<i>Fernán Caballero</i>). | |
| Los dos amigos..... | 14 |
| SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (<i>El Solitario</i>). | |
| Los tesoros de la Alhambra..... | 25 |
| Catur y Alicak o dos Ministros como hay muchos..... | 34 |
| DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO | |
| El rastreador..... | 46 |
| ANTONIO DE TRUEBA | |
| El más listo que Cardona..... | 58 |
| JUAN VALERA | |
| El caballero del Azor..... | 63 |
| PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN | |
| La Buenaventura..... | 80 |

INDICE

| | PÁGS. |
|--------------------------------------|-------|
| RICARDO PALMA | |
| La pastorella del Comandante..... | 97 |
| GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER | |
| La venta de los gatos..... | 102 |
| BENITO PÉREZ GALDÓS | |
| La mula y el buey..... | 122 |
| RICARDO BECERRO DE BENGOA | |
| El recién nacido..... | 142 |
| EMILIA PARDO BAZÁN | |
| Nieto del Cid..... | 176 |
| LEOPOLDO ALAS (<i>Clarín</i>) | |
| ¡Adiós, Cordera!..... | 196 |
| JOSÉ MARTÍ | |
| Un cuento de elefantes..... | 214 |
| ARMANDO PALACIO VALDÉS | |
| Polifemo..... | 217 |
| MARIANO DE CAVIA | |
| Las dos mulas..... | 227 |
| JOSÉ NOGALRS | |
| Las tres cosas del tío Juan..... | 236 |
| FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA | |
| Egloga..... | 248 |
| MIGUEL DE UNAMUNO | |
| Juan Manso..... | 256 |



INDICE

| | PÁGS. |
|---------------------------------------|-------|
| VICENTE BLASCO IBÁÑEZ | |
| Lobos de mar..... | 263 |
| RAMÓN DEL VALLE INCLÁN | |
| ¡Malpocado!..... | 271 |
| PÍO BAROJA | |
| El trago..... | 282 |
| La sima..... | 288 |
| JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (<i>Asorín</i>). | |
| De "El Conde Lucanor"..... | 301 |





